

Frederick B. Meyer

**José:
el amado**

CLIE

ÍNDICE

Capítulo 1	Primera juventud	3
Capítulo 2	El pozo	9
Capítulo 3	En la casa de Potifar	17
Capítulo 4	El secreto de la pureza	25
Capítulo 5	Malentendido y encarcelamiento	29
Capítulo 6	Los peldaños del trono	39
Capítulo 7	La primera entrevista de José con sus hermanos	49
Capítulo 8	La segunda entrevista de José con sus hermanos	58
Capítulo 9	José se da a conocer	66
Capítulo 10	La administración de José en Egipto	74
Capítulo 11	El padre de José	81
Capítulo 12	José junto al lecho de muerte de Jacob	89
Capítulo 13	El secreto de la fecundidad	98
Capítulo 14	El secreto de la fuerza	105
Capítulo 15	El secreto de la bendición	109
Capítulo 16	Los últimos días y la muerte de José	116

Capítulo 1

Primera juventud

Fue dicho por Coleridge que nuestra más grande misión era la de rescatar las verdades admitidas del descuido causado por su admisión universal. Hay mucha fuerza en esto. Cuando una verdad está luchando por su existencia, compele a los hombres, la amen o no, a considerarla. Pero cuando ha asegurado su posición, viene a ser como una moneda muy usada, o el texto familiar que está colgado sobre la pared y no se advierte. Es una gran misión librar semejantes verdades del descuido, arrojar sobre ellas una fuerte luz que atraiga la atención.

Desempeñar el papel de Vieja Mortalidad, que, con su cincel en la mano solía limpiar el moho, por descuido, de los monumentos de los contratantes, para que la leyenda fuera vista claramente es algo como esto lo que yo procuro hacer por esta exquisita historia. Pensamos que la sabemos a fondo; y sin embargo, puede haber profundidades de significación y belleza que, por su misma familiaridad se nos escapan. Consideremos juntos la historia de José; y al hacerlo, veremos muchas veces prefigurado a Aquel que fue echado en el pozo de la muerte, pero que ahora está sentado a la diestra del Poder, como un Príncipe y un Salvador.

Diecisiete años antes del principio de nuestra historia, Raquel la mujer favorita de Jacob, dio a luz un niño. Jacob entonces era administrador de su tío Labán en los antiguos pastos de Corán, situada en el valle entre el Éufrates y el Tigris, de donde Abraham su abuelo había sido llamado por Dios. El niño fue recibido gozosamente por sus padres, y desde el principio dio grandes esperanzas. Era como uno de aquellos niños, que a veces encontramos en las grandes familias, que hacen un contraste marcado con los demás; y que crece como algún hermoso sajoncito, en medio de los morenos nativos de una tienda de húngaros que se lo han robado.

¡Pero qué historia ha pasado en este intervalo! Cuando era muy niño, su madre le tomó apresuradamente, y le sostuvo en sus brazos sobre un camello ligero, instado a su mayor velocidad, en huida al través del desierto que se extendía, con un solo oasis, entre la ribera del Eufrates y las verdes llanuras de Galaad. Apenas pudo recordar del pánico que se extendió por el

campamento cuando vino la noticia de que Esaú, el temido tío, venía marchando con cuatrocientos hombres. Ni pudo olvidar jamás la tarde de preparación, la noche de espera solemne y la mañana cuando su padre entró cojeando en el campamento, estropeado el cuerpo, pero con la mirada de un príncipe en el rostro.

Más recientemente todavía pudo acordarse de la huida apresurada de los idólatras enconados de Siquem; y aquellas horas solemnes en Betel donde probablemente su padre le había enseñado el mismo sitio en que había descansado al extremo de la escalera mística, y donde toda la familia entró formalmente en un nuevo pacto con Dios. Puede ser que éste fuese el punto de partida de su vida. Semejantes acontecimientos hacen una impresión profunda en los corazones de los jóvenes. Al pararse juntos en aquel sagrado sitio, y oír de nuevo la historia muchas veces repetida, unieron sus manos en un pacto solemne; puede ser que los otros hijos de Jacob fuesen espectadores poco conmovidos, pero fue hecha una impresión profunda en el susceptible corazón del jovencito, que sentiría tal vez: «Este Dios será mi Dios para siempre jamás; será mi Guía, aun hasta la muerte».

Si esto fue así, estas impresiones pronto se profundizaron por tres muertes. Cuando llegaron a la colonia de la familia, hallaron que Débora, la antigua nodriza, estaba moribunda. Ella era el último vínculo que unía el presente con aquellos días dichosos cuando Rebeca, su joven ama, cruzó el desierto para ser la esposa de Isaac; y la sepultaron con muchas lágrimas debajo de una encina antigua pero espléndida. Y nunca pudo olvidar la siguiente. La larga caravana se movía lentamente a lo largo de la angosta loma donde estaba la antigua villa de Belén: de repente se ordenó una parada; la amada Raquel no podía seguir ni un paso adelante; allí al ponerse el sol, entre escenas donde más tarde Rut encontró a Booz, y David cuidó a sus ovejas, y el buen José anduvo al lado del paciente asno con su preciosa carga, allí Raquel, la madre de José, murió. Esta fue la más grande pérdida que jamás había tenido. Un poco después, el jovencito se detuvo con su padre y sus hermanos delante del venerado sepulcro de Macpela, para sepultar a Isaac donde le esperaban Abraham, Sara y Rebeca, cada uno en un angosto anaquel; y donde, después de un intervalo de veintisiete años, había de colocar los restos de su padre Jacob.

Estas cosas hicieron a José lo que fue. Y la poca simpatía que recibió de su familia no hizo más que separarle y compelerle a vivir «cerca de la fuente» (Gn. 49:22), y echar sus raíces más profundamente en las cosas de Dios.

Puede ser que estas palabras sean leídas por jóvenes de diecisiete años que hayan tenido experiencias no distintas de las de José: que hayan perdido amigos santos, hayan sido vaciados de vasija en vasija, que se sientan sólo en medio de su hogar... Permítaseme preguntar si han entrado en concierto con Dios. ¿Han confesado que Dios es su Dios? ¿Han puesto su mano en la mano del poderoso Dios de Jacob? Es una pregunta urgente, porque la respuesta puede señalar una crisis en su vida. Escoged a Cristo; y, al escogerle escogeréis la vida, y la bendición, y el Cielo. Después de haberle escogido, andad cerca de Él, y enviad las raicillas de vuestra experiencia muy abajo a las fuentes de comunión y compañerismo.

José estaba dotado de una inteligencia muy notable. Casi parecía que él era el pastor jefe, (Gn. 37:2), y que los hijos de Bilha y Zilpa eran sus subordinados y ayudantes. Los Rabíes le describen como un hijo sabio, dotado de conocimientos superiores a sus años. Fue esto, combinado con la dulzura de su carácter, y la memoria de su madre, lo que le atrajo el amor peculiar de su padre: «Israel amaba a José más que a todos sus hijos».

Y este amor le proveyó la túnica de diversos colores. Hemos estado acostumbrados a pensar en esta túnica como una especie de colcha de retacitos, y nos hemos admirado de que hubiera hombres que fuesen movidos a tanta pasión al ver a su joven hermano ostentando los colores del pavo real. Pero conocimientos más exactos corregirán estos pensamientos. La palabra hebrea significa sencillamente una túnica que llegaba hasta las extremidades, y describe un vestido usado comúnmente en Egipto y las tierras adyacentes. Imagínese un vestido talar de lino blanco, que se extendía hasta los tobillos y las muñecas, y con un angosto bordado de color alrededor de la bastilla y las mangas, y se tendrá un concepto bastante claro de esta famosa túnica.

Ahora podemos entender la envidia de sus hermanos. Esta especie de túnica no era usada sino por los opulentos y nobles; por los hijos de reyes, por los que no tenían necesidad de trabajar para vivir. Todos los que tenían que ganar el pan por medio del trabajo usaban ropa corta y de color que no mostraba las manchas, ni estorbaba el libre movimiento de los miembros. Tal era la suerte de los hijos de Jacob, y tales eran los vestidos que usaban. Tenían que pasar por cenagales, subir cerros, llevar ovejas perdidas sobre sus hombros, pelear con salteadores y bestias de rapiña; y para semejantes trabajos la ropa talar no habría sido en ninguna manera adecuada. Pero cuando Jacob regaló semejante vestido a José, declaro en efecto que de

semejantes trabajos y labores su hijo favorito había de quedar exento. Pues bien, en aquellos días la voluntad del padre era la ley. Cuando, pues, vieron a José adornado con su vestido de gala, los hermanos adivinaron que él había de tener la rica herencia, mientras ellos tendrían que seguir una vida de trabajos: «Y viendo sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos, le aborrecían, y no podían hablarle pacíficamente» (vs. 4). El caso fue agravado por su franqueza: «Y José traía la mala fama de ellos a su padre».

A primera vista esto no parece ser un rasgo noble de carácter. El amor cubre multitud de pecados, así como los dos hijos mayores de Noé cubrieron la vergüenza de su padre. Al mismo tiempo puede haber habido circunstancias que justificaran y aun demandaran la revelación. A veces, la bondad más verdadera, después de amonestaciones debidas y repetidas, es revelar los hechos malos de aquellos con quienes vivimos y trabajamos. Si se les permite seguir en pecado, aparentemente no descubierto, se endurecerán y se envalentonarán, y anhelarán portarse aún peor. Además de esto, es probable que fuese José puesto sobre ellos, y hecho responsable ante su padre, de su conducta. Era celoso del nombre de la familia, que ya se había «hecho abominable con los moradores de aquesta tierra»: «Anhelaba la gloria de Dios, cuyo Nombre de continuo era blasfemado por medio de ellos».

Y, por esto, sin procurar ocultar el mal, decía a su padre, precisamente cómo se portaban. Pero esto bastó para hacer que lo odiaran: «Todo aquel que hace el mal aborrece la luz». «Yo le aborrezco», dijo el enfurecido Acab, hablando de Miqueas, «porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal». «No puede el mundo aborreceros a vosotros», dijo nuestro Señor tristemente, «mas a Mí me aborrece, porque Yo doy testimonio de Él, que sus obras son malas». Así será siempre: si el mundo nos ama y habla bien de nosotros, podemos dudar seriamente si somos sal, pura y picante, en medio de su corrupción, o luces en la oscuridad de su noche. Luego que nuestra vida viene a ser un fuerte contraste y reprensión, despertaremos su odio eterno: «¿Qué mal he hecho -dijo el Cínico antiguo-, para que todos los hombres hablen bien de mí?».

Pero más aún, José soñó que había de llegar a ser el centro de la vida de la familia. Todos los jóvenes sueñan. A menos que nuestra suerte haya sido especialmente dura y funesta, todos nosotros, en los días áureos de la juventud, nos ponemos la túnica de José y soñamos... ¡Cuán grandes y dichosos hemos de ser! ¡Cuán nobles y heroicos! ¡Cuánto bien hemos de recibir y dar! ¡Los cielos nos lloverán dulcemente bendiciones! ¡la tierra

dará flores para nuestros pies y frutos para nuestro paladar! ¡Sobrepujaremos a todos los que nos han precedido! ¡Nos sentaremos sobre el trono de la supremacía, mientras detractores y enemigos nos hacen reverencia! ¡Ay!, nuestra ropa pronto chorrea sangre, y nos hallamos metidos en el pozo, o vendidos al cautiverio.

Sucedió además que los sueños de José predecían no sólo su propia exaltación, sino la humillación de sus hermanos. Si él era la gavilla central, las gavillas de ellos debían hacerle reverencia cayendo a tierra en derredor de ella. Si él estaba en el trono, el sol, la luna y las estrellas tenían que hacerle homenaje. Esto fue más de lo que pudieron soportar los espíritus orgullosos de sus hermanos, y «añadieron a aborrecerle más».

Pero la raíz de su enemistad era aún más profunda. En el Edén, dirigiéndose a la serpiente, Dios dijo: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y su simiente».

Esto es uno de los dichos más profundos en la Biblia. Es la clave de la Escritura. Todo lo que viene después no hace más que probar la virulencia y la universalidad del conflicto entre los hijos de Dios y los hijos del diablo. Se mostró entre Caín y Abel. Ha amargado a toda la familia. Ha dividido todo hogar. Algún día ha de estremecer a todo el universo. Este fue el secreto del conflicto que se trabó en derredor de José. Concedo que el hogar estaba mal organizado; que todos los males inherentes a la poligamia estaban allí, que Jacob era incompetente para dirigir, pero, no obstante, veo allí un ejemplo de aquel conflicto del que habló Cristo: «He venido para poner en disensión al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre (...) y los enemigos del hombre serán los de su casa».

¿Sabes tú por la triste experiencia lo que José sentía debajo de aquellos cielos siríacos? ¿Te asaltan? ¿Estás solitario y triste, y pronto a desmayar? ¡Anímate! Mira la hierba pisada y las ramitas cortadas; otros han pasado por este camino antes que tú. Cristo tu Señor fue tratado justamente así por los suyos. Sigue haciendo bien, en nada te amedrentes por tus adversarios. Sé compasivo y manso; perdona y ten paciencia. Cuida especialmente de no procurar vengarte a ti mismo; no demandes desagravio en tonos imperiosos y vengativos. Si son siervos, no respondan. Den sus cuerpos a los heridores, y sus mejillas a los que les arrancan los cabellos. No os venguéis a vosotros mismos, sino más bien poned vuestros pies en las huellas de vuestro Salvador, que dejó un ejemplo para que lo siguiéramos. Así, Cristo no hizo

pecado ni fue hallado engaño en su boca; y, sin embargo, cuando fue injustamente maldecido, no volvió a maldecir, cuando padeció bajo la calumnia y vituperio, ni siquiera recordó a los perpetradores del justo juicio de Dios, sino fue mudo como un cordero, y no amenazaba, sino que se encomendaba a Aquel que juzga rectamente.

¿Y cuál fue el resultado? José fue sostenido contra el odio y la oposición de sus enemigos y sus sueños fueron literalmente cumplidos en los áureos días de prosperidad, que al fin vinieron. Justamente como Cristo se sentó a la diestra de Dios, como Príncipe y Salvador. Y vendrá tu tiempo al fin, hermano que sufres, cuando Dios vindicará tu carácter, y vengará tus pesares: «Guarda silencio ante Jehová, y espera en Él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades (...) Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan a Jehová, ellos heredarán la tierra» (Sal. 37: 7, 9).

Capítulo 2

El pozo

La cruz de nuestro Señor Jesucristo es el centro de la historia humana. Es el sol al rededor del cual el firmamento se revuelve; es la clave de toda la historia y de las tipos de la Escritura; el hecho que da significación y belleza a todos los demás hechos. Menospreciar la cruz es repetir el error de los antiguos filósofos que enseñaban que la Tierra, en vez del sol, era el centro de nuestro sistema, y para quienes, de consiguiente, los mismos Cielos estaban en confusión. Conocer y amar la cruz, estar al lado de ella como lo hicieron las mujeres fieles cuando murió Jesús, es obtener un discernimiento profundo de las armas de todas las cosas en el Cielo y en la Tierra.

Es extraordinario saber que, en el día de la pasión de nuestro Salvador, por ser el *equinoccio*, todo el mundo habitado estuvo iluminado entre las 9 a. m. y las 6 p. m. Si un ángel pudiera haberse detenido en el aire durante aquellas horas memorables, habría visto cada continente bañado sucesivamente con la luz del sol. A las 9 a. m., era mediodía en India, y toda el Asia hasta sus orillas más orientales estuvo iluminada; al mediodía toda la Europa y toda el África estaban en la luz; a las 6 p. m. todo el continente de América había pasado a la gloria áurea. Esto puede servirnos como una parábola. Colócate sobre la cruz; mira hacia atrás a la mañana de la historia de la Tierra, y hacia adelante hasta la tarde de ella: y todo será luz. Y es que el resplandor que se desprende de la cruz ilumina todos los acontecimientos y disipa toda oscuridad.

Cuando un artista de la música, del color o de la piedra, concibe una idea hermosa, parece reacio a abandonarla: la insinúa antes de expresarla en su completa belleza; ni queda satisfecho hasta que ha agotado su arte por la variedad de maneras en que ha expresado su pensamiento. El sentido práctico puede descubrirlo ya en la sinfonía, ya en el coro; ya en el plan general, y también en el detalle minucioso. Recurre y vuelve a recurrir, allí está la insinuación, el bosquejo, el síntoma ligero, anticipando la revelación más plena y rica. ¿No es esto cierto también de la muerte de nuestro amado Señor? El Gran Artista de todas las cosas, enamorado de la maravillosa cruz, llenó el mundo con insinuaciones y anticipaciones de ella desde mucho tiempo antes de que se viera con los brazos extendidos sobre el pequeño cerro del Calvario. Se pueden hallar en mitos paganos o en dichos y cantos

antiguos. Se pueden hallar en incidentes conmovedores de la historia humana. Y sobre todo se pueden hallar en las páginas de la Biblia. Las edades que están en este lado de la cruz están llenas de referencias a ella les dan forma como la dan a cada catedral; pero supongo que las edades al otro lado de ella estaban igualmente llenas de ellas, aunque puede ser que los observadores no las hayan visto tan claramente.

El sol, que ahora brilla, por decirlo así, desde el otro lado de la cruz, de modo que arroja su sombra hacia adelante clara y distinta sobre el lienzo del presente, antes brilló desde donde ahora estamos, arrojando su sombra hacia atrás sobre el lienzo del pasado. Una de estas sombras está cogida y retratada para nosotros en esta dulce historia de José.

Para el lector casual, la historia de los perjuicios que sufrió José, y de su levantamiento desde el pozo al poder casi real, es sencillamente interesante como tiene que serlo siempre una historia del antiguo mundo, por su sencillez arcaica y el conocimiento que nos proporciona del pasado. Pero para el hombre en cuyo corazón la cruz esta grabada por el recuerdo cariñoso, hay un interés mucho más profundo. Es el Calvario en miniatura. Es el bosquejo de la obra completa del Artista. Es un ensayo del mas grande drama que se haya representado entre los hombres.

No podemos hacer cosa mejor que estudiarlo renglón por renglón, y notar el cumplimiento de la sombra en la gloriosa realidad. «Y habitó Jacob en la tierra donde peregrinó su padre».

Cuando había sepultado a su anciano padre siguió para vivir en el Valle de Hebrón, donde Isaac había morado por casi doscientos años, y donde Abraham vivió antes que él. Este fue el centro de su vasto campamento. Pero aunque los pastos de Hebrón eran fértiles, no bastaban para sostener todos los ganados y rebaños. Los hijos tuvieron que conducirlos en lentas jornadas a partes distantes de la tierra; y aun fueron forzados, por la dura necesidad, a arrastrar la ira del pueblo de Siquem, al que habían perjudicado gravemente, y quienes habían jurado vengarse de ellos por su conducta inicua.

Fue esto lo que dio significación a las palabras de Jacob: «Tus hermanos apacientan las ovejas en Siquem». Les había oído hablar de ir allí a buscar pastos; habían pasado algunas semanas desde que había recibido noticias acerca de su bienestar, y la memoria de lo pasado le hizo temer mucho por

ellos. Y esa solicitud vino a ser tan grande, que le forzó a hacer lo que de otro modo nunca habría entrado en sus pensamientos.

Estaba solo en Hebrón, con José y Benjamín; ellos eran sus hijos más amados; su corazón los amaba con algo de la devoción intensa que había sentido para con la madre. Benjamín era niño; pero José tenía diecisiete años de edad. El anciano los guardaba consigo, no queriendo perderlos de vista. Hebrón quiere decir «asociación», y era una residencia adecuada para corazones tan íntimamente unidos como lo estaban los suyos. Con todo, por otra parte, el anciano sentía un amor ansioso por sus hijos ausentes; y al fin, después de muchas luchas y vacilaciones, de repente dijo a su muy amado José: «Ven y enviarte he a ellos; ve ahora, mira como están tus hermanos y tráeme la respuesta».

Por parte de José no hubo ni un momento de vacilación. Como un relámpago se le presentaron los peligros de la misión: peligros de aguas, peligros de salteadores, peligros de fieras, peligros en las noches solitarias, peligros entre falsos hermanos, que le odiaban amargamente. Mas a ninguna de estas cosas hizo caso, ni tuvo su vida por cosa preciosa a sí mismo. Luego que supo la voluntad de su padre, respondió: «Héme aquí». «Y envióle Jacob, y vino a Siquem».

Pero José no fue en busca de sus hermanos sencillamente porque su padre le envió. Si hubiera sido este el caso, habría vuelto a casa cuando halló que habían salido con salud del temido Siquem. En lugar de esto los buscó porque los amaba, y fue tras ellos hasta hallarlos.

¿No rebosa todo esto de un tema más sublime? Nuestro Señor nunca se cansó de llamarse el Enviado del Padre. Apenas hay una página en el Evangelio de Juan en que no diga más de una vez: «Yo no vine por Mí mismo, sino que mi Padre me envió».

Le gustaba hallar una analogía con su misión, en el riachuelo que fluía cerca del oráculo de Dios, y que es llamado Siloé (que siendo interpretado significa «enviado»). Así llegó a ser una expresión constante de los escritores del Nuevo Testamento: «Dios envió a su Hijo». «El Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo».

Sin duda fue difícil para Jacob separarse del amado José: y esto puede ser apreciado por los que han perdido seres amados. ¿Pero quién puede estimar cuánto costó al Dios infinito enviar a su Hijo Unigénito, que había morado en su seno, y que era su compañero desde la eternidad? No debemos pensar que Dios es tan impasible como la esfinge, que, con rostro sin expresión, y con ojos de piedra, mira fijamente, sin sentido, al través del desierto. Si su amor es como el nuestro (y sabemos que tiene que serlo), tiene que sufrir por las mismas causas que despedazan nuestros corazones, con la única diferencia de que tiene que sufrir en proporción a la fuerza e infinidad de su naturaleza. ¡Cuánto pues debe habernos amado Dios para que haya tenido la voluntad de enviar a su Hijo! ¡Verdaderamente Dios amó al mundo de tal manera! ¿Pero quién puede sondear las profundidades de esta pequeña expresión?

Tampoco el Salvador vino solamente porque fue enviado; vino porque amaba su misión. Vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Y especialmente vino en busca de sus hermanos, de los suyos, los hijos de la raza hebrea. Si tú pudieras haberle preguntado, mientras atravesaba aquellos mismos campos, «¿Qué buscas?», habría contestado en las mismas palabras de José: «Busco a mis hermanos». Ni se contentó con buscar a los perdidos; siguió tras ellos hasta hallarlos: «Entonces José fue tras sus hermanos, y los halló en Dotán».

Aunque es hermosa la parábola del Hijo Pródigo, para mí no hay menos exquisita belleza en las parábolas de la oveja y la moneda perdida, en la que cada persona mencionada buscaba lo que no podía soportar perder, y no dejó de buscar hasta que había hallado lo perdido. Puede ser que el Señor Jesús te esté buscando a ti: por muchos días cansados ha estado buscándote, con pies sangrados o con vela encendida. Puede ser que tú nunca tengas el deseo o el valor para buscarle a Él; sin embargo no te desanimes, puesto que nunca se dará descanso hasta que te haya hallado.

«Ellos le vieron de lejos, antes que llegase cerca de ellos, y pensaron contra él para matarle». Y sin duda habría sido muerto sin piedad, y su cadáver arrojado en algún pozo lejos de la habitación de los hombres, a no haber sido por los ruegos compasivos de Rubén, el hermano mayor: «Y fue que como José llegó a sus hermanos, ellos hicieron desnudar a José su ropa, la ropa de colores que tenía sobre sí, y tomaronle y echaronle en la cisterna».

Nuestra madre Tierra ha visto muchos crímenes negros cometidos sobre su superficie, por sus hijos; pero nunca ha visto uno más negro que éste. Fue un hecho miserable, cobarde, inicuo, que nueve hombres atacaran a un joven tímido e indefenso. La prosa tranquila del historiador no se detiene en la pasión de los hermanos, ni en la angustia de aquel joven corazón, que hallaba tan difícil morir, tan difícil decir adiós a la hermosa Tierra; tan difícil descender en aquella cisterna oscura, cuyos lados inclinados quitaban toda esperanza de poder subir hasta su boca. Pero la confesión que aquellos hombres crueles hicieron el uno al otro después de pasados veinticinco años, nos ayuda a completar la pintura de este horrible crimen.

Años después dijeron el uno al otro: «Verdaderamente nosotros hemos pecado contra nuestro hermano, que vimos la angustia de su alma, cuando nos rogaba, y no oímos».

¡Qué revelación hay en estas palabras! Parece que vemos a José entre aquellas manos rudas, como un cordero blanco en las quijadas de un tigre. Lucha para librarse. Les suplica con amargas lágrimas, que le suelten. Les ruega por amor a su anciano padre, y por el vínculo de la hermandad. La angustia de su alma se evidencia claramente en sus amargos gritos, lágrimas, y súplicas. ¡Ay pobre joven! ¡Ojalá que pudiéramos creer que los tuyos eran los únicos clamores de angustia que la pasión brutal ha arrancado de la mansa inocencia!

¡Qué génesis de crimen hay aquí! Hubo tiempo cuando el germen de este pecado cayó sobre sus corazones en la forma de un sentimiento intranquilo de celos contra el joven soñador. Si tan sólo lo hubieran extinguido entonces, su progreso habría sido detenido. Pero no lo extinguieron, permitieron que obrara dentro de ellos como la levadura en la harina: «Y la concupiscencia, después que ha concebido para el pecado; y el pecado, siendo cumplido, engendra muerte».

Ten cuidado de no permitir que un sólo germen de pecado caiga y se quede sobre tu corazón. Permitirlo es casi la ruina segura. Tarde o temprano adquirirá una fuerza abrumadora. Trata aquel germen como tratarías el primer germen de fiebre que entrara en tu hogar. En la primera conciencia de pecado, límpiate en la preciosa sangre de Cristo.

El pecado no perdonado es un terrible azote. Año tras año pasaron; pero los años no pudieron borrar de su memoria aquella mirada, aquellos gritos, aquella escena en el verde valle de Dotán, rodeado por las altas peñas, abovedado por el cielo azul, cuya expansión estaba iluminada por el sol de mediodía. Procuraron enterrar el esqueleto en su más secreta alacena; pero éste logró salir y presentárseles aún en sus horas más retiradas. A veces pensaban que veían aquel joven rostro angustiado, en sus sueños, y oían aquella voz lastimera en el viento de la noche. El anciano padre, que lloraba a su hijo como muerto, era más feliz que ellos, que sabían que vivía. Un crimen puede así oscurecer toda una vida. Hay quienes enseñan que Dios es demasiado compasivo para castigar a los hombres; sin embargo, ha hecho el mundo de un modo que el pecado es su propio Némesis, el pecado lleva consigo la semilla de su propio castigo. Y los hombres que llevan consigo el sentido de pecado no perdonado serán los primeros en creer que hay un buitre que siempre desgarrar los órganos vitales, un gusano que nunca muere, un fuego que nunca se apaga.

Pero la angustia de José fue una verdadera anticipación de la de Cristo: «A los suyos vino; y los suyos no le recibieron». «Éste es el heredero, venid, matémosle, y la heredad será nuestra (...) Y tomándole, lo echaron fuera de la viña, y le mataron».

Partieron sus vestidos entre sí. Le vendieron a los gentiles. Se sentaron para verle morir. La angustia del alma de José nos recuerda el gran clamor y las lágrimas vertidas por la naturaleza humana de Cristo, al ver de cerca sus padecimientos desconocidos como la propiciación. La inocencia comparativa de José nos recuerda la perfección del Cordero que no tenía mancha, y cuya inculpabilidad fue atestiguada repetidas veces antes de su muerte. Ninguna víctima destinada para el altar fue jamás inspeccionada para descubrir algún cabello negro o algún defecto como lo fue Jesús por los que fueron al fin compelidos a confesar: «Éste ningún mal hizo».

Aquí, empero, el paralelo termina. Los padecimientos de José terminaron antes de llegar al punto de la muerte; Jesús gustó la muerte. Los padecimientos de José fueron personales; los padecimientos de Jesús fueron los de un Sustituto y Mediador: «murió por nosotros». Los padecimientos de José no tuvieron eficacia para hacer propiciación por el pecado que los causó; pero los padecimientos de Jesús expían no sólo el pecado de sus asesinos, sino el pecado de todos: «Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, mas también por los de todo el

mundo». Con dura indiferencia tomaron su comida de mediodía los hermanos de José: «Y sentáronse a comer pan» (Gn. 37:25).

Justamente en ese momento una vista nueva y agradable se les presentó. Estaban sentados en la llanura de Dotán, un sitio que todavía retiene su antiguo nombre; y cualquiera que esté allí, y mire al Este hacia el valle del Jordán, podrá trazar el camino principal que conducía desde los vados del Jordán, hacia la costa del Mediterráneo. Este era uno de los caminos reales de Palestina; conectaba a Galaad y los otros territorios de más allá del Jordán, con la costa del mar; y una vez que llegaban a la costa, el camino era fácil para el sur, pasando por Filistea y la Delta del Nilo. A lo largo de este camino en ese momento, pasaba una caravana. Los hermanos pudieron fácilmente ver la larga hilera de pacientes camellos que venían lentamente por el valle hacia ellos. Adivinaron inmediatamente quiénes eran los dueños y de dónde venían. Sin duda eran de raza árabe; eran los caminantes del desierto en todas las edades, descendientes de Ismael; y venían de Galaad, trayendo especias y bálsamo y mirra, productos aromáticos naturales que abundan en los bosques y pastos de la Palestina Oriental, y que se apreciaban mucho en Egipto para los fines del embalsamamiento.

La vista de estos mercaderes ambulantes sugirió otros pensamientos a los conspiradores. Sabían que había en Egipto gran demanda de esclavos, y que estos mercaderes tenían la costumbre de comprar esclavos al pasar y venderlos en aquella tierra, que ha sido siempre el gran mercado de esclavos del mundo. ¿Por qué no debían vender a su hermano? Sería una manera fácil de disponer de él. Los salvaría del fratricidio. Así, siguiendo la sugestión de Judá, sacaron a José de la cisterna y, no siendo su objeto ganar mucho dinero, le vendieron por veinte anillos de plata.

Fue obra de pocos minutos; y entonces José encontró que era uno de una larga línea de esclavos encadenados, que se dirigían a una tierra extraña. ¿No era esto casi peor que la muerte? ¡Qué angustia despedazaba todavía su joven corazón! ¡Cómo anhelaba justamente un último mensaje a su padre! Y con todos estos pensamientos, se mezclaba un pensamiento del gran Dios a quien había aprendido adorar. ¿Qué diría él a todo esto? Poco pensaba él entonces que más tarde se acordaría de este día como uno de los eslabones de gracia en una cadena de providencias amantes... «No os entristezcáis; ni os pese de haberme vendido acá; que para vida me envió Dios delante de vosotros».

Es muy dulce, mientras pasa la vida, mirar hacia atrás a los acontecimientos misteriosos y tristes, y descubrir la mano de Dios donde antes veíamos sólo la malicia y crueldad del hombre. Sin duda vendrá el día cuando podremos hablar así de todos los pasajes oscuros de nuestra vida.

José fue entregado por sus hermanos; Jesús por su amigo. José fue vendido por dinero; así sucedió a nuestro Señor. José fue en la caravana de cautivos a la esclavitud; Jesús fue contado con los transgresores. El crimen de los hermanos de José cumplió el plan divino; y las manos inicuas de los que crucificaron de Jesús cumplieron el determinado consejo y providencia de Dios.

Dios hará que la ira del hombre le glorifique y el resto de las iras reprimirá.
«¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!
¡Cuán incomprensibles son sus juicios e investigables sus caminos!».

Capítulo 3

En la casa de Potifar

Los mercaderes madianitas en cuyas manos los hermanos de José le vendieron, le llevaron a Egipto, aquella tierra de pastos verdes en medio de los desiertos de arena. En algún gran mercado de esclavos fue expuesto a la venta, juntamente con otros centenares, que habían sido capturados por fuerza o astucia, de los países en derredor. Sin duda las regiones del Alto Nilo y de África Central eran recorridas entonces como ahora para satisfacer la insaciable demanda de esclavos. Y el joven de delicada tez se hallaría junto a los hijos oscuros de las tierras que están bajo el sol tropical; tierras que han sido pisadas en tiempos recientes por soldados ingleses, y que serán para siempre sagradas para nuestros compatriotas, por los sepulcros de los soldados que están esparcidos por los desiertos de arena.

Fue comprado por Potifar, «capitán de los de la guardia»; el margen nos dice que era el ejecutor principal del castigo corporal o el jefe de los verdugos. Es muy probable que fuese el jefe de la fuerza militar empleada como cuerpo de guardia real, en los recintos de la corte. Los monarcas egipcios tenían el poder absoluto de vida y muerte, y no vacilaban en mandar imponer una variedad de castigos sumarios o sanguinarios, cuya elocución era confiada a la guardia militar, que siempre estaba a la mano, y era el instrumento más pronto y más eficiente para la tortura o la muerte.

Potifar era un noble de Egipto; miembro de una aristocracia orgullosa, tenía un oficio alto y gozaba del favor de la corte. Sin duda viviría en un espléndido palacio, cubierto con jeroglíficos y lleno de esclavos. El joven cautivo, acostumbrado a la ternura de su hogar sencillo y amado, sin duda tembló al pasar por la avenida de columnas, por las puertas guardadas por esfinges, a los corredores de aquel extraño y vasto palacio egipcio donde hablaban un idioma del cual no entendía ni una palabra, y donde todo era tan nuevo y extraño. Pero, «Jehová fue con José»; el sentido de la presencia y protección del Dios de su padre penetraba y tranquilizaba su alma, y le guardaba en perfecta paz; y, aunque separado de cuantos conocía, le daba descanso y fuerza sentir que las alas misteriosas grabadas en los pórticos de tantos edificios egipcios le eran emblemas de las alas extendidas; del cuidado de su gran Padre, un cuidado que no dormía nunca y debajo del cual

su alma podría esconderse siempre. ¿Quién no escogería, después de todo, ser más bien José en Egipto con Dios, que los hermanos con un vestido manchado de sangre en sus manos y el sentido de pecado en sus almas? «Jehová fue con José; y fue varón próspero» (Gn. 39:2). Las versiones antiguas de la Biblia dan aquí una traducción curiosa: «Jehová fue con José; y era un sujeto de buena suerte».

Supongo que esto significa que todo lo que él hacía salía bien. El éxito le seguía tan de cerca como su sombra, y tocaba todas sus plantas con su vara mágica. Potifar y los de su casa tomaron la costumbre de esperar que este extraño cautivo hebreo pudiera desatar todo nudo, desenredar toda madeja, y hacer salir bien los arreglos más intrincados.

Acaso, aunque desnudado de su túnica, José no había sido desnudado de su carácter. Cuidad, jóvenes, de que nadie os robe ésto: todo lo demás, con excepción de esto, puede reemplazarse. Sí, José era industrioso, pronto, diligente, obediente, digno de confianza. Cuando fue enviado a buscar a sus hermanos, había cumplido, no sólo con la letra de las instrucciones de su padre, no dándose descanso hasta no seguirlos desde Siquem hasta Dotán. Y éste fue el espíritu de su vida. Hacía su trabajo no porque estaba obligado a hacerlo, sino porque Dios se lo había dado a hacer, y le había llamado a hacerlo. Leía la voluntad de Dios en los quehaceres diarios, la tarea común: «Me envió Dios aquí» (Gn. 45:5).

Sentía que era el siervo no tanto de Potifar como del Dios de Abraham e Isaac. Allí en la casa de Potifar podía vivir una vida devota y sería tan verdaderamente como cuando pasaba los días largos y felices en la tierra de Jacob: y lo hizo. Y fue esto lo que le hizo tan concienzudo y cuidadoso, cualidades que en los negocios no dejan de asegurar el éxito.

Mientras sus compañeros de servicio malgastaban los momentos áureos, José los llenaba de actividades. Mientras ellos se contentaban presentando una buena apariencia, él buscaba el éxito desde fundamentos cuidadosamente puestos. Mientras ellos trabajaban sencillamente para evitar el ceño o el látigo, él trabajaba para ganar la sonrisa del gran Protector, cuyo ojo siempre le miraba. Con frecuencia le señalaban con envidia, y tal vez decían, «es un sujeto venturoso». No pensaban que su ventura era su carácter; y que su carácter significaba Dios. Con frecuencia los hombres hablan así el uno del otro: «siempre tuvo suerte», «nació bajo buena estrella», «está seguro de tener buena suerte». Pero no hay tal cosa como la suerte, sino que la suerte

significa carácter. Y si deseas poseer tal carácter que te asegure buen éxito en la vida, no hay verdadera base para él, sino Jesucristo. Debes edificar sobre Él; de otro modo tu edificio será llevado por el primer huracán. Pero una vez que hayas puesto el fundamento sobre la piedra viva, entonces levanta el edificio según el plan dado en su propia hermosa vida. Levántala fila sobre fila: y hallarás que la piedad a todo aprovecha; porque tiene la promesa de esta vida presente, y de la venidera.

«Todo lo que él hacía, Jehová lo prosperaba en su mano. Jehová bendijo la casa del Egipcio a causa de José, y fue la bendición de Jehová sobre todo lo que tenía así en casa como en el campo».

Esta bendición no es privilegio exclusivo de José: está prometida a todo aquel que, oyendo, oyere la voz de Jehová Dios para guardar, para hacer todos sus mandamientos (véase Dt. 28: 1 y 2).

Con frecuencia semejantes bendiciones serían nuestras si anduviéramos tan cerca de Dios como lo hizo José. Vale poco clamar como Jabes «si me dieres bendición»; a menos que, como él, añadamos «y me liberes de mal». Pero cuando viene la bendición se enriquece, y no añade tristeza con ella. Cuidemos de vivir de modo que Dios pueda estar con nosotros... «Jehová es con vosotros, si vosotros fuereis con Él; si le buscaréis, será hallado de vosotros, mas si le dejaréis, Él también os dejará».

Estas palabras pueden ser leídas por siervos de varias clases: el doméstico de la casa, el niño de la oficina, el aprendiz, el dependiente. Y si es así, seguramente serán ayudados por el ejemplo de este noble joven. No se entregó a pesares inútiles ni a lágrimas que no le aprovecharían. Se ciñó varonilmente para hacer según sus fuerzas lo que le vino a la mano para hacerlo. Era «fiel en lo muy poco», en los deberes más humildes y triviales de su oficio. Creía que Dios le había puesto donde estaba; y sirviendo bien a su amo terrenal, sentía que realmente agradaba a su gran amigo celestial, que estaba cerca de él en aquellos palacios adornados de jeroglíficos así como en las tiendas de Jacob. He aquí el espíritu con el que debe hacerse todo servicio...

De este modo, las cosas más insignificantes se hacen bajo los principios más sublimes, justamente como la forma de la gota de rocío que tiembla sobre el pétalo de una rosa es determinada por las mismas leyes que dirigieron el moldeamiento de nuestra Tierra en su presente forma.

Nuestras suertes en la vida son mucho más iguales de lo que pensamos. No es tan importante lo que hacemos, como lo es la manera en que lo hacemos. El motivo que nos inspira es la verdadera norma y medida del valor o importancia de nuestra vida. Un hombre mezquino puede apocar los asuntos más importantes por la bajeza de su espíritu. Un hombre noble puede engrandecer asuntos insignificantes por su nobleza de tal manera que lleguen a ser asuntos de conversación de serafines flamantes, o de querubines con dobladas alas.

No podemos estimar el valor de un verdadero siervo cristiano. ¡Afortunada la casa que esta así equipada! Potifar el egipcio sin duda se sorprendió agradablemente por la repentina corriente de prosperidad que fluyó hacia él. Todo iba bien: su ganado se aumentó en el campo, sus negocios prosperaron en la casa. Tal vez con frecuencia se preguntara la causa, pero poco adivinó al principio que lo debía al esclavo hebreo: «Jehová bendijo la casa del egipcio a causa de José».

Dios le pagó bien por cuidar a su siervo. Así es todavía. Amos incrédulos deben muchas bendiciones a la presencia de un siervo o empleado cristiano bajo de su techumbre. Ningún ángel se posaría allí jamás, ningún manantial vivo brotaría allí, ninguna música jamás dulcificaría la rutina diaria del trabajo, ninguna escalera uniría aquella casa con los Cielos, si no fuera por algún Eleazar, o José, o Rhoda, que viven allí. Cuando lleguemos al Cielo, y podamos descubrir el origen de las cosas, hallaremos que muchas de las bendiciones más preciosas de nuestra vida nos fueron procuradas por las oraciones o la presencia de personas muy oscuras y no reconocidas que eran caras a Dios.

Pasaron los años y José llegó a ser hombre próspero: el mayordomo en la casa de su amo. «Dejó todo lo que tenía en la mano de José, ni con él sabía nada más que del pan que comía». Y justamente aquí José encontró la más terrible tentación de su vida.

Podemos esperar tentación en los días de prosperidad y desahogo, más bien que en los días de privación y trabajo. No en los declives glaciales de los Alpes, sino en los llanos amenos de la Campagna; no cuando el joven está subiendo arduamente la difícil escalera de la fama, sino cuando ha entrado en las puertas de oro; no donde los hombres le miren ceñido, sino donde le miren con dulces sonrisas de exquisita adulación. ¡Cuidado! Si llevas armadura a alguna parte, debes, sobre todo, llevarla aquí. Sin embargo esto

es muy difícil. Es fácil llevar la armadura al subir el desolado paso de la montaña, luchando contra el viento despiadado, y temiendo que detrás de cualquier peñasco se esconda un asesino; pero es difícil guardarla bien sujeta cuando hemos llegado al feliz valle, con su aire sofocante. Pero a menos que llevemos allí la armadura, nos perderemos... «Velad y orad para que no entréis en tentación; la carne es enferma».

Es más difícil resistir la tentación cuando viene de la parte menos esperada. Puede ser que la esposa de Potifar no fuese peor que muchas de su sexo, aunque nos sonrojamos de leer sus proposiciones infames. Sin duda sobrecogieron a José como el sacudimiento de un terremoto, llenándolo de un tumulto repentino de pensamientos. La apelación inesperada a sus pasiones, revistió a la tentación con fuerza doble. Dios lo ha arreglado así, que por lo regular el marinero sea amonestado de la tempestad que viene; puede arriar sus velas, y cerrar las troneras, pero, ¡ay de él si le coge un repentino chubasco! ¡Cristiano, cuídate de los chubascos repentinos! Los hombres son cogidos de repente por faltas.

La política y la conciencia están con frecuencia discordes con respecto a la tentación. Parecía esencial para José estar bien con la esposa de su señor. Agradar a ella aseguraría su adelanto. Desagradarla, la haría su enemiga y arruinaría sus esperanzas. ¡Cuántos habrían razonado que, cediendo por un solo momento, podrían ganar influencia que después usarían para los mejores resultados! Un acto de homenaje al diablo les conferiría poder que podrían usar después para derrumbarle. Este raciocinio es uno de los traidores más fatales al corazón del hombre. Es esta la política que conduce a muchos a decir, cuando son tentados a obrar mal por el amo o la ama o el sobrestante, o el marchante principal: «No quería yo hacerlo. Cedí porque mi pan dependía de ello; no me atreví a ofenderlos».

La única armadura contra la política es la fe que mira hacia el futuro lejano y cree que al fin se hallará que es mejor haber obrado bien y haber esperado la vindicación y la bendición de Dios. Resultó mejor para José no obedecer las sugerencias de la política: al haberlo hecho así, podría haber adquirido un poco más de influencia en la casa de Potifar; pero no podría haber durado y nunca habría llegado a ser primer ministro de Egipto, o haber tenido un hogar propio, o haber hecho que sus muchachos recibieran la bendición de su padre moribundo.

La fuerza de una tentación está en la respuesta de nuestra naturaleza a sus sugerencias. Se dice que los gérmenes de la enfermedad de la papa y la vid flotan siempre en el aire; pero no pueden hallar ningún lugar de operación en las plantas sanas. Pero luego que las plantas degeneran y llegan a ser impotentes para resistir a sus ataques, entonces ahogan las esperanzas del agricultor en una espantosa ruina. Así es con nosotros; si tan sólo fuéramos semejantes a nuestro Señor, pasaríamos ilesos por un torbellino de tentaciones; no hallarían nada en nosotros. Es por ser nuestros corazones tan desesperadamente malos, por lo que necesitamos vigilar constantemente: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él maná la vida».

No hay pecado en tener ciertas tendencias, apetitos, y deseos; de otro modo el hambre sería un pecado, y el adormecimiento que conduce al dulce sueño. Pero el peligro consiste en gratificarlos en un grado inmoderado o por motivos malos e impropios. La naturaleza humana es muy dada a esto, tiene esta tendencia; y las aguas hurtadas son dulces. Por esto José debe haber sufrido más.

Debemos siempre distinguir cuidadosamente entre los apetitos y deseos que nos son naturales; y los que hemos adquirido por hábitos malos. Acerca de estos no necesitamos vacilar. No podemos consentirles en lo más mínimo. Deben ser arrancados por completo; así como las yerbas del suelo del jardín, son tiradas donde el sol pueda quemarlas hasta que mueran. Pero aquellos necesitan vigilarse con cuidado; porque aunque en sí mismos son naturales y hermosos, sin embargo siempre tienden a demandar una gratificación excesiva con respecto a objetos rectos o una gratificación en direcciones que no son naturales y que son prohibidas, y no debemos esperar nunca que llegue el tiempo, en este lado de la muerte, cuando estas tendencias naturales sean desarraigadas; y mientras queden en nosotros, constituirán un nido en el que los gérmenes de la tentación pueden sembrarse, y dar fruto. Ningún pensador que sabe su propia debilidad puede aventurarse a afirmar su inmunidad de tentación, o la imposibilidad de ceder. Si está firme, es sólo por la gracia de Dios.

Hubo elementos peculiares de prueba en el caso de José. La tentación estuvo acompañada por la oportunidad: «No había nadie de los de casa allí en casa».

El tiempo era propicio, y si hubiera cedido, la tentadora nunca hubiera publicado su propia vergüenza. También la tentación fue repetida día tras día. ¡Cuán terrible debió haber sido aquella persistencia! El agua, goteando de continuo, gastaría las rocas; y la tentación que procura vencer al fin por su misma importunidad, ha de temerse más que ninguna otra.

Sin embargo José quedó firme. Raciocinó con ella. Le mordió la confianza que no se aventuraba a traicionar. Procuró infundir en ella un sentido de lo que le convenía como la esposa de su señor. Pero hizo más. Cambió el caso desde el tribunal de la razón hasta el de la conciencia, preguntando con palabras que deben recordarse siempre, y que han dado el secreto de la victoria a las almas tentadas en todos los siglos: «¿Cómo haría yo este grande mal, que pecaría contra Dios?».

Se dice que las tentaciones de nuestras grandes ciudades son tantas y tan fuertes, que los jóvenes no pueden resistirlas. A veces los hombres hablan como si el pecado fuera una necesidad. Deben rehusar pensar en declaraciones tan peligrosas. Mientras se tenga descrito el caso de José, será una contradicción a todo esto. Un joven sí puede resistir; puede vencer; puede ser puro y casto. Debemos, sin embargo, obedecer los mandatos de la Escritura y el sentido común. Evítense todos los lugares, libros y gente que fomenten pensamientos malos. Resístase la primera pequeña tentación, por temor de que abra una brecha tan grande que admita el océano. Acuérdate de que ninguna tentación puede vencerte a menos que la admitas dentro de tu naturaleza; y puesto que eres demasiado débil para guardar cerrada la puerta contra ella, suplica al poderoso Salvador que se coloque contra ella. Todo el infierno no puede romper la puerta que confíes a la guardia de Jesús.

¡Qué lema es este para todos nosotros! «¿Cómo haría yo este grande mal?».

Podría haber sido mejor que José no entrara en la casa para hacer su oficio; pero probablemente tenía que hacerlo. Tenía cuidado en no estar con ella más que lo necesario (véase Gn. 39:10). No tenemos derecho de esperar que Dios nos guarde si voluntariamente nos metemos en tentación. Pero si somos compelidos a ir allí por las circunstancias de nuestra vida, podemos contar con su fidelidad. Si el Espíritu nos empuja al desierto para ser tentados, podemos esperar gozar también del ministerio de los santos.

José obró sabiamente, huyendo. La discreción es con frecuencia la parte más sabia del valor. Es mejor perder una prenda de ropa y otras muchas posesiones más valiosas, que perder una buena conciencia:

«Huye de los deseos juveniles». Es decir, no juegues con las tentaciones. No te quedes cerca de ellas. Si lo haces, te vencerán: «Escápate, sobre tu alma no mires tras de ti, ni pares en toda esta llanura».

No es pecado ser tentado. Aquel que nunca pecó fue tentado del diablo. El motín puede golpear en las puertas del palacio; pero la vida nacional está segura mientras el pecado no penetre en el salón del trono para meterse en la silla real. La voluntad es la ciudadela de nuestra hombría; y mientras ésta no ceda, todo queda firme. No pueden acusarme de recibir bienes hurtados, si sencillamente me suplican que los reciba en casa, una súplica que se repudió con indignación. El pecado entra cuando consiento y cedo. Al mismo tiempo, es sumamente imprudente descuidar de la batalla hasta que entra en el santuario interior de nuestro ser. Es mucho mejor oponerse en el primer círculo de la defensa, en la primera sugestión, insinuación o deseo. Resiste al diablo allí y huirá de ti; y evitarás una lucha interior, que dejará sus cicatrices en tu alma, por muchos años.

Ojalá que tengamos gracia y fe para imitar el ejemplo de José, y, sobre todo, de nuestro Señor, sin mancha. Podemos estar completamente seguros de que no se permitirá que ninguna tentación nos tome fuera de las que son comunes a los hombres, o de las que podemos resistir, y de que la gracia suficiente está con seguridad dentro de nuestro alcance. Y el Padre Todopoderoso quiere conducirnos a usar de aquella fuerza y valernos de sus recursos: «Cualquiera que permanece en Él, no peca; cualquiera que peca, no le ha visto, y no le ha conocido».

No te olvides de que los que creemos en Jesús estamos sentados con Él a la diestra del poder; ni que Satanás es ya en el propósito de Dios un enemigo vencido debajo de nuestros pies. Deja que el Vencedor entre en tu corazón, para que Él entre en ti, como venció en su propia vida mortal (véase 1 Jn. 4:4; Jn. 16:33). Abre todo tu ser a la gracia vencedora del Espíritu Santo; y así seremos más que vencedores por Aquel que nos ama...

Capítulo 4

El secreto de la pureza

José aprendió, centenares de años antes de que nuestro Salvador lo enseñara desde el Monte de las Bienaventuranzas, lo bendito que son los puros de corazón. No podría haber anticipado la exquisita simetría de la forma en que la ley de aquella bienaventuranza fue expresada. Por cierto Dios le concedió gozar mucho de la dulzura y luz divinas como premio de su pureza varonil.

No hay nada que nos guste más que la pureza que, como el rayo del sol que penetra la atmósfera de algún patio mal oliente, puede pasar por las condiciones más inmundas sin perder nada de su gloria celestial. Los hombres que están familiarizados con el secreto del imperio sobre sí mismos -o quienes, no habiendo estado expuestos a las tentaciones que acometen y rinden otras vidas, nunca han manchado sus vestidos- siempre atraen hacia sí la admiración y reverencia de sus semejantes. Las cimas cubiertas de la nieve de la pureza, en su majestad sublime, parecen ser tan inaccesibles a los hombres ordinarios, que se asombran de que cualquiera pueda trepar por sus lados ásperos y respirar la atmósfera de aquel mundo celeste.

Debemos siempre recordar que no hay ninguna parte de nuestra naturaleza, ninguna función de nuestra vida humana que sea en sí misma común o inmunda. Cuando vino Adán de la mano de su Creador, y se paró delante de Eva en su inocencia primitiva, ni siquiera necesitó el vestido de hojas. Todo él era dulce, puro y recto y muy bueno. No había deseo ni apetito de su naturaleza que en sí mismos dejaran de ser sagrados. Y si tan sólo hubiera acatado la voluntad de Dios, si tan sólo hubiera guardado supremos en su corazón la voluntad, la ley y el propósito de Dios, no habría habido nunca en el mundo ninguna concupiscencia, ni deseo ni pasión desordenados. Así como Moisés, el gran legislador, en la marcha por el desierto, que recibió los mandamientos de Dios y los pasó a los oficiales y ancianos para la obediencia de la muchedumbre, así podría la conciencia haber recibido de Dios y transmitido a la economía entera de nuestra naturaleza humana, aquellos mandatos, cuyo resultado legítimo habría promovido la gloria de Dios por una parte, y el bienestar del hombre por la otra.

Pero cuando el hombre pecó en el paraíso, cambió el eje de su ser desde Dios hacia sí mismo, amó y sirvió a la criatura más que al Creador, quitó el sol del centro de la esfera interior, la cual inmediatamente cayó en confusión, obrando cada parte para su gratificación egoísta y personal. Y desde aquel tiempo la ley más elevada del hombre ha consistido en la indulgencia del apetito, arrojando las riendas sobre el cuello del deseo desordenado, sea de la grosera indulgencia física, o sea de la imaginación y pensamiento; no teniendo ningún freno sino el temor de las consecuencias funestas para el hombre o la posición.

Debe recordarse este hecho al considerarnos a nosotros mismos o a otros; y debemos tener en cuenta la operación de la gran ley de herencia, por la cual hemos llegado a poseer apetitos y tendencias, que, por más puras que hayan sido en su intención original, han sido viciados por el abuso de ellos de las muchas generaciones de las que hemos descendido. Y hay, por lo tanto, una fuerte tendencia en todos nosotros por naturaleza, hacia el fruto prohibido. ¿Quién hay entre nosotros que no haya sentido con frecuencia una tendencia hacia la indulgencia egoísta en dos maneras distintas? En primer lugar, a gratificar los sentidos en direcciones que son del todo prohibidas; y en segundo lugar, a gratificarlos hasta un grado excesivo en direcciones que son en sí legítimas.

Por consiguiente, es inevitable que comencemos la vida bajo desventajas serias, puesto que por nuestro mismo origen, estamos relacionados íntimamente a una raza que, a través de las edades de la historia previa, ha sido corrompida por el veneno de la obstinación, y movida por las tempestades de la pasión. Es inevitable que comencemos bajo desventajas más serias que las de Adán. No es que seamos condenados por el pecado de él, porque se nos dice que el segundo Adán ha satisfecho para nosotros todas aquellas consecuencias penales que de otro modo habrían sido amontonadas sobre nosotros por aquella cuenta; pero somos terriblemente estorbados por la desventaja de ser los hijos de una raza caída.

¿Y no es esto lo que significa el término teológico «pecado original», y la frase de Pablo la «ley en mis miembros»? Y si se alegara que algún cambio misterioso ha pasado sobre nuestra naturaleza física, por el cual la operación heredera y mórbida del apetito natural ha sido trastocada, pedimos pruebas bíblicas de ella, por cierto; la presencia de enfermedad en los cuerpos de algunas de las personas más santas es una fuerte prueba presunta de que semejante cambio no haya sido efectuado. O tenemos que sostener que ya

hemos recibido el cuerpo resucitado, o que hay tendencias naturales y pervertidas hacia gratificaciones malas y egoístas.

Para guardarnos de toda mala interpretación posible, reiteramos que no sostenemos que el pecado consiste en un estado o acto meramente físico; sino que estamos predispuestos a pecar por la misma naturaleza que hemos heredado y la cual es tan susceptible a la tentación satánica por una parte, y tan sutil, pronta y desastrosa en su influencia sobre la voluntad por la otra: que ninguna filosofía de la vida interior puede ser satisfactoria si no reconoce la presencia de este cuerpo de carne, que en sí mismo no es pecado, pero que se presta tan fácilmente a sugerencias malas, que, cayendo sobre él como chispas sobre pólvora, tienden a inflamar la imaginación, corazón y voluntad.

Mientras pues estamos en el cuerpo, no podemos decir que estamos donde estuvo Adán cuando sintió que la mano de Dios acababa de moldearlo. Hay una gran diferencia entre nosotros y él, en que en ese momento su naturaleza nunca había cedido al mal; mientras la nuestra lo ha hecho miles de veces, tanto en aquellos de quienes la hemos recibido, como en nuestros propios hechos egoístas tantas veces repetidos. Viene el tiempo gozoso cuando cambiaremos este cuerpo de humillación por uno semejante al cuerpo resucitado de nuestro Salvador. Entonces será quitada una gran fuente de tentación y fracaso, y entonces no tendremos que quejarnos de que la ley en nuestros miembros lucha con la ley de nuestra mente, con el propósito de ponernos en su fatal cautiverio.

¿No hay pues ningún libramiento en esta vida de aquel cautiverio? Seguramente que lo hay; la ley en los miembros puede guerrear contra la ley de la mente y, no obstante, no lograr meterla en cautiverio, porque será defendida por la ley del espíritu de vida que es en Cristo Jesús y que la liberta de la ley del pecado y de la muerte.

El único poder suficiente por el cual las sugerencias de nuestra naturaleza mala pueden ser refrenadas es el del Espíritu Santo que mora en el corazón y lo llena: «Andad en el Espíritu; y no cumpliréis los deseos de la carne; porque el deseo de la carne es contrario al deseo del Espíritu y el deseo del Espíritu es contrario al deseo de la carne, de manera que no podáis hacer lo que quisieréis».

Nunca en esta vida cesará el tentador de atacarnos. Aún en los lugares celestiales, las regiones superiores de la experiencia espiritual, todavía estaremos expuestos a los ataques de ejércitos de espíritus malvados; y mientras moremos en este cuerpo, llevaremos consigo aquella susceptibilidad al mal que es el resultado amargo de la caída de Adán. Como un estremecimiento de electricidad penetra en un sólo momento por todo un sistema telegráfico, así un relámpago de sugestión impura puede atravesar toda nuestra naturaleza, haciéndola vibrar y estremecerse por un momento.

Pero cuando el Espíritu Santo nos llena, el tentador puede hacer lo peor posible, y sus sugerencias caerán infructuosas y sin efecto a nuestros pies; nuestra naturaleza no responderá a las sugerencias que se le hacen desde afuera. Todos sabemos lo que sucede cuando se rasca una cerilla sobre una superficie húmeda; y será así con nuestras tentaciones. La vieja naturaleza, que antes era tan inflamable como la pólvora, será privada, por decirlo así, mientras el Espíritu esté en posesión, de su terrible facilidad de responder. Y aún más, cuando el Espíritu ejerza su gran poder en el interior, quitará el mismo deseo de ceder al pecado, y cambiará el antiguo amor en odio, de modo que aborreceremos y nos estremeceremos de horror al pensar en las cosas que antes amábamos.

Y en muchos casos, donde la fe en Él es completa, tan quieta y efectivamente adormece las tendencias pecaminosas, que el feliz recipiente de su gracia supone que han sido extractadas de su naturaleza. Parece que ya no existen. El egoísmo parece invernar, y esta bendita experiencia continúa justamente el tiempo que el alma vive en el pleno goce de la obra del bendito Espíritu. ¡Ojalá que suceda así con cada lector de estos renglones!

Capítulo 5

Malentendido y encarcelamiento

Entre el pozo y la cárcel no hubo sino un rayo pasajero de sol y prosperidad. El cielo de la vida de José volvió a nublarse. Porque cuando Potifar oyó la declaración falsa pero plausible de su esposa, y vio el vestido en su mano, el cual reconoció como el de José, su ira se inflamó; no quiso oír ninguna palabra de explicación, sino que le metió en la cárcel del estado, de la cual él estaba encargado.

Ésta no era una cárcel como las de ahora, sino un «hoyo» miserable. Acaso nos recuerda las palabras que describen la antigua cárcel con que Bunyan comienza su alegoría sin igual: «Pasando yo en una ocasión por el desierto de este mundo, me detuve en cierto lugar donde había una cueva, y habiéndome recostado, me quedé dormido y soñé».

Dos o tres pequeños aposentos, llenos de prisioneros, mal ventilados, fétidos con olores malos, tal vez medio sepultados de la bendita luz del sol, ésta fue la especie de casa en que José pasó aquellos dos miserables años.

Los que han visto la lúgubre cárcel de Tánger podrán formarse mejor concepto de lo que haya sido aquel «hoyo». Imaginaos un gran salón lúgubre, sin ventanas, pavimentado con piedras negras de suciedad, sin luz ni aire con excepción de lo que puede pasar por la angosta abertura con rejas de hierro, por donde los amigos de los miserables prisioneros o algunos extraños compasivos pasan el alimento y el agua que es el único sostén de la vida; no hay arreglos de ninguna clase para la limpieza, o la separación de los prisioneros. Todo el día se oye el sonido sordo de las cadenas en los pies, mientras las víctimas se arrastran lentamente sobre el suelo, o rodean de continuo la inmensa columna de piedra que sostiene el techo, y en el que los extremos de sus cadenas están fijos.

Esto fue bastante duro para uno que estaba acostumbrado a andar libremente por las amplias llanuras de Siria. El encierro es intolerable para todos nosotros; pero especialmente para los jóvenes, y más para los jóvenes en cuyas venas fluye algo de aquella sangre árabe que teme la muerte menos que el cautiverio. No me admira la historia patética que nos relata cómo,

sobre el Puente de Londres, un marinero tostado del sol, nuevamente venido del desembarcadero, compró muchas jaulas en las cuales estaban aprisionados muchos pájaros silvestres, dejándolos volar regocijados a sus bosques nativos, diciendo a los que le miraban admirados que había vegetado demasiado tiempo en una cárcel de tierra extraña para dejar de saber cuán dulce era la libertad. No sabemos cuán preciosa es la libertad porque nunca la hemos perdido. Y José nunca la apreció como cuando se halló encerrado en este «hoyo» maloliente.

Fue amarrado y sus pies fueron lastimados por grillos. Es verdad que gozaba del favor del carcelero, y tenía libertad excepcional dentro de los lúgubres recintos para comunicarse con los encarcelados; pero, no obstante, a donde quiera que iba, el crujir de los grillos le recordaba que era todavía un prisionero. Esto nos hace pensar en otro de los prisioneros del Señor, Pablo, quien tomó de la mano de su amanuense la pluma con qué poner su firma de la genuinidad y autenticidad: «...que es mi signo en todas mis cartas». Y al hacerlo así sintió el estirar de la cadena que le sujetaba a la guardia imperial; y casi podemos oír el crujir del hierro en las palabras «acordaos de mis prisiones» (Col. 4:18).

Además de todo esto, los ideales religiosos de José aumentaron en gran manera su aflicción. Había sido enseñado por Jacob en la teoría que se presenta con tanta claridad en los discursos de los tres amigos de Job, y que era tan generalmente sostenida por todos sus maestros y asociados en aquel antiguo mundo oriental, filosófico, y profundamente pensador: la de que él bien venía a los buenos y el mal, a los malos; que la prosperidad era la señal del favor divino, y la adversidad de la ira divina. Y José había procurado ser bueno. ¿No había guardado siempre los mandatos de su padre y obrado rectamente, no obstante que sus hermanos eran hombres de mala reputación, y procuraron hacerle tan malo como lo eran ellos mismos? ¿Pero qué había ganado por su integridad? Sencillamente el celo y el odio sanguinarios de los de su propia carne y sangre. ¿No había él, no obstante la plena fuerza de su pasión juvenil, resistido los halagos de la hermosa egipcia, porque no quería pecar contra Dios? ¿Y qué había ganado? Sencillamente el reproche que amenazaba fijarse en él, de haber cometido la misma iniquidad que era tan difícil de resistir; y por añadidura, un castigo no merecido. ¿No había sido siempre bondadoso y compasivo con sus compañeros en la prisión, escuchando sus historias y derramando consuelo en sus corazones? ¿Y qué había ganado con esto? Juzgando por lo que él veía, sencillamente nada; y le habría valido lo mismo portarse de otro modo.

¿Qué provecho había, pues, en obrar bien? ¿Podría ser verdad lo que su padre le había enseñado de que el bien venía a los buenos, y el mal a los malos? ¿Había un Dios que juzgaba rectamente en la Tierra? Vosotros que habéis sido mal entendidos, que habéis sembrado semillas de santidad y amor y no habéis segado nada sino la desilusión, pérdida, padecimiento, y odio, vosotros sabéis algo de lo que sentía José en aquel miserable calabozo. También la desilusión vertió sus amargas gotas en la amarga copa. ¿Qué había sido de aquellos sueños de su juventud, aquellos sueños de la grandeza venidera, que llenaban su joven cabeza con espléndidas fantasías? ¿No eran éstas de Dios? Él lo había pensado, sí, y su venerado padre había pensado lo mismo; y él debía haberlo sabido, porque había hablado con Dios muchas veces. ¿Serían estas fantasías las ilusiones de un cerebro febril, o mentiras burladoras? ¿No habría verdad, ni fidelidad en el Cielo ni en la Tierra? ¿Dios le habría abandonado? ¿Su padre le habría olvidado? ¿Nunca pensarían en él sus hermanos? ¿Nunca procurarían encontrarle? ¿Había de pasar todos sus días en aquel calabozo, arrastrándose por los cansados años, no volviendo nunca a sentir la bienaventuranza de la libertad: y todo porque se había aventurado a obrar bien? ¿Es extraño que el joven corazón sintiera que se quebrantaba bajo este peso?

Y, sin embargo, las experiencias de José no son únicas. Puede ser que nunca hayas sido puesto en un calabozo; y no obstante, con frecuencia, te has sentado en tinieblas, y sentido en tu derredor la limitación que te prohibía hacer lo que deseabas. Puede ser que hayas estado portándote bien, y el portarte bien te haya puesto en dificultades no pensadas; y estés dispuesto a decir: «He sido demasiado honrado». O puede ser que hayas estado tratando noblemente a alguno, como José trató a Potifar, y hayas sido visto a una luz completamente errónea. ¿Quién no sabe lo que es ser mal entendido, mal representado, acusado falsamente, y castigado injustamente?

Cada cual comienza su vida con vigor y esperanza. La juventud, procurando la solución del extraño problema de la existencia, no teme nada, no recela ningún mal. La esperanza canta en los tonos más sublimes de exultación. El sol brilla; las olas azules se quiebran musicalmente alrededor de la barquilla; las velas se abren suavemente; el amor y la belleza gobiernan el timón; y aunque se relatan historias de naufragios en la mar traidora, nadie teme que semejantes experiencias sobrevengan a aquel barquichuelo. Pero pronto la desilusión, pesar y desastre oscurecen el cielo y borran la hermosa perspectiva; y el joven marinero se despierta como de un sueño: «¿Sería yo, quien imaginaba que nunca había de ver el mal?». En seguida el alma se

entrega a luchas tremendas para librarse. Los músculos se ponen como cordones, el sudor baila la frente, pero todo esfuerzo no hace otra cosa sino enredar los miembros haciéndolos mis impotentes. Y al fin agotado de fuerzas e imposibilitado, el joven deja de luchar, y está quieto, acobardado y vencido, como el animal indomable de las llanuras, cuando ha estado echado por horas enteras en el lazo del cazador seguramente habría algo de esto en el estado de José, mientras languidecía en aquel miserable calabozo.

Considerando en su efecto menos noble, este encarcelamiento sirvió al interés temporal de José; aquella cárcel era el lugar donde los prisioneros de estado eran detenidos. Hasta allí eran enviados los magnates de la corte que habían caído en sospechas. El maestresala y el panadero no nos parecen ser personas de mucha importancia; pero estos eran títulos de personajes muy distinguidos. Semejantes hombres hablarían libremente con José, y haciéndolo, le dirían muchas ideas de los partidos políticos, y un conocimiento de los hombres y las cosas en general, que en días posteriores deben haberle sido muy útiles.

Pero hubo más todavía... El Salmo 105:18, refiriéndose al encarcelamiento de José, tiene una lectura alternativa notable: «Su alma entró en hierro».

Interpretando esto en nuestro idioma, quiere decir que su alma se hizo como el hierro. ¿No hay una verdad en esto? Puede ser que no sea la verdad enseñada en este versículo; pero es una verdad muy profunda, la de que el pesar y la privación, el yugo llevado en la juventud, la forzosa moderación del alma, todo conduce a una tenacidad y fuerza de propósito; a una paciencia, una fortaleza como de hierro, que son la fundación y armazón indispensables de un carácter noble. No te alejes del sufrimiento. Sopórtalo en silencio, con paciencia y resignación; y asegúrate que es la manera de que se vale Dios para introducir hierro en tu ser espiritual.

Como un muchacho, el carácter de José tendía a la debilidad. Era un poco mimado por su padre. Tenía demasiado orgullo de su vestido. Era un poco chismoso. Estaba demasiado lleno de sus sueños y esperanzas de la grandeza predicha. Ninguna de éstas eran grandes faltas; pero carecía de fuerza, firmeza, poder de dominar. ¡Pero qué diferencia obró en él su encarcelamiento! Desde ese momento se maneja con una sabiduría, modestia, valor, y resolución varonil, las cuales nunca le faltan. Obra como un nacido para gobernar a los hombres. Lleva a un país extranjero por la prueba de una gran hambre, sin que se manifieste un síntoma de revolución.

Vive como igual con los aristócratas más orgullosos de su tiempo. Promueve los cambios más radicales. Ha aprendido a guardar silencio y a esperar. ¡Seguramente su alma se había hecho como el hierro!

Esto es precisamente lo que harán los padecimientos a favor de ti. El mundo necesita diques de hierro, batallones de hierro, músculos de hierro y tendones de acero. Dios necesita santos de hierro; y puesto que no hay manera de impartir hierro a la naturaleza moral sino dejando sufrir a su pueblo, lo deja sufrir: «Ningún castigo al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; empero después fruto quietísimo de justicia da a los que por él son ejercitados».

¿Estás en la cárcel por haber obrado bien? ¿Los mejores años de tu vida se te deslizan en una monotonía inevitable? ¿Estás estorbado por oposición, malos conceptos, o difamación, y desprecio, como la espesa maleza obstruye el paso del leñador? Entonces ánimo; el tiempo no está mal gastado: Dios está infundiéndote el hierro. La corona de hierro de los padecimientos precede a la corona de oro de la gloria. Y el hierro está entrando en tu alma para hacerla fuerte y valerosa.

¿Está leyendo estas palabras un anciano? Si es así, puede hacerse la pregunta, ¿por qué Dios llena a veces una vida de disciplina, dando pocas oportunidades de mostrar el hierro del alma? ¿Por qué da hierro al alma, al mismo tiempo negándole el servicio activo? Eso es una cuestión que tiende mucho a probar nuestro destino glorioso. Tiene que haber otro mundo en alguna parte, un mundo de glorioso ministerio, para el cual estamos siendo educados. Y puede ser que Dios considere una vida humana de setenta años de padecimiento como no demasiado larga para educar el alma que ha de servirle por la eternidad. Es en la cárcel donde José está siendo preparado para la vida desconocida del palacio de Faraón; y si pudiera haber visto con anticipación el futuro, no se habría admirado de la severa disciplina. Si pudiéramos ver todo lo que nos espera en el palacio del gran Rey, no nos sorprenderíamos tanto de ciertas experiencias que nos acaecen en las celdas oscuras de la Tierra. Estás siendo educado para el servicio en el hogar de Dios, y en los espacios superiores de su universo.

«Y estuvo allí en la casa de la cárcel. Mas Jehová fue con José». El Señor estuvo con él en el palacio de Potifar; pero cuando José fue a la cárcel, el Señor fue allí también. La única cosa que nos separa de Dios es el pecado: entretanto que andamos con Dios, Dios andará con nosotros, y si nuestra

senda deja las llanuras bañadas de sol para bajar al valle lleno de nieblas espesas, Él irá a nuestro lado. El hombre piadoso es mucho más independiente de los hombres y las cosas, que los demás hombres. Es Dios quien le hace bienaventurado. Como la ciudad celestial, no tiene necesidad de sol ni de luna porque el Señor Dios es su luz eterna. Si está en un palacio se regocija, no tanto por sus deleites, sin porque Dios está allí. Y si está en una cárcel puede cantar alabanzas, porque el Dios de su amor está con él. Para el alma que esta absorta en Dios, todos los lugares y experiencias son poco más o menos lo mismo: «Si dijere, ciertamente las tinieblas me encubrirán, aun la noche resplandecerá por causa de mí: las tinieblas son como la luz».

Además de esto, el Señor le mostró misericordia. ¡Maravillosa revelación! No estuvo en un nicho en el lado de la montaña, como Moisés, mientras pasaba la solemne pompa; y sin embargo el Señor le mostró una gran visión: le mostró su misericordia. Aquella celda de la prisión fue el monte de la visión, desde cuya altura vio, como nunca había visto antes, el panorama de la divina bondad. Valía la pena ir a la cárcel para aprender esto. Cuando los niños se reúnen para ver la linterna mágica, las figuras pueden estar en el lienzo, y no obstante ser invisibles, porque el aposento está lleno de luz. Si queda en tinieblas el aposento, al momento el círculo de luz se ve llenó de brillantes colores. Dios nuestro Padre con frecuencia tiene que quitar la luz de nuestra vida porque quiere mostrarnos su misericordia.

Siempre que te metas en una prisión de circunstancias, espera algo. Las cárceles son lugares buenos para ver cosas. Fue en la cárcel donde Bunyan vio su maravillosa alegoría, y Pablo encontró al Señor, y Juan miró por la puerta abierta del Cielo, y José vio la misericordia de Dios. Dios no tiene oportunidad para mostrar su misericordia a algunos de nosotros, sino cuando estamos en medio de un gran pesar. La noche es el tiempo para ver las estrellas.

Dios también puede levantar amigos para sus siervos en los lugares menos imaginados, y entre la gente menos probable: «Jehová dio su gracia en ojos del príncipe de la casa de la cárcel».

Es probable que fuese un hombre áspero y nada bondadoso, bien preparado para copiar las displicencias de su amo, el gran Potifar, y para amargar la existencia diaria de este esclavo hebreo. Pero otro Poder obraba allí, del cual él no sabía nada, inclinándole hacia su prisionero, y conduciéndole a ponerle

en una posición de confianza. Todos los corazones están abiertos a nuestro Rey: de su cinturón cuelgan las llaves con que pueden abrirse las puertas más duras... «Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos pacificará con él».

Es tan fácil para Dios tornar el corazón de un hombre, como lo es para un labrador volver el curso de un riachuelo para llevar fertilidad a una parte árida.

Hay siempre alivio para nuestras aflicciones, en la ministración de otros. José lo halló así. Debió haberse regocijado por el alivio de la monotonía de su pesar, cuando le fue confiado el cuidado de los prisioneros reales. Hubo un nuevo interés en su vida, y casi olvidó el peso de sus propias aflicciones mientras escuchaba las historias de los que eran más desgraciados que él mismo. Es muy interesante notar qué profundo interés humano sentía en los casos distintos de sus prisioneros, notando la expresión de sus rostros, preguntando bondadosamente por su bienestar, y sentándose para escuchar sus relatos. José es el principal de todos los filántropos de la cárcel; pero se dedicó a esta santa obra, no porque primordialmente tuviera entusiasmo por ella, sino porque le suministró un opio para sus propios pesares.

No hay un anodino para el pesar del corazón, como el ministrar a otros. Si en la tela de tu vida se hallan las negras sombras del pesar, no te sientes para lamentar en soledad tu triste suerte, sino levántate para buscar a los que son más miserables que tú, llevándoles bálsamo para sus heridas y amor para sus quebrantos de corazón. Y si no puedes dar mucha ayuda práctica, no necesitas abandonarte a la gratificación de un pesar solitario, porque puedes ayudar mucho a los hijos de la amargura, escuchando las historias de su dolor o sus sueños recelosos, a imitación de José.

Es un arte valioso escuchar bien. El corazón oprimido anhela contar su historia a un oído simpatizante. Hay un alivio inmenso en hablar de nuestra pena. Pero no puede ser apresurado, necesita bastante tiempo; y por eso los apesadumbrados se vuelven de los hombres ocupados en la vida activa, y buscan a los que, como ellos mismos, han sido afligidos, y están obligados a andar temblando con amargura de su alma, como lo hacía José cuando los siervos de Faraón le hallaron en el calabozo egipcio. Si no puedes hacer otra cosa, escucha bien y consuela a otros con la consolación con que tú has sido consolado de Dios.

Y mientras escuches, y consueles, y limpies las lágrimas que caen, hallarás que tu propia carga está más ligera, y que un ramo o ramito del verdadero árbol -el árbol de la Cruz- ha caído en las aguas amargas de tu propia vida, haciendo que la Mara sea Noemí, y los pantanos de lágrimas saladas serán sanadas. En semejante comunión hallarás lo que halló José: la llave que abrirá las pesadas puertas con las cuales has sido encerrado.

Diremos algunas palabras en conclusión a los que están sufriendo injustamente. No os sorprendáis. Sois discípulos de Uno que fue mal entendido desde la edad de doce años hasta el día de su ascensión; el cual no hizo pecado, y con todo fue contado como pecador; acerca de quien se dio unánimemente el testimonio: «No hallo en Él culpa alguna». ¡Y, sin embargo, le llamaron Belzebú! Si hablaron así del amo de la casa, ¡cuánto más dirán de los domésticos!

«No os maravilléis cuando sois examinados por fuego como si alguna cosa peregrina os aconteciese». Sólo estáte seguro de que sufres injustamente, y como un Cristiano. No te canses de hacer bien. José podría haber dicho: «Cedo... ¿De qué provecho es mi rectitud? Me irá lo mismo si vivo como otros».

¡Obró con mucha más nobleza perseverando en bien hacer! Obra bien porque es justo hacerlo; porque Dios te ve; porque hace regocijarse el corazón. Y entonces cuando seas mal entendido y maltratado, no vacilarás ni te sentarás para quejarte y desesperar.

Sobre todo, no te vengues. Cuando José narró sus aflicciones no acusó duramente a sus hermanos o a Potifar o a la esposa de Potifar. Dijo sencillamente: «He sido hurtado de la tierra de los hebreos; y tampoco he hecho aquí por qué me hubiesen de poner en el hoyo».

Podría haber leído las palabras del apóstol: «No os venguéis a vosotros mismos». «Esto es agradable, si alguno a causa de la conciencia que tiene delante de Dios, sufre molestias, padeciendo injustamente...».

Nos equivocamos mucho procurando justificarnos a nosotros mismos; obraremos más sabiamente siguiendo nuestro camino, haciendo humildemente los deberes que se presentan, y dejando a Dios el vindicarnos: «Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía» (Sal. 37:6). ¡Y qué triunfo proporcionó Dios a su fiel siervo!

Vendrán horas en la vida de todos nosotros, cuando seremos mal entendidos, calumniados, acusados falsamente, perseguidos injustamente. En semejantes ocasiones es muy difícil no seguir la política de los hombres del mundo en nuestro derredor. Desde luego apelan éstos a la ley, la fuerza y la opinión pública. Pero el creyente lleva su caso a un tribunal superior, y lo expone a Dios. Está preparado para usar cualesquiera medios que parezcan ser sugeridos divinamente.

Pero depende mucho más de la vindicación divina que de sus propios arreglos más perfectos. Se contenta con esperar meses y años, hasta que Dios se levante para vengar su causa. En muy poco tiene el ser juzgado adversamente en el tribunal de los hombres: no le importa sino el juicio de Dios, y espera el momento cuando los justos brillarán en el Reino de su padre, como el sol cuando sale de detrás de todas las sombrías nieblas. Cuando se manifestare Cristo que es nuestra vida, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria.

¡Qué desenredo de misterios, qué corrección de equivocaciones, qué vindicación de carácter habrá allí! Vosotros los calumniados, bien podéis esperar el veredicto de la eternidad, el de Dios, que sacará vuestra justicia como la luz, y vuestro juicio como el mediodía.

En toda la disciplina de la vida es de la mayor importancia no ver sino una sola voluntad que ordena y dirige al miramos nuestros encarcelamientos y desgracias como el resultado de la malevolencia, nuestra vida se llenará de inquietud y tristeza. Es duro sufrir mal a manos del hombre, y pensar que tal vez podría haber sido de otro modo.

Pero hay una manera de considerarlo que es más recta y más consoladora, y es mirar todas las cosas como estando bajo la ley y dirección de Dios; de modo que aunque tengan su origen y lleguen a nosotros por el rencor y malicia de nuestros semejantes, sin embargo, puesto que antes de que lleguen a nosotros, tienen que pasar por la Divina Presencia que nos rodea, han sido transformados en su propia bondadosa voluntad para nosotros. Fue Judas quien maquinó la muerte del Salvador, y llenó el huerto con las bandas de soldados y las antorchas; y sin embargo el Señor Jesús dijo que era el Padre quien ponía la copa a sus labios.

Y aunque fue asesinado por los sumos sacerdotes y escribas, sin embargo dio tan completa aquiescencia a la disposición de su Padre, que habló de poner su vida, como si su muerte fuera por completo su propio acto. No hay mal a los que aman a Dios; y el creyente pierde de vista las causas secundarias, por estar tan absorto en la contemplación del desarrollo del misterio de la voluntad de su Padre. Como dijo Kingsley al morir: «todo está bajo ley».

No debemos sorprendernos cuando suceden pasajes oscuros en nuestra vida exterior, o en nuestra experiencia interior. La luz del sol no interrumpida nos volvería locos; y la prosperidad perpetua del alma o de las circunstancias, produciría una excitación espiritual que sería en sumo grado deletérea. Debemos ser privados a veces de sentimiento, para que adquiramos el arte de andar por fe. Tenemos que ser privados de los cinturones de corcho para que seamos compelidos a confiarnos a las inquietas olas. Tenemos que descender el valle oscuro para que probemos nosotros mismos lo seguro que son la vara y el cayado, que antes hemos considerado como superfluos o como adornos.

Capítulo 6

Los peldaños del trono

Los pasos de la exaltación de José desde la celda de la prisión donde le dejamos, hasta los peldaños del trono de Faraón, se conocen también que no necesitamos describirlos detalladamente... «Acordarte has de mí dentro de ti, cuando tuvieres bien».

Fue una súplica modesta y patética ésta que hizo José al gran oficial del estado, a cuyo sueño había dado una interpretación tan favorable. Algunos, sin embargo, han dicho que no tenía derecho a hacerlo. Han dicho que no tenía derecho de suplicar a este hombre que rogara a Faraón, cuando él mismo tenía acceso al Rey de los reyes, y podía en cualquier tiempo presentar su caso en su tribunal.

No nos conviene juzgar duramente al cautivo en la obra de la más profunda angustia de su alma. La fe más fuerte ha vacilado a veces. Elías cayó sobre las arenas del desierto, y pidió morir. Juan el Bautista, desanimado y desalentado, envió desde su lúgubre celda en el castillo de Herodes preguntando si Jesús era en verdad el Cristo. Savonarola, Lutero, Eduardo Irving, pasaron por tinieblas tan densas que casi apagaron la antorcha de su fe heroica; y si en este momento José trató de agarrar ayuda humana, pareciéndole que fuese más cercana y más real que la ayuda de Dios... ¿Quién de nosotros puede condenarle? ¿Quién de nosotros dejará de simpatizar con él? ¿Quién de nosotros no se habría portado de semejante manera? Muchas veces cuando hemos profesado que nuestra alma esperaba sólo a Dios, hemos insinuado ansiosa o mostrado abiertamente nuestras necesidades a aquellas de quienes esperábamos una ayuda probable.

Este ruego, «acordarte has de mí», nos recuerda la oración que el ladrón moribundo dirigió a nuestro Señor mientras entraba en las densas tinieblas. ¡Pero cuán distinta fue la respuesta! La promesa se hizo inmediatamente y se guardó pronto. Y cuando el sol se escondía detrás de los cerros occidentales, al arrepentido que había creído, había entrado en la ciudad que nunca está bañada de la gloria del sol poniente, y había aprendido lo que es estar en el Paraíso con Cristo. Muy distinto sucedió con José.

Sin duda, el gran hombre concedió fácilmente su súplica, y prometió todo lo que le pidió. Y, sin duda, movido por su gratitud, resolvió dar a José un lugar entre sus subordinados, o tal vez en las viñas. Y al salir, podemos imaginar que diría: «Adiós, oirás de mí pronto».

Pero «se olvidó de él». ¡Qué triste aquella palabra, «se olvidó»! ¡Cuántos de nosotros sabemos lo que significa! Día tras día, mientras José desempeñaba sus deberes, esperaba recibir alguna señal del recuerdo y la intercesión de su amigo. Semana tras semana aguardaba el mensaje de libramiento, y con frecuencia se sobrecogía por algún sonido repentino que le hacía pensar que la orden de su descargo había venido. Entonces inventó excusas ingeniosas por la dilación: el príncipe de los maestresalas habría tenido que recibir las felicitaciones de sus amigos, los negocios que se habían atrasado y acumulado en su ausencia ahora demandaban su atención; probablemente muchas cosas se habían descuidado, y se necesitaba tiempo y trabajo para arreglarlas, o quizás esperaba una buena oportunidad para presentar el caso de su amigo de la cárcel al rey... ¡Cuántas horas de pensamientos ansiosos fueron gastadas así, esperando persistentemente, rechazando el temor que debilita su corazón y que le parecía indigno retener! Pero al fin fue inútil negar la verdad desagradable, que lentamente forzaba una entrada en su mente, la de que había sido olvidado.

La esperanza diferida entristeció su corazón. Pero se quedó firme. Si fue decepcionado por el hombre, se adhirió con más tenacidad a Dios. Diría en efecto: «En Dios solamente repósate, oh alma mía; porque de Él es mi esperanza. Él solamente es mi fuerte y mi salud».

No confiaba en vano; porque por una serie de providencias maravillosas, Dios le sacó de la cárcel, e hizo más por él de lo que podría haber hecho el príncipe de los maestresalas de la corte de Faraón.

Puede ser que algunos que lean estos renglones estén en perplejidad y aflicción que pueda compararse con la de José cuando estuvo en el calabozo. Y repetidas veces hayan procurado efectuar su propia liberación. Que ayudarán a un amigo a emigrar, entendiéndose que, si le fuera bien a él, le enviaría dinero para ayudarle a ir también. Que hayan hecho súplicas a personas que fueron favorecidas por ellos cuando vivían en la misma pobre calle, pero que después se han adelantado mucho en el mundo. Que hayan conseguido que ciertos fabricantes y hombres de influencia anotaran su nombre y dirección en su cartera. Pero nada ha resultado. Al principio tenían

muchas esperanzas. Creían que cada correo les traería la carta que esperaban. Hubo una mujer en América que fue cada mañana por diez años al Administrador de correo de la villa, para pedir una carta de su hijo, que él prometió enviar, pero que nunca llegó.

Pero las ascuas se enfrían cada vez más. La esperanza se acababa. Es bastante triste ser decepcionado; pero el aguijón de la decepción es ser olvidado. «¡Dejáos del hombre, cuyo espíritu está en su nariz!».

Ciertamente, no podemos vivir sin simpatía y amistad humanas. Anhelamos el toque de la mano humana y el sonido de la voz humana. Tratamos ansiosamente de coger cualquier estímulo que algún hombre débil nos presente, como un náufrago procura agarrar ramitas que pasan flotando sobre la corriente. Pero los hombres nos engañan; aún los mejores se muestran menos dispuestos de lo que pensábamos: resulta que la corriente es muy turbia cuando llegamos a ella, a pesar de todos los informes acerca de su suficiencia... «Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y en su corazón se aparta de Jehová. Y será como la retama en el desierto; y no verá cuando viniere el bien; mas morará en las sequedades en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada».

¡Vuélvete de la decepción y el olvido del hombre a la constancia y fidelidad de Dios! Él mismo dice: «Yo no te olvidaré».

Puede dejarte largo tiempo sin ayuda; puede permitir que trabajes en un mar tempestuoso hasta la cuarta vela de la noche. Puede parecer silencioso y austero, quedándose dos días en el mismo lugar como si se descuidara de Lázaro que está agonizando. Puede permitir que tus oraciones se amontonen como cartas no abiertas sobre la mesa de un amigo ausente. Pero al fin dirá: «Oh hombre, oh mujer, grande es tu fe; séate hecho como tú quieres».

¡Espera a Dios! Somos demasiado impacientes, demasiado inquietos; nos equivocamos mucho. Todo viene sólo a los que pueden esperar: «Los que esperan a Jehová, ellos heredarán la Tierra».

Puede ser que hayas tenido lo que tuvo José cuando era todavía un jovencito: una visión de poder y utilidad y bendición. Pero no puedes realizarlo de hecho. Todos tus planes fracasan. Parece cerrada toda puerta. Los años están pasando sobre ti, profundizando el sentido de que no has obrado ningún

libramiento en la Tierra. Ahora vuelve tu corazón a Dios; acepta su voluntad; dile que le dejas completamente a Él la realización de tus sueños: «Espera a Jehová, y guarda su camino, y Él te ensalzará para heredar la tierra; cuando los pecadores serán talados, verás».

Puede ser que te haga esperar un poco más; pero hallarás que verificarás las palabras de uno que sabía por experiencia su fidelidad: «La salud de los justos fue Jehová, y su fortaleza en el tiempo de la angustia; y Jehová los ayudó, y los escapa, y los escapará de los impíos; y los salvará por cuanto esperaron en Él».

Primero la esposa de Potifar hace una acusación sin fundamento, que conduce al encarcelamiento de José; el joven prisionero se gana la buena voluntad del carcelero, y se le permite tener acceso libre a los prisioneros. Luego sucede en ese mismo tiempo que dos oficiales del estado son echados a la cárcel bajo sospechas de procurar envenenar a su real amo; entonces la verificación de la interpretación de José de sus sueños muestra que posee un poder nada común. Ahora aquel departamento de la memoria en que la cara y el caso de José están escondidos se sella por temor de que éste procure hacer algo prematuramente; entonces, después de dos años enteros, el rey de Egipto sueña. Para el observador casual, parecería haber mucha casualidad en todo esto; pero el historiador, dirigido por el Espíritu Santo, levanta el velo, y muestra que Dios obraba paso a paso sus propios planes infinitos.

El sueño se repitió dos veces, tan semejantemente que hacía evidente a la mente más obtusa, que se trataba de algo de muchísima importancia. La escena en cada caso fue la ribera del río; primero el margen verde de hierba en seguida el fértil terreno aluvial. De todos modos era un mal agüero ver a las vacas enjutas devorar a las gordas, y las espigas marchitas devorar a las llenas. Tampoco podemos admirarnos de que el monarca de un pueblo que atribuía importancia especial a presagios y portentos, enviaría apresuradamente por la multitud de sacerdotes que siempre le rodeaban; y que en esta ocasión fueron reforzados por todos los sabios, adeptos a este ramo de ciencia; pero no hubo ninguno que pudiera interpretar el sueño de Faraón... «¿No ha enloquecido Dios la sabiduría de este Mundo?».

Entonces, en medio del pánico del palacio, el príncipe de los maestresalas se acordó de repente de su experiencia en la cárcel, y habló al rey del joven cautivo hebreo. Faraón se aprovechó inmediatamente de la sugestión: envió y llamó a José; y le trajeron apresuradamente del calabozo, «e hicieronle

salir corriendo». No obstante su impaciencia, el rey tuvo que esperar hasta que se había afeitado y cambiado su vestido de cárcel. La perfecta limpieza y propiedad en el vestido era tan importante a ojos de los egipcios, que los asuntos más urgentes eran aplazados hasta que éstos recibían atención debida. ¡Qué lástima que los hombres se cuidaran tanto de su apariencia al presentarse unos a otros, y fueran tan descuidados acerca de su apariencia delante de Dios! Muchos hombres que no pensarían en entrar en una sala si su camisa no estuviera blanquísima, están muy contentos de llevar dentro de su pecho un corazón tan negro como la tinta.

Es hermoso notar las referencias reverentes de José hacia Dios, en su primera entrevista con Faraón:

«Dios será el que responda paz a Faraón».

«Lo que Dios hace, ha mostrado a Faraón».

«La cosa es firme de parte de Dios, y Dios se apresura a hacerla».

El hipócrita se cuida de interpelar en su conversación el Nombre de Dios: sin duda esto se debe a su idea de que el verdadero hijo de Dios hará esto con frecuencia; y hay algo de verdad en la creencia. Cuando el corazón está lleno de Dios, la lengua estará casi obligada a hablar de Él; y semejantes referencias serán fáciles y naturales como flores en mayo. ¡Ojalá que nuestra vida interior estuviera más llena del poder y amor y presencia de Jesús! Si nuestro corazón rebosara de amor a Dios, hablaríamos con más frecuencia de nuestro Rey divino. José no se avergonzaba de hablar de su Dios en medio de la multitud de idólatras en la corte de Egipto: no vacilemos en dar nuestro humilde testimonio en presencia de la oposición violenta y el desprecio arrogante.

Siendo asumida y concedida esta posición, no hay dificultad en interpretar el consumo de las siete vacas gordas por las siete enjutas, y de las siete espigas llenas por las siete secas abatidas del solano; ni de indicar que los siete años de grande abundancia fuesen seguidos por siete años de hambre tan terrible, que toda la hartura sería olvidada en la tierra de Egipto, y que el hambre acabaría con ella.

Ya que tenemos la interpretación delante, nos parece admirable, no que José la diera, sino que los sabios de la corte de Faraón dejaran de descubrirla. Pero tal vez Dios lo ordenó así para que los agoreros fuesen hechos estúpidos, «locos», para presentar una oportunidad para la elevación a la que, desde su niñez, José había sido destinado. En esto, como sucede con

tanta frecuencia, hay una ilustración de las palabras divinas: «Escondiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Así, Padre, pues que así agradó a tus ojos...».

Entonces en presencia de toda la corte que escuchaba atónita, visto por los ojos maliciosos de los magos, a quienes les pesaba perder su prestigio y lugar, o los ricos emolumentos de su oficio, el joven hebreo interpretó el real sueño. Aquel sueño estaba expresado de una manera completamente egipcia, y se relacionaba con el Nilo, cuyas aguas eran miradas por los nativos con una reverencia entusiasta, sea por sus cualidades peculiarmente deliciosas, refrescantes, y nutritivas, o por la inundación anual que llevaba muy adentro de la tierra, el suelo rico y fértil. En verdad, por éstas y otras consideraciones el río era el objeto de un culto idolátrico.

El búfalo una especie de buey, bien conocido antiguamente en Egipto, se deleitaba en estar en el agua en los países calurosos, quedándose por horas enteras en aquel baño refrescante sumergido todo el cuerpo, con excepción de la cabeza. La vista de ganado vacuno subiendo del río, no sería, pues, un acontecimiento raro; y José no tuvo dificultad en hacer entender a su auditorio, cuando dijo que estas siete vacas así como también las siete espigas de trigo sobre un tallo, según la naturaleza de aquella especie de trigo aristado conocido todavía como trigo de Egipto, eran emblemas de siete años de grande abundancia en todas partes de la tierra de Egipto.

Pero, tal vez, lo que dio a José más influencia en aquella corte no fue su interpretación sino la política sabia y prudente en que insistió. Mientras detallaba sus recomendaciones sucesivas, el nombramiento de un hombre discreto y sabio que tuviera este negocio exclusivo como la obra de su vida, de la creación de un nuevo departamento de negocios públicos con el propósito de reunir los recursos de Egipto en anticipación de la verdad venidera, del vasto sistema de almacenaje en las ciudades de la Tierra, es evidente que hablaba movido por un espíritu que no era propio, y con un poder que conquistó el acceso inmediato del monarca y de sus consejeros principales... «El negocio pareció bien a Faraón y a sus siervos. Y dijo Faraón a sus siervos: *¿Hemos de hallar otro hombre como éste en quien haya Espíritu de Dios?*».

¡Ojalá que lleváramos con nosotros aun en nuestros negocios la evidente señal del Espíritu de Dios! Valdría la pena languidecer, aún en un calabozo, si tan sólo tuviéramos el tiempo de buscarlo. Pero puede alcanzarse aún en términos más fáciles: «Pedid y tendréis; buscad y hallaréis; abrid vuestro corazón, y recibiréis».

Se nos da aquí una ilustración interesante de las palabras: «Yo honraré a los que me honran». Cuando José hubo interpretado el sueño y dado su consejo -no pensando que al hacerlo bosquejaba su propio futuro-, Faraón dijo a sus siervos: «¿Hemos de hallar otro hombre como éste, en quien haya Espíritu de Dios?».

Entonces se volvió hacia José, y le dijo: «Pues que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay entendido ni sabio como tú. Tú serás sobre mi casa, y por tu dicho se gobernará todo mi pueblo; solamente en la silla seré yo mayor que tú, Yo te he puesto sobre toda la tierra de Egipto».

Fue un ascenso maravilloso, esto de subir de un sólo salto desde el calabozo hasta los peldaños del trono. Su padre le había reprendido; ahora Faraón, el más grande monarca de su tiempo, le da la bienvenida sus hermanos le menospreciaron; pero el más orgulloso sacerdocio del mundo le recibe por matrimonio en sus filas considerándolo más sabio conciliar a un hombre que desde ese momento había de ser la fuerza principal en la política y vida egipcias.

Las manos que estaban encallecidas con las labores de un esclavo, son adornadas con un anillo de sellar. Sus pies ya no son atormentados con grillos; una cadena de oro es puesta a su cuello. El vestido de muchos colores que le fue quitado por violencia y manchado con sangre, y el que fue dejado en manos de la adúltera, son cambiados por vestidos de lino finísimo sacados del guardarropa real. Antes fue hollado como las inmundicias de todas las cosas; ahora se manda que todo Egipto doble la rodilla delante de él cuando salga en el segundo carro, el primer ministro de Egipto, y segundo sólo al rey.

Y todo esto sucedió porque un día, por amor a Dios, José resistió la tentación de cometer un acto de pecado. Si hubiera cedido, probablemente nunca habríamos oído más de él; habría sido matado por la sirena que ha muerto a otros muchos hombres fuertes, y habría descendido a las oscuras cámaras de la muerte. Ningún feliz matrimonio, ninguna esposa, ningún

hijo, le hubiera cabido en suerte. Ningún honor o utilidad, o visión de los caros rostros de sus parientes, habrían enriquecido su vida con su abundante bendición. ¡Qué bueno que no cedió!

Seamos firmes; busquemos primeramente el Reino de Dios y su justicia; neguémonos el placer inmediato por la siega lejana del contentamiento; honremos a Dios obedeciendo su menor mandamiento; osemos decir, No; estemos dispuestos a menguar. Y entonces la marea se cambiará: Dios no es un injusto que se olvide; volverá y tendrá misericordia de nosotros, y nos ensalzaré para heredar la Tierra.

El paralelismo entre José y Jesús es mucho más que una coincidencia. No podemos dejar de encontrar predicciones aquí. El Espíritu Santo, enamorado del misterio del amor venidero, anticipó las características más notables en la vida de José. A saber, José fue desechado por sus hermanos; Jesús por los judíos, sus hermanos según la carne. José fue vendido por veinte piezas de plata a los Ismaelitas; Jesús fue vendido, por la traición de Judas, por treinta piezas, y entonces entregado a los gentiles. José fue echado en la cárcel; Jesús estuvo en el sepulcro. José en la cárcel pudo predicar el Evangelio de liberación al copero; Jesús fue y predicó el Evangelio a los espíritus en la cárcel.

Más aún, los dos malhechores de la cruz hallan su duplicado en los compañeros de cárcel de José; aunque judío por nacimiento, y desechado por sus propios hermanos, no obstante fue elevado al poder supremo en un reino gentil, y salvó a millares de ellos de la muerte; Jesús de nacimiento judío y, no obstante, rechazado por los judíos, sin embargo ha sido exaltado a la silla suprema de poder, y ahora está entronizado en los corazones de millares de gentiles, a quienes ha traído salvación de la muerte, y pan espiritual para satisfacer su hambre. El mismo nombre que Faraón dio a José significaba «salvador del mundo», el título de nuestro Salvador.

Sí, y debemos llevar el paralelo aún más lejos. Después de que José había estado gobernando y bendiciendo a Egipto por algún tiempo sus mismos hermanos vinieron pidiéndole perdón y ayuda; así en días no muy lejanos, veremos a los judíos volviendo sobre sus pasos y exclamando: «Jesús es nuestro Hermano». Y así todo Israel será salvo.

Ahora tenemos que pensar en Jesús como sentado sobre su trono: Primer Ministro del universo, Intérprete de la voluntad de su Padre, Órgano y Ejecutor de los decretos divinos. Sobre su cabeza hay muchas coronas; sobre su dedo está el anillo de soberanía; sobre sus lomos el cinturón de poder. Vestiduras resplandecientes de luz le envuelven. Y este es el grito que le precede: «¡Doblad la rodillas!».

¿Has doblado tú alguna vez la rodilla a sus pies? No vale la pena oponerse a Él. La lengua de malicia y envidia puede calumniarle y rehusar dejarle reinar. Pero nada puede hacer fracasar el decreto y plan del Padre: «Yo te establecí mi rey sobre el monte de mi santidad».

Al Nombre de Jesús toda rodilla se doblará; y toda lengua confesará que Jesús es Señor. Ponte de acuerdo con Él presto: «Besad al Hijo porque no se enoje».

Recuerda el sueño de Faraón... Siete búfalos, que habían escapado del calor atormentador metiéndose en la comparativa fresca del agua, subieron a las riberas y empezaron a pacer en el prado. Poco después, siete vacas enjutas de carne subieron, y no hallando nada para comer, por una de aquellas extrañas transformaciones comunes en los sueños, tragaron a sus predecesores.

Así las siete espigas devoraron a las que estaban llenas y buenas. Esto es un símbolo de lo que está sucediendo siempre, y está sucediendo ahora. Nuestros gobernantes, como Faraón, justamente ahora están teniendo visiones molestas. En Europa e Inglaterra las cosas débiles están destruyendo a las fuertes. Las criaturas hambrientas están devorando a las florecientes y gordas; lo estéril está tragando a lo fructífero: y no hay mejoramiento visible. Los que saben cuánto gastamos cada año en bebidas y en nuestro ejército, por lujo desmedido y ostentación, entenderán lo que yo quiero decir.

Es triste ver cuánto está siendo malgastado en todas estas cosas, cuando la masa de nuestros trabajadores está sumiéndose cada vez más en la miseria y necesidad. ¿Y dónde está el remedio? Parece que está fuera de nuestro alcance. Parece que nuestra sabiduría, con sus parlamentos, sus artículos eruditos, sus congresos, está perpleja y confundida. En esta misma hora, por falta de algo mejor, millones están armados para evitar que los hambrientos y débiles devoren a los gruesos y gordos.

Porque Dios mismo está sumiendo a Egipto en desesperación, para que aprenda la necesidad que tiene de Jesús que, como José antes, está escondido de la vista. Entonces estas Biblias serán escudriñadas, y los lugares de culto cristiano se llenarán de gente; y el Desechado reinará, y su esposa le será dada. Entonces la Tierra se regocijará; porque Él viene para reinar en justicia, y su reinado será buena voluntad a los hombres.

Puede ser que siete años de hambre hayan pasado sobre ti, devorando todo lo que has acumulado en felices tiempos pasados, y dejándote sin nada. ¿No adivinas la razón? Hay un Salvador desechado transferido a un calabozo oscuro en tu corazón. Nunca puede haber prosperidad ni paz mientras Él esté allí. Búscale desde luego. Corre a Él. Suplícale que perdone años de vergonzosa negligencia. Restablécele sobre el trono. Ponle en sus manos la rienda del poder, y Él te restituirá los años que comió la oruga.

Capítulo 7

La primera entrevista de José con sus hermanos

La vida de José como Primer Ministro fue muy espléndida. Todo lo que podía agrandar a los sentidos o satisfacer al gusto fue suyo. Los muros de los palacios egipcios existen en aquella atmósfera seca para atestiguar la magnífica provisión que se hacía para todas las necesidades y lujos.

En verdad, nuestra sociedad en muchos aspectos no tiene nada de qué jactarse sobre la edad en que él vivía, y de la que nos queda la historia. Su palacio consistiría de aposentos sin número abriéndose en atrios espaciosos, donde palmas, sicomoros y acacias crecían con gran lozanía. Los muebles, que consistían en mesas, lechos y consolas, eran elegantemente contruidos de distintas maneras, incrustados de ébano y dorados. Exquisitos perfumes se exhalaban de vasos de oro, bronce y alabastro; y el pie se hundía en las alfombras que cubrían los pisos, o se pisaban las pieles de leones y otras bestias feroces. Numerosos esclavos y oficiales satisfacían toda necesidad. Coros de músicos llenaban el aire de dulces melodías. Se ha dicho que tal es una fiel descripción de las circunstancias exteriores de la vida de José.

Pero aunque ésta era de esplendor casi sin igual, es preciso creer que llevaba una vida de bastante ansiedad. así, José tuvo que habérselas con una nobleza hereditaria y orgullosa, celosa de su poder y con una población loca de hambre. Durante los primeros siete años de su vida como Primer Ministro, salió por toda la tierra de Egipto dirigiendo la construcción de diques y zanjás que utilizarían hasta lo posible el crecimiento inusitado del Nilo, construyendo vastos graneros, y comprando la quinta parte de la inmensa profusión de grano... «Hizo la tierra a montones; y juntó José trigo como arena de la mar, mucho en gran manera, hasta no poderse contar, porque no tenía número».

Sin duda todo esto le causaba mucha ansiedad; debe haber sido difícil para este joven extranjero llevar a cabo sus grandes planes no obstante la apatía estólida o la oposición activa de grandes oficiales y propietarios.

Estaba, sin embargo, eminentemente preparado para su trabajo; porque había algo en él que no podía atribuirse a ningún análisis de su inteligencia; como había dicho Faraón en verdad: «Es un hombre en quien hay Espíritu de Dios».

¿Cuándo aprenderán los hombres que el Espíritu de Dios puede estar en ellos cuando están comprando y vendiendo, y arreglando todos los detalles de sus negocios o de su hogar? ¿Cuándo creerán que harán mejor su parte en el mercado, y en la casa, quienes sienten más la influencia del Espíritu Santo? Que Dios nos conceda a todos nosotros el espíritu sencillo y reverente de este hombre, que en medio del esplendor y de los negocios de su posición encumbrada, puso a Dios siempre delante de su rostro. Semejante temperamento nos hará una bendición en nuestros tiempos; porque, al fin, cuando llegaron los días del hambre, José pudo, como él dijo después, ser un «padre» a Faraón y salvar la tierra.

Todos estos acontecimientos necesitaban tiempo para verificarse. José era un jovencito de diecisiete veranos cuando fue arrancado de su hogar; y era un joven de treinta cuando se presentó por vez primer delante de Faraón. Tienen que añadirse los siete años del tiempo feliz de abundancia; y tal vez otros dos mientras los abastecimientos de los graneros se iban acabando lentamente: de modo que probablemente habían pasado veinticinco años entre la tragedia a la boca del pozo y el tiempo en que estamos pensando ahora.

Durante estos años la vida en el campamento de Jacob había pasado quietamente y sin eventos por las mismas escenas invariables, como el curso de algún río en un país llano donde se necesita un ojo experto para descubrir la dirección de la corriente. La señal principal del número de los años que pasaban lentamente era la creciente debilidad en el paso del anciano padre y la fragilidad aumentada en su forma.

Pero esto no era sencillamente el resultado de la vejez, sino del pesar; llevaba en su corazón las cicatrices de muchas heridas, de las cuales la principal era el pesar por su amado José. Era un dolor que se veía compelido a soportar casi siempre a solas; y quizás, era más profundo por las sospechas del mal obrar que parecen haberse sugerido a su mente. Iba paso a paso hacia el sepulcro llorando a su hijo. Nunca pudo olvidarse del vestido manchado de sangre, la querida reliquia de su hijo cuyo rostro no esperaba ver ya más.

Entre tanto, los hijos habían llegado a ser de edad madura y tenían familias propias. Probablemente nunca mencionaban aquel acto de violencia. Hacían lo mejor que podían para desterrar el pensamiento de ello de su mente. A veces en sus sueños verían aquel joven rostro en su agonía, u oirían los ruegos de su alma angustiada; pero procuraban ahogar estas memorias penosas, olvidándolas. La conciencia se adormecía. Sin embargo había llegado el tiempo cuando Dios pensaba usar a estos hombres para fundar una nación. Y con el fin de prepararlos para su alto destino era necesario infundir en ellos una recta condición de alma.

Sin embargo ¿cómo podría su alma estar sana, mientras no se hubieran arrepentido del pecado que había arrojado una luz lúgubre sobre su historia? El gran Médico nunca cubre una cicatriz, sino que, comenzando desde el fondo, la toca y escudriña cuidadosamente. Los fundamentos de un carácter noble deben tocar la roca de un arrepentimiento genuino. Pero parecía ser casi imposible asegurar el arrepentimiento en aquellos corazones obtusos y oscurecidos. Con todo, el Eterno lo efectuó por algunas maravillosas providencias; y al estudiarlas, notemos cómo Dios subordina todos los eventos para probarnos y ver lo que está en nuestro corazón, y traernos a Él mismo.

Este, pues, es nuestro tema: los métodos de gracia de que se valió Dios para despertar las conciencias de estos hombres, de su largo y aparentemente interminable sueño. Y es un tema que bien merece nuestro estudio; porque si hay una cosa que se necesite más que ninguna en las congregaciones cristianas y en el mundo, es un profundo convencimiento de pecado. Bien sería si alguna trompeta de resurrección pudiera tocarse y despertar las conciencias dormidas de los hombres, haciendo que los pecados, largo tiempo olvidados pero no perdonados, se levantaran y salieran de sus sepulcros. ¿Qué provecho hay en presentar al Salvador a aquellos que no sienten una necesidad de Él? ¿Y quién puede esparcir semillas con esperanza de segar, a menos que el arado haya primero metido su hierro en el suelo? Había sequía en todas las tierras; y el hambre llegó aún a la tierra de Canaán. Con frecuencia antes, en las vidas de los patriarcas, habían sido empujados por el hambre a ir a Egipto; y Jacob despertó a sus hijos del letargo desesperado en que se hundían diciéndoles: «¿Por qué os estáis mirando? He aquí yo he oído que hay alimentos en Egipto; descendad allá y comprad para nosotros allá, para que vivamos, y no muramos; y descendieron los diez hermanos de José a comprar trigo a Egipto».

Mientras los cerros estuvieron verdes y los pastos estuvieron cubiertos de ganados, mientras los valles estaban cubiertos de grano y alegres con los cantos de los segadores, Jacob podría haber llorado solo, pero Rubén Simeón y el resto de ellos habrían estado indiferentes y contentos. Pero cuando llegó el hambre, los corazones de estos hombres fueron abiertos a la convicción; su seguridad carnal se destruyó, y fueron preparados para ciertas experiencias espirituales en las cuales nunca habían soñado. Sí, y estaban siendo preparados para encontrarse con José.

Así Dios nos trata; destruye nuestro nido. Suelta nuestras raíces. Envía un hambre terrible que nos corta todo el vigor del pan. Y en semejantes ocasiones, cansados, gastados y tristes, somos preparados a confesar nuestros pecados, y recibir las palabras de Cristo, cuando dice: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que Yo os haré descansar».

¿Tu vida justamente ahora está pasando por una temporada de hambre? Amenazan faltarte las provisiones? ¿Desfallece tu corazón anticipando los desastres que te amenazan? Sin embargo ámate; esto es sencillamente el movimiento de la corriente que está llevándote a Cristo y a una vida mejor. En días posteriores aquellos hombres miraron aquel tiempo de estrechez como la mejor cosa que podría haberles sucedido: ninguna otra cosa les habría traído a José. Sí, y viene el tiempo cuando tú bendecirás a Dios por tus tiempos de pesar e infortunio. Dirás: «Antes que fuera humillado, yo erraba, mas ahora tu Palabra guardo».

Parece que en algunos de los más grandes mercados, José mismo dirigía la venta de trigo. Hasta podría haber ido a propósito, movido por una especie de esperanza de ver a alguno de los Ismaelitas, cuyos rostros nunca podía olvidar; o de alguna otra manera, recibir noticias de su casa. Puede ser que aún acariciara la idea de que vinieran sus mismos hermanos, y que orara por ellos. Al fin llegó el día esperado. Estaba parado en su lugar como de costumbre, rodeado de toda confusión y ruido de un bazar oriental, cuando de repente su atención fue llamada por la entrada de aquellos diez hombres. Los miró fija y ansiosamente por un momento, latiéndole con fuerza el corazón y no necesito más seguridad: los conoció.

Evidentemente, sin embargo, ellos no le conocieron a él. ¿Cómo podían conocerle? Había crecido de un mozo de diecisiete años a un hombre de cuarenta. Estaba vestido de lino puro, blanco, con adornos de oro que

indicaban su rango; un vestido no del todo distinto de aquel famoso vestido que había producido tanto desastre. Era gobernador de la tierra, y si habían pensado en José al entrar en la Egipto (y sin duda lo hicieron), esperarían verle en una cuadrilla de esclavos encadenados trabajando en los campos, o sudando en los hornos de hacer ladrillos, preparando material para las pirámides. Así, en cumplimiento inconsciente de su propio sueño de muchacho, se postraron delante de él, rostro a tierra.

Al momento José vio que no le conocieron; y en parte para asegurarse de si sus hermanos estaban arrepentidos, y en parte para saber por qué Benjamín no venía con ellos, se hizo extraño para ellos. Les habló ásperamente. Les acusó de ser espías. Rehusó creer sus declaraciones, y les puso en la cárcel hasta que pudieran ser verificadas. Guardó a Simeón encadenado.

En todo esto, creo que él repitió exactamente la escena de la boca del pozo; y en verdad tal vez podemos ver lo que realmente sucedió allí, reflejado en el espejo de esta escena. No es inverosímil que cuando le vieran viniendo hacia ellos, en su vestido de príncipe, corrieran a él acusándole de haber venido para descubrir sus maldades y llevar un mal informe a su padre, como había hecho antes: si fuera así, esto explicará por qué ahora de repente los acusa de ser espías. Seguramente el muchacho había protestado que no era un espía, que sólo había venido para preguntar por su bienestar; pero habían contestado sus protestas con ruda violencia poco más o menos como el áspero gobernador los estaba tratando a ellos. Puede ser que aun lo hubieran metido en el pozo amenazándole de guardarle allí hasta que sus declaraciones pudieran ser verificadas, poco más o menos de la misma manera en que José ahora los trataba; y Simeón puede haber sido el principal. Si este fue el caso -y parece muy probable-, es obvio que apelara poderosamente a su conciencia y memoria, y que no dejaría de despertarlas. Recuerda la historia de Hamlet. El tío de Hamlet asesinó a su hermano, el padre de Hamlet, que era rey de Dinamarca. El hecho se hizo secretamente; pero el joven príncipe lo supo, e instruyó a los actores para que repitieran el asesinato, en una representación muda, delante del matrimonio real pero culpable, y sus huéspedes. Lo hicieron así. Al fin el rey no pudo soportar más. Se levantó apresuradamente de su silla y salió del salón, diciendo: «Ay mi ofensa es grande, hiede hasta el Cielo; tiene sobre sí la maldición primera y más antigua, el asesinato de un hermano».

Y como aquellos hombres, cada uno en su calabozo pensaba en el trato que había recibido; sin duda se presentó de una manera viva a su mente el trato que ellos habían dispensado al joven inocente, muchos años antes.

Hay otra escena en el Antiguo Testamento que recordamos ahora, aquella escena en Sarepta cuando el niño murió, y la madre corrió a la presencia del profeta, exclamando: «¿Has venido a mí para traer en memoria mis iniquidades?».

Había procurado olvidar su pecado. Lo había sepultado en un calabozo muy profundo como aquel en el antiguo castillo de Chillón debajo de las aguas azules del lago de Génova. Pero había algo en aquel niño muerto que lo hizo volver a su memoria; volvió a experimentarlo: pero no su placer, hacía mucho que este se había acabado; sólo su pena quedaba.

La memoria es uno de los procesos más maravillosos de nuestra naturaleza. Es la facultad que nos facilita anotar y recordar lo pasado. Si no fuera por este poder, la mente quedaría para siempre en el estado vacío de la niñez, y nada de lo que ha pasado delante de ella dejaría más impresión de lo que hacen las imágenes sobre la llana superficie de un espejo. Pero aunque es tan importante, conduce sus operaciones en un perfecto misterio. El aposento está cerrado contra toda mirada humana; la cámara está cubierta con un velo negro. Este, sin embargo, es el único hecho de interés para nosotros, que lo retiene todo absolutamente. Nada ha pasado jamás a través de ella sin que no haya dejado un memorial sobre sus tablas plásticas.

Es importante, sin embargo, distinguir entre la memoria y el recuerdo. Tenemos todas las cosas en la memoria: está anotado en alguna parte de los archivos de la memoria todo cuanto hemos visto o hecho en nuestra vida; pero no podemos siempre recordar un incidente o acordarnos de él al momento que se necesita. Supón que nunca quemas tus cartas, sino que siempre las guardas en un cajón: esto se parecería a la memoria; pero supón que nunca las anotas en un índice o las clasificas para poder fácilmente echar mano a la que se necesitara: eso sería como un fracaso del recuerdo. Mientras un recuerdo pronto hallaría su analogía en la facilidad con que podrías hallar una carta exigida, en un tiempo dado.

El fracaso de hallar una carta no argüiría que la carta no estaba en el cajón, sino sencillamente que no estaba bien clasificada, de la misma manera el no poder recordar lo pasado no argüiría que está perdido para la memoria, sino solamente que el poder del recuerdo está débil. En otras palabras, nuestra

memoria realmente lo retiene todo; y aunque a veces nuestro recuerdo es malo, sin embargo, una cosa muy trivial puede excitarlo y hacerlo sacar cosas pasadas ya de mucho tiempo, de las divisiones más profundas de la memoria en que han sido echadas, y en que han quedado siempre.

El lector puede haber sido llevado a una casa rodeada de un jardín de otro tiempo; pero no ha pensado en ello por años, hasta que un día por casualidad ve una planta o huele un perfume peculiarmente asociado con él, que lo trae todo de nuevo al recuerdo. Así sucede con el pecado. Puede ser que haga muchos años que hayas cometido algún pecado; has procurado olvidarlo. No ha sido perdonado y abandonado; casi has logrado dejar de pensar en él: pero créeme, está allí todavía; y el incidente más trivial puede en cualquier momento echarlo sobre tu conciencia, tan vivamente como si se hubiera cometido ayer. Si el pecado está perdonado, está en realidad olvidado; Dios dice: «No me acordaré de tus pecados».

Pero si solamente está olvidado, y no perdonado, puede despertar de una manera muy inesperada y terrible. Este fue el caso de los hermanos de José. Dijeron el uno al otro, al oír al gobernador extranjero reiterar su demanda de evidencias de que no eran espías: «Verdaderamente nosotros hemos pecado contra nuestro hermano, que vimos la angustia de su alma, cuando nos rogaba, y no oímos: por eso ha venido sobre nosotros esta angustia».

Más aún, sin la obra del Espíritu Santo podrían haber sentido remordimiento, pero no culpabilidad. No basta sentir que el pecado es un disparate y una equivocación: es un delito. Este sentido de pecado es la prerrogativa del Espíritu de Dios. Él sólo puede convencer de pecado. Cuando Él está obrando, el alma clama: «¡Ay de mí, soy un hombre pecador!».

¿No convienen estas palabras a algunos labios que lean estas páginas? ¿No has pecado tú? Puede ser que en tu juventud hayas perjudicado a algún hombre o alguna mujer. Puede ser que hayas enseñado a algún jovencito a blasfemar. Puede ser que hayas disipado con tus risas las primeras impresiones de alguno que buscaba ansiosamente el camino de la salvación, hasta que éstas dejaron de volver. Puede ser que no hayas hecho lo posible por los que fueron entregados a tu cuidado. Y ahora parece que otros están tratándote a ti como tú trataste a los asociados de otros días. Tú ahora anhelas la salvación; y aprendes lo amargo de ser ridiculizado, desconcertado, tentado y contrariado. Te acuerdas del pasado; se te presenta con la terrible intensidad de un relámpago.

Clamas: «¡Perdóname Dios! Verdaderamente he pecado contra aquella alma a quien traicioné y perjudiqué». Y ésta es la obra del Espíritu Santo. Deja seguir su bendita obra en ti hasta que te conduzca al pie de aquel árbol que florece como la vara de Aarón, aunque por mil ochocientos años haya dejado de crecer, y cuyas hojas son para las naciones...

Hay al menos un hermano a quien hayas ofendido. ¿Necesitamos mencionar su nombre? Él no se avergüenza de llamarte hermano; pero tú te has avergonzado de Él. Él no se negó a la cruz; pero tú nunca le has dado gracias. Nunca ha cesado de tocar a la puerta de tu corazón para entrar y bendecirte; pero tú le has hecho esperar en medio del rocío de la noche. Libremente te ha ofrecido los mayores dones; pero tú los has pisado debajo de tus pies, y le has ultrajado y crucificado de nuevo. Sin duda viene un día cuando los judíos dirán de Aquel a quien una vez desecharon y pusieron en el pozo de la muerte, pero que desde entonces ha estado bendiciendo a los gentiles: «Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano».

Pero estas palabras pueden ser apropiadas humilde y tristemente por muchos de nosotros. Tenemos que clamar: «¡Hemos pecado, pecado, pecado, contra nuestro hermano!». Mientras estos hombres hablaban así, José estaba junto a ellos. No había emoción en aquellas facciones comprimidas, ni respuesta en aquellos ojos tranquilos: «No sabían que entendía José».

¡Ah, con cuánta frecuencia van almas angustiadas a sacerdotes, ministros, y amigos, con la amarga historia de su pesar! No saben que está allí uno que lo oye y entiende todo, y anhela desechar todo obstáculo con el fin de traerles ayuda. Es verdad, Él les habla por medio de un intérprete; pero si tan sólo se dirigieran directamente a Él, Él hablaría directamente a sus corazones angustiados.

Hay un contraste curioso en el relato: en primer lugar, se nos dice que «se apartó de ellos y lloró»; y en seguida se nos dice que «tomó de ellos a Simeón y le aprisionó delante de ellos». Los hermanos no vieron sino el último de estos dos actos, y pensaron que era áspero y cruel. ¡Temblaron en su presencia! No conocían el corazón de tierno amor que latía debajo de esta aparente dureza. Ni tampoco podían adivinar que la retención de Simeón había de servir como un cordón de seda para traerle de nuevo a los hermanos, y como parte del procedimiento para despertarles la memoria de otro hermano, a quien habían perdido años antes.

Es así de continuo en la disciplina de la vida. Sufrimos y sufrimos amargamente. Aprisionados, destituidos, reprendidos, nos parece que Dios es áspero y duro. Tenemos poca idea de la gran pena que Él sufre mientras nos produce pena. Sí, como el tierno corazón de nuestro Hermano, está lleno de pesar mientras se nos muestra extraño y nos trata tan ásperamente. Si tan sólo pudiéramos ver el rostro tierno detrás de la visera, y saber cuán noble corazón late debajo de la armadura, nos sentiríamos tan seguros en medio de sus reprensiones, como lo hemos sido alguna vez, en medio de sus más tiernas caricias.

Hubo alivio también en sus trabajos. Los sacos estaban llenos de grano; se les dio provisión para el viaje a su país, de modo que no necesitaran usar lo que llevaban para sus familias; y el dinero de cada uno fue vuelto en su saco (véase Gn. 42:25). Todo esto se hizo con tierno amor; pero sus corazones desfallecieron de temor, cuando vaciaron sus sacos y vieron el dinero caer en medio del grano. Una conciencia culpable interpreta mal los más bondadosos dones y misericordias que Dios nos manda, y con una mala ingeniosidad destila veneno de las más dulces flores.

Con cuánta frecuencia, decimos, como estos hombres: «Qué nos ha hecho Dios». Y nos llenamos de temor, cuando, de hecho, el proceder de Dios con nosotros está lleno de bendición, y está obrando un propósito de misericordia que nos hará regocijarnos todos nuestros días.

No hay suerte, por dura que sea, sin sus compensaciones. No dejes de buscar éstas. Aprecia los pequeños toques de tierno amor que revelan el corazón de Jesús, como una señorita medita en los síntomas más ligeros de un afecto que, por algún motivo, tiene que ocultarse bajo un exterior extraño e indiferente. En medio de sus castigos el Maestro, introduce algunos recuerdos delicados de su amor para que el corazón no se entregue a la completa desesperación. Haz mucho de ellos hasta que haya pasado la disciplina, y el sol de su amor salga de en medio de las nubes que lo ocultan.

Capítulo 8

La segunda entrevista de José con sus hermanos

¿Dónde hay otra historia como ésta de José? A veces parece imposible creer que los acontecimientos sucedieran hace más treinta y cinco siglos en la tierra solemne y seca del Nilo y las pirámides. Podrían haber sucedido en nuestro propio tiempo por ser la experiencia tan natural, tan semejante a la nuestra. Y sin embargo nos aseguran los orientalistas que, en sus detalles más minuciosos, está verificada por las pinturas que, hasta hoy día, existen sobre las paredes de los palacios y templos, intactas y frescas. Me parece imposible hablar de ella renglón por renglón; tengo que conformarme con hablar del plan general de la historia.

Nuestro próximo capítulo tratará de aquella escena conmovedora, cuando José hizo que todo hombre saliese de delante de él, mientras se despojó de su dignidad, bajó de su trono, y cayó sobre el cuello de sus hermanos y lloró. Nuestra tarea actual es menor, sin embargo llena de interés; tenemos que considerar los pasos sucesivos por la que aquella familia perversa fue puesta en una posición en la que sus miembros pudieron ser perdonados y bendecidos. ¡Ojalá que el Espíritu Santo nos ayude a entender esto! Porque José, que fue exaltado desde el pozo hasta el palacio, es evidentemente una representación de Aquel que estuvo en el sepulcro pero que ahora está exaltado a la diestra del Padre para dar arrepentimiento a Israel y la remisión de pecados.

Y al recordar los pasos sucesivos por los cuales José condujo a sus hermanos, probablemente vislumbremos aquellos distintos procedimientos por los cuales el Señor nos humilla y nos conduce a Sí mismo. Si estas palabras las leen los miembros de alguna familia que está viviendo en este mundo azotado de hambre, pensando sólo en las cosas del sentido y del pecado, ignorando al gran Hermano que vive allá sobre el trono de Dios y nos ama, que las lean, las noten, las aprendan y las repitan interiormente, porque puede ser que arrojen una luz sobre algunos pasajes oscuros de su vida, y expliquen cosas tan difíciles como el enigma de la Esfinge.

Jacob nunca habría vuelto sus pensamientos hacia Egipto si hubiera habido abundancia en Canaán. El hambre empujó a los hijos de Israel a Egipto para comprar grano, y aunque el pobre Simeón estaba encarcelado en Egipto, los hermanos no habrían ido la segunda vez a no haber sido por el rigor de la necesidad, que a veces hace a los pájaros y venados más tímidos buscar las moradas de los hombres. Al principio el anciano padre se opuso fuertemente a la idea de tomar ellos a Benjamín, aun cuando fueran ellos mismos; y sus hijos se dilataron.

Es una escena conmovedora la de la conversación entre el anciano y sus hijos; una especie de consejo de guerra. Parece que Rubén ya había perdido la propiedad que su primogenitura le había asegurado, y Judá tenía el lugar de interlocutor y principal entre los hermanos. Empezó la tarea de tratar con el anciano, por los demás. Al principio, se negaron rotundamente a la súplica de Jacob de que fuesen a comprar alimento, a menos que se permitiera que Benjamín fuese con ellos. Y cuando él se quejó de que habían traicionado la existencia de otro hermano, todos vindicaron su acción, y declararon que no podían haber obrado de otro modo. Al fin Judá se hizo personalmente responsable de la seguridad del joven, una promesa que, como veremos, cumplió noblemente. Y así, al fin, el anciano cedió, sólo proponiendo que llevasen un regalo para suavizar el corazón del gobernador, dinero doble para reemplazar lo que había sido devuelto en sus sacos, y dirigiendo una oración ferviente al Todopoderoso por su bien. Así Dios en su misericordia cerró toda otra puerta con excepción de aquella por la que podían encaminarse hasta la abundancia y la bendición. No tenían alternativa, tenían que bajar a Egipto.

Tal es tu vida. Has tenido todo lo que este mundo podría dar. La belleza, dinero, juventud, salud, éxito, han venido y derramado sus cuernos de abundancia en tu regazo ¿Has tenido todo cuanto el hombre podía desear? ¿Pero cuál ha sido entre tanto tu estado de corazón? ¿Te has acordado del mal trato que has dado a tu gran Hermano mayor? ¿Has puesto tus afectos sobre las cosas de arriba? ¿Has vivido para aquel mundo que está allá detrás del angosto horizonte de lo visible? Sabes que no lo has hecho. Por esto Dios ha enviado hambre sobre tu tierra y te ha quitado el pan que te sustenta. Has perdido posición y amigos. Tu negocio ha fracasado. Belleza, juventud, salud, todo ha desaparecido. José no está; Simeón no está, y Benjamín está a punto de serle quitado. Todo ha sido en tu contra.

Es una medida severa: ¿cómo lo soportarás? En el mero principio de la tempestad, dices obstinadamente: «No bajaré; no cederé; resistiré hasta el fin». Pero, ¡cuidado!, es una equivocación fatal luchar contra el amor de Dios. Jacob procuró hacerlo junto al vado de Jacob; y cojeó sobre un muslo descoyuntado hasta que recogió sus pies en su lecho de muerte. Dios hará su voluntad al fin, si no al principio. El hambre tiene que continuar hasta que el errado se levante para volver a su Padre con palabras de arrepentimiento sobre sus labios. Es en vano bogar para traer el buque a tierra: el mar no dejará de rugir hasta que el profeta rebelde esté en camino de nuevo para su casa.

«Yo seré -dice el Señor- como león a Efraín, y como cachorro de león a la casa de Judá. Yo, Yo arrebataré, y andaré; tomaré y no habrá quien escape. Andaré, y tornaré a mi lugar hasta que conozca su pecado, y busquen mi paz: en su angustia madruguen a Mí». Ojalá que tu respuesta sea: «Venid y tornémonos a Jehová, que Él arrebató, y curarnos ha: hirió, y vendarnos ha».

Durante veinte años su conciencia había dormido. Mientras esto sucedía no podía haber ninguna verdadera paz entre José y sus hermanos. Ellos no podían estar seguros de que él los hubiera perdonado. Él siempre sentiría que el tesoro de su amor estaba cerrado bajo llave. Nunca puedes sentirte en perfecta armonía con tu amigo, mientras haya entre ambos algún mal no explicado. La conciencia debe despertarse y arrepentirse y confesar todo mal. Esta es la clave de la conducta de José.

José, para despertar su conciencia dormida, repitió a ellos hasta lo posible el trato que le habían dado a Él. Ya hemos considerado esto: «Sois espías»; éste era el eco de sus propias palabras ásperas dirigidas a él. La cárcel, en que ellos estuvieron por tres días, representaba el pozo en que le pusieron a él. Los hombres aprenderán mejor lo que es la verdadera naturaleza de sus propias iniquidades, cuando experimenten el trato que ellos dieron a otros. Y el plan de José tuvo éxito. Escúchese su lamento: «Verdaderamente nosotros hemos pecado contra nuestro hermano».

Aquí también tenemos la clave a los misterios de nuestra propia vida. A veces Dios nos permite ser tratados como le hemos tratado a Él, para que veamos nuestra ofensa en su verdadero carácter, y nos veamos obligados a volver a Él con palabras de genuino arrepentimiento. Tu hijo ha resultado ser bastante malo: hiciste todo por él; ahora rehúsa hacer lo que tú deseas, y hasta te reprocha. ¿Lo sientes? Tal vez esto te revelará lo que Dios siente...

Tu vecino, cuando tenía necesidad, vino pidiéndote ayuda y prometió pagar interés, protestándolo mucho: ahora él prospera, y tú le súplicas que te pague; pero se ríe de ti, o te dice que esperes. ¿Lo sientes? Ya sabes cómo Dios se siente: te ayudó en tu aflicción, Aquel a quien hiciste muchos votos, pero que te recuerda ahora en vano de todo lo pasado. Sabes lo que es parar día tras día como suplicante, esperando junto a una puerta que nunca se abre, esperando oír una pisada que nunca se acerca. ¿Lo sientes? ¿Ahora sabes lo que siente Aquel que hace veinte años se paró a la puerta de tu corazón y tocó, y está allí ahora esperando, con las manos llenas, deseando enriquecerte? Debe estar en verdad muy dormida la conciencia, que no se despierta por semejantes ruegos.

Luego que José los vio los convidó a su propia mesa para que comieran con él. Los hermanos fueron traídos a su casa donde se les trató con suma bondad; como si, en lugar de ser pobres pastores, fuesen magnates de la tierra. Sus temores en cuanto a la vuelta del dinero fueron aliviados por la declaración piadosa, aunque equivocada, del mayordomo de que si lo habían descubierto en su saco debía haber sido puesto allí por Dios, puesto que no había duda de que el precio de su grano había llegado a sus manos. Y cuando llegó José se postraron delante de él cumpliendo así su propio sueño de jovencito. Les preguntó tiernamente acerca del bienestar de su padre; y debe haber habido algo patético en sus palabras a Benjamín que habría revelado todo el secreto si no hubieran estado tan completamente desprevenidos para hallar a José bajo el extraño disfraz del gran gobernador egipcio. Qué toque tan inimitable es aquel que nos dice cómo los ojos de José se llenaron de lágrimas, de modo que tuvo que apresurarse para ocultar la emoción que amenazaba vencerle: «...y procuró donde llorar, y entró en la cámara y lloró allí. Y lavó su rostro, y salió y esforzóse y dijo: *Poned pan*».

Puede haber algo profético aquí. Y puede ser que veamos en adelante el cumplimiento literal de esta escena, cuando el Señor se adelante para reconocer y recibir a su pueblo antiguo. Pero, entre tanto, ¿qué diremos de su amor para nosotros? Necesitamos el corazón ferviente y las palabras ardientes de un Rutherford para tratar semejante tema. El hermano desechado puede parecer extraño y áspero. Puede causar pesar. Puede amarrar a Simeón delante de nuestros ojos. Pero, debajo de todo esto, nos ama con un amor en que está concentrado todo el amor de todos los padres para con sus hijos, y de todos los amigos para con sus seres amados. Y ese amor está de continuo ideando medios de expresarse. Pone dinero en nuestros costales; nos convida a su hogar y nos pone delante banquetes;

inclina a los mayordomos a encontrarnos pacíficamente; nos lava los pies; se interesa tiernamente en aquellos a quienes amamos; nos desea la gracia de Dios; se ajusta a nuestro temperamento, y nos pone tranquilos de modo que penetran en nuestros corazones rayos del amor de Jesús siente anhelos por nosotros que refrena y no osa manifestar hasta que la obra de convicción está completa, y puede derramar ampliamente su afecto en nosotros sin perjudicar a otros o a nosotros.

Los hermanos de José pensaban que valía su palabra; pero cuando relataron la historia de su familia, José rehusó creerla y dijo que tenían que comprobarla. Confiaron en su dinero; y puesto que habían pagado al contado con plata brillante, se congratularon de que en este respecto al menos, no tenían nada que temer de este áspero gobernador: ahora al menos no puede tocarlos, ni contarlos como estafadores. Pero cuando llegaron a su primera posada en el camino para su casa, «abriendo el uno su saco para dar de comer a su asno en el mesón, vio su dinero que estaba en la boca de su costal, y dijo a sus hermanos: *Mi dinero es vuelto, y helo aquí también en mi saco*. Entonces el corazón se les sobresaltó y espantados el uno al otro dijeron: *¿Qué es esto que nos ha hecho Dios?*».

¡Con cuánta frecuencia sucede esto en la experiencia de los hombres pecadores! Quieren estar bien con Dios; pero quieren hacerlo a su propia manera. Como Caín, traen la fruta que sus propias manos han cultivado. Como estos hombres, traen el dinero que han ganado con duro trabajo; como los fariseos, traen oraciones y diezmos y dádivas. Pero cuando estas cosas han sido puestas sobre el altar, sus dadores se asombran al hallar que son reputadas como nada, y les son devueltas. La misericordia de Dios, que es el verdadero pan del espíritu, no puede ser comprada con algo que podamos traer; tiene que recibirse como un don sin dinero y sin precio. Jacob dijo: «Quizás fue yerro». Pero no lo fue, sino que formaba parte de un plan muy estudiado, designado y ejecutado para un propósito especial. No hay equivocación ni inadvertencia en la vida del hombre.

Estaban confiados también en su integridad. No sospechando lo que estaba en el costal de uno de ellos, al amanecer emprendieron su viaje por segunda vez. Estaban muy contentos. Simeón venía con ellos; y también Benjamín, no obstante los temores nerviosos del anciano padre. Evidentemente gozaban de mucho favor de parte del gobernador, pues de otro modo no habrían sido convidados a un banquete tan espléndido el día anterior. Sus costales estaban completamente llenos.

Pero apenas habían salido de la puerta de la ciudad, cuando oyeron sobresaltados la voz del mayordomo: «¡Deteneos, deteneos! ¿Por qué habéis pagado mal por bien?».

Y ellos le dijeron: «¿Por qué dice mi señor tales cosas? He aquí el dinero que hallamos en la boca de nuestros costales te volvimos a traer desde la tierra de Canaán. ¿Cómo pues habíamos de hurtar de la casa de tu señor plata ni oro?».

Y, como estaban tan seguros de su integridad, añadieron:

«Aquel con quien fuere hallada la copa de tu señor, que muera, y aun nosotros seremos siervos de mi señor».

«Ellos entonces diéronse prisa y derribaron cada uno su costal a tierra, y abrieron cada uno su costal».

Y el mayordomo los examinó allí sobre la tierra, comenzando con el mayor y siguiendo hasta el menor...

«Y la copa fue hallada en el costal de Benjamín».

Con razón Judá y sus hermanos volvieron a la casa de José y cayeron delante de él a tierra y dijeron:

«¿Qué diremos a mi señor? ¿Qué hablaremos? O ¿con qué nos justificaremos? Dios ha descubierto la maldad de tus siervos».

Ya estaban desnudados de todo vestigio de confianza en sí mismos, y fueron reducidos a pedir de él una misericordia que no merecían.

Hay hombres que se parecen a Benjamín. Son naturalmente cándidos y hermosos. Algunos débiles vestigios de la inocencia original se hallan en ellos. Su tipo se ve en el joven a quien Jesús amaba, cuando se paró delante de él sin aliento por haberse dado prisa, afirmando que había guardado todos los mandamientos, sin tacha, desde su juventud. No imputamos pecado a los tales; y ellos no se lo imputan a sí mismos. El publicano y el pecador pueden necesitar urgentemente la sangre de Cristo, pero seguramente el nitro y el jabón bastarán para ellos. Pero este raciocinio está lleno de defectos. Hay personas que parecen ser buenas, sencillamente porque son comparadas con pecadores peores. Si se comparan con el único modelo de pureza infinita, serán condenados infinitamente: «Aunque me lave con aguas de nieve, y aunque limpie mis manos con la misma limpieza, aun me hundirás en la huesa, y mis propios vestidos me abominarán».

Las criadas piensan que la ropa está limpia cuando la extienden sobre la soga, contrastándola con los edificios manchados en su derredor; pero cuando caen los copos de nieve, se admiran de que nunca antes hayan visto su falta de blancura. El niño de escuela cree que su letra está buena, sólo

mientras la compara con uno que escribe peor que él; pero pronto cambia de opinión al ver la de la muestra. Así las personas estimables se enorgullecen de su moralidad, hasta que ven los perfectos vestidos de Cristo blancos cuales lavador no los puede blanquear en la Tierra. Pero éstos tienen que ser señalados lo completamente pecaminosos que son; éstos tienen que aprender su secreta indignidad; a éstos tiene que exigírseles que se paren con el resto de los hombres. Benjamín tiene que ser reducido al nivel de Simeón y Judá. La copa debe hallarse en el costal de Benjamín.

Una vez, un predicador del Evangelio hablaba con una anciana escocesa que era comúnmente vista como una de las personas más devotas y respetables en aquella parte del país. Procuraba hacerla creer su necesidad de Cristo. Al fin, con lágrimas en los ojos, dijo: «¡Ay, señor! Ningún domingo he dejado de ir a la Iglesia; y he leído mi Biblia todos los días; he orado y he hecho bien a mis vecinos; y he hecho cuanto sabía que debía hacer... ¿Y ahora quiere usted decirme que todo esto no vale nada?». Contestó él: «Bien, usted tiene que escoger entre confiar en estas cosas y confiar en la redención que Dios le ofrece en Cristo. No puede tener ambas cosas. Si se contenta con separarse de su propia justicia, el Señor le dará la suya; pero si usted se adhiere a su lectura de la Biblia y su observancia del domingo, y sus buenas obras, la justicia del Señor no puede ser suya».

Era de ver, como él dijo después, la cara de la anciana. La copa fue hallada en el costal de Benjamín. Por algunos minutos quedó en silencio, sus codos sobre la mesa, su rostro cubierto con sus manos. Una gran lucha se verificaba en su interior. Al fin las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, y levantando hacia el cielo sus manos unidas, exclamó: «¡Oh Dios mío, todas serán contadas como nada!».

En un momento más se echó sobre sus rodillas y aceptó al Señor Jesús como su Salvador. Es cuando la copa se halla en el costal de Benjamín cuando él, también, es traído a los pies de Jesús.

En su saco hay una copa hurtada, mi muy respetable y moral amigo lector. Probablemente usted no lo sabe. Se jacta de su vida sin mancha. Supone usted que Cristo mismo no tiene controversia con usted. Pero si supiera la verdad, vería que está robándole de lo suyo propio. Usa usted para sí mismo, tiempo y dinero y talentos que Él compró con su propia sangre preciosa, y que Él quería fuesen una vasija preciosa para sí mismo. Es notable que usted, que es tan escrupuloso en pagar a todos lo que debe, sea tan descuidado en cuanto a la traición diaria de que es culpable al defraudar al Señor de su propia posesión comprada. Pero si usted esconde la verdad

desagradable de sí mismo, no puede esconderla de su Señor... «¿No sabía que una persona como él puede de seguro adivinar?».

«El Dios justo es el que prueba los corazones y los riñones».

«Justo parece aquel que habla primero en su causa; pero viene su contrario y le escudriña».

¿Cómo, pues, debemos obrar? En primer lugar no pongas dilación:

«Si no hubiéramos tardado, ya habríamos vuelto dos veces».

Si no te hubieras tardado, ya habríais llegado a ser antes de esto, un cristiano fiel y feliz:

«Los ángeles apremiaban a Lot».

¡Apresúrate! La puerta se esta cerrando; y cuando se cierra no se puede abrir. Casi se ha acabado la arena del reloj, y cuando su último grano haya salido, se cerrará el tribunal de misericordia.

En segundo lugar, haz plena confesión y restitución:

«Acercáronse, pues, al mayordomo de la casa de José, y hablaron con él».

Y le dijeron todo lo sucedido; cómo habían encontrado el dinero, y se lo ofrecieron en su pleno peso. Habla con Cristo después de leer esta historia. Dile todo lo que está en tu corazón. Restitúyete todo lo que has tomado injustamente de Él o de otros. Haz una restitución plena y completa:

«Mientras yo callaba, se gastaron mis huesos con mi continuo gemido. Porque de día y de noche tu mano se agravaba sobre mí; volvióse mi verdor en sequedades de verano. Te hice manifiesto mi pecado, y no encubrí mi iniquidad; dije: *Confesaré contra mí mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la iniquidad de mi pecado*».

«El que encubre sus transgresiones, no prosperará; mas el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia».

En tercer lugar, arrójate sobre la misericordia de Cristo. Judá no se disculpó ni a sí mismo ni a sus hermanos; al haberlo hecho, habría perdido su causa. Adoptó un curso mas sabio, pidió misericordia. ¡Misericordia por ellos mismos! ¡Misericordia por el joven! ¡Misericordia por amor al anciano y venerable padre que habían dejado! Usa aquella súplica con tu Señor. Hallarás que te servirá bien; di, golpeando tu pecho:

«Ten misericordia de mí, pecador!».

Él no podrá refrenarse. Dirá, con acento conmovido: «Ven cerca de Mí; Yo soy Jesús, tu Hermano: tus pecados me clavaron a la cruz, pero no hables ya de eso; que no te entristezca. Porque Dios lo ha hecho resultar en bien para que te dé vida por medio de una gran salvación».

Capítulo 9

José se da a conocer

«Y fue hallada la copa en el costal de Benjamín». ¡Qué descubrimiento aquel! Allí en el mero camino, a la luz de la mañana, mientras los aldeanos entraban en la ciudad con melones, puerros y cebollas, y mientras la ciudad comenzaba a moverse, la copa del gran Primer Ministro, que tenía el poder de vida y muerte, fue hallada metida en el trigo, medio escondida, como a hurtadillas ¿Pero cómo llegaría allí? Los hermanos no podían decirlo. No podían ni querían creer que Benjamín supiera algo de ello. Sin embargo cómo explicar el misterio era un problema que no podían resolver. Parecía como si algún genio malo jugara con ellos, primero poniendo el dinero en sus costales, y después escondiendo allí la copa.

Y, sin embargo, al momento, cada hermano debe haber deseado que la copa hubiera sido hallada en cualquier otro costal antes que en el de Benjamín. Todos recordaban la extraña repugnancia de su padre a su venida. Parecía que el anciano había tenido un presentimiento de un desastre venidero. Recién vueltos de Egipto ellos, él había dicho decisivamente: «No irá mi hijo con vosotros; pues su hermano es muerto, y él solo me ha quedado y le va a suceder alguna desgracia en el camino por donde vais: así haréis descender mis canas con dolor a la sepultura».

Y cuando el apremio del hambre los compelió, las últimas palabras del padre tímido y herido fueron: «¡El Dios Todopoderoso os conceda misericordia delante de aquel hombre, para que os devuelva al otro hermano vuestro, y a Benjamín! Y en cuanto a mí, si he de ser privado de mis hijos, privado seré». Todo el tiempo su corazón estaba lleno de los presagios de un pesar venidero; y ahora estos pronósticos parecían estar a punto de cumplirse.

Cada uno de aquellos hombres debe haber pensado dentro de sí al volver en la triste procesión: «¿Cómo podré yo verme con mi padre? Cuando lleguemos a casa, la primera cosa que haga será mirar por Benjamín; y si no le ve con nosotros, recibirá una herida de dolor en su corazón de la cual nunca se restaurará, y sus canas bajarán con pesar al sepulcro».

Pero no podían hacer otra cosa sino volver a cargar los asnos y volver. ¡Cuán distinto parecía el camino de lo que había sido un poco antes! El mismo sol brillaba; estaban en medio de la misma escena bulliciosa, pero un velo oscuro se extendía sobre el Cielo y la Tierra.

Estudieemos la escena que siguió. Demanda nuestra atención, porque arroja luz sobre el proceder de nuestro Señor con las almas arrepentidas, y es una anticipación del tiempo cuando Israel buscará con lágrimas a Aquel que antes fue clavado por ellos a la cruz, pero que es ensalzado para ser «un Príncipe y un Salvador a fin de dar arrepentimiento a Israel y remisión de pecados».

Su conciencia estaba ahora despierta y estaba intranquila. No necesitaban hacer mención del crimen de hacía veinte años; y no obstante les parecía imposible refrenarse de mencionar lo que estaba más presente en sus mentes. Evidentemente pensaban profundamente en aquel negro hecho de junto a la boca del pozo; sus propios pesares habían traído a sus mentes los pesares de aquel joven débil; no pudieron menos que pensar que había alguna conexión entre las dos cosas. Y así las primeras palabras pronunciadas por Judá, su representante, al entrar en el salón de audiencia de José, mostraron los lúgubres recelos de sus pensamientos: «¿Qué diremos a mi señor? ¿Qué hablaremos, o cómo nos justificaremos? Dios ha puesto en descubierto la iniquidad de tus siervos».

Dios siempre descubrirá nuestra iniquidad. El sabueso ventor está sobre tu pista: puede necesitar años para alcanzarte; pero nunca dejará el rastro hasta que haya descubierto tu escondrijo: «Tened por cierto que vuestro pecado os alcanzará».

Muchísimos años pueden pasar sobre tu vida; y como estos hermanos puedes estar felicitándote de que el pecado es olvidado y de que estás seguro; y entonces una serie de circunstancias, poco sospechadas, pero manipuladas por una mano divina, repentinamente traerá a luz la verdad, y escribirán la sentencia de Dios en caracteres luminosos sobre las paredes de la casa en que banqueteeas en total descuido. El pecador no perdonado, nunca está seguro.

Un terrible incidente que ilustra esto es narrado por el Dr. Donne, antes Canónigo de la Catedral de San Pablo. En una ocasión se estaban haciendo algunas excavaciones en los recintos de la Catedral, y entre los restos tirados

a la superficie, había un cráneo que contenía un clavo. Por casualidad él estaba presente; y habiendo alzado el cráneo y examinándolo, preguntó al antiguo sepulturero si sabía de quién era, y cómo había muerto el dueño: Sí - dijo él, descuidadamente-, el cráneo de un anciano que murió muy de repente hace algunos años: su esposa vive todavía; se casó poco después de su muerte.

El Dr. Donne la halló, y le mostró el cráneo. La mujer pronto se puso muy pálida; y confesó que había dado muerte a su esposo, y que no había descansado desde entonces ni de día ni de noche. Este es un terrible ejemplo de una ley frecuente del mundo de Dios. Y si el autor de todo pecado no es descubierto en este mundo, al menos se descubre lo suficiente para mostrar cuán terrible será aquel momento, cuando, delante del «gran trono blanco», los secretos de todos los corazones serán descubiertos y Dios traerá a luz las cosas escondidas de las tinieblas. Es absolutamente imposible que escape un hombre, si no se esconde en las heridas de Jesús; éstas son una ciudad de refugio en que el perseguidor no puede entrar y en que el fugitivo está seguro.

Pero, por añadidura, los hijos de Jacob sentían que estaban absolutamente en poder de José. Allí estaba sin ningún superior sino Faraón en toda la tierra de Egipto. Legiones de guerreros, como los que se representan en las pirámides, le obedecían. Si hubiera dicho que todos estos hombres habían de ser tomados y encarcelados por toda su vida, o que Benjamín fuese retenido mientras los otros fuesen puestos en libertad, no había nadie absolutamente a quien podían apelar: nadie podía estorbarle ni por un momento. Y esto debe de ser seguramente un pensamiento alarmante para el pecador despertado: la idea de que está del todo en el poder del Juez de los vivos y muertos. No hay nadie que pueda librarse de su mano, o decir: «¿Qué haces Tú?».

El cordero en el poder del león, la alevilla en la mano, no son más completamente impotentes de lo que son los pecadores en la mano de Dios. «Ponte de acuerdo con tu adversario presto, mientras estás con él en camino; no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez te entregue al alguacil, y seas echado en la cárcel». Además de esto, vieron que las apariencias estaban extrañamente contra ellos. No había duda de que la copa había sido hallada en el costal de Benjamín; y aunque por cierto estaban inocentes del hurto, sin embargo no podían menos que sentir que no podían justificarse o excusarse. Hasta donde llegaba la evidencia, señalaba clara y decisivamente su culpabilidad.

La copa de adivinar es bastante familiar a todos los estudiantes de la literatura antigua. A veces se hacía de cristal y de piedras preciosas y se suponía que todos los secretos serían reflejados por el líquido que contenía. Homero canta de la copa de Néstor. Y nuestro propio Spenser nos dice cómo la doncella real Britomart halló la copa de Merlín en el gabinete de su padre, y la usó para descubrir un secreto que le concernía íntimamente. Por supuesto, no creemos que José usara semejante copa con tal propósito; pero era su deseo mantener el carácter de un Egipcio de alto rango. Todos los nobles egipcios usaban semejante copa. Apelar a ella era muy natural; y heridos como estaban de su conciencia, los hermanos estaban demasiado tristes para negar sus decisiones, o pedir otra prueba más decisiva de su inocencia o culpabilidad: «Y cayéronse a tierra en su presencia».

Al hacerlo, inconscientemente cumplieron su propia predicción, pronunciada cuando era muchacho. ¡Cuán vivamente se presentaría a la mente de José aquel memorable sueño del campo de siega! Aquí sus gavillas hacían reverencia a la gavilla de él, que se quedaba recta en medio de ellas.

¿Pero quién había de hablar por ellos? Rubén siempre había tenido algo que decir en justificación de sí mismo, y había estado tan seguro de que todo saldría bien, que había empeñado las vidas de sus niños a su padre por la seguridad de Benjamín; pero él está mudo. Simeón era probablemente el más cruel, el instigador del crimen contra José; pero ya no osa pronunciar palabra. Benjamín, el inocente, el prototipo del joven a quien Jesús amaba, estaba convencido de pecado, y no tiene nada que decir. ¿Quién pues ha de hablar? No hay sino uno, Judá, que a la boca del pozo había desviado a los hermanos de su primer pensamiento de asesinato. Y nótese cómo habla. No procura presentar ningunas circunstancias extenuantes, o explicar lo pasado, o disculpar a Benjamín ni a ellos mismos. Se arroja impotentemente sobre la misericordia de José: «¿Qué diremos a mi señor? ¿Qué hablaremos, o cómo nos justificaremos?».

Este es un buen ejemplo para que nosotros lo sigamos. No hay duda acerca de nuestro delito. Somos verdaderamente culpables acerca de nuestro trato de aquel gran Hermano, que una vez estuvo en el pozo pero ahora está sentado a la diestra del poder. Si procuramos atenuar nuestras faltas, disculparnos, explicar lo pasado, sólo agravaremos lo malo: tendremos que arrostrar la evidencia condenadora de nuestro delito; toda boca será cerrada; y nos veremos obligados a clamar: «Dios ha puesto en descubierto la iniquidad de tus siervos». Pero si nos arrojamos sobre su misericordia, no podemos fracasar.

Estamos en terreno más seguro que ellos. Ellos no tenían idea de la bondad del corazón de José; no le habían visto apartarse para llorar; no habían entendido por qué en una ocasión se había apresurado a alejarse de su presencia; no podían adivinar cuán cerca de la superficie estaban las fuentes de sus lágrimas. Sólo le conocían como áspero, y severo, y duro: «Nos habló el hombre, señor de aquella tierra, con dureza».

Pero nosotros sabemos la mansedumbre del Señor Jesús. Le hemos visto llorar sobre Jerusalén; hemos escuchado sus tiernas invitaciones a venir a Él; hemos estado al pie de su cruz y oído sus últimas oraciones por sus asesinos, y su palabra de invitación al ladrón moribundo; sabemos que no quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea. Por esto no necesitamos temer por el resultado cuando nos arrojamos sobre su misericordia. No necesitamos pararnos temblorosos en la antecámara, diciendo: «Si perezco, perezco». No necesitamos mirar nerviosamente a su trono para ver si el cetro de su gracia nos es extendido. El fracaso y el rechazo son ambos imposibles para el alma que confiesa su pecado, y se arroja sobre la misericordia de Dios que está en Jesucristo nuestro Señor.

En toda la literatura, no hay nada más patético que esta apelación de Judá: la ansiedad que le hizo acercarse, la humildad con que confesó que la ira de José tenía derecho de arder, puesto que era como Faraón, la pintura del anciano, su padre, privado de un hijo, y amando tanto a este pequeño, el único que le quedaba de su madre, la alusión a la tarea difícil que el gobernador les había impuesto, demandando que trajesen a su hermano menor, la historia del recelo de su padre, sólo vencido por la demanda imperiosa de un hambre que no conoce ley, y no admitía refrenamiento, la viva pintura de la ansiedad del padre por ver de nuevo al joven, a cuya vida la de él está ligada, el pesar que desgarraría su corazón al no verle entre ellos, la oferta heroica de quedarse allí como un esclavo, substituyendo a Benjamín, si tan sólo el joven pudiera volverse a casa la preferencia de una vida de esclavitud antes que ver al anciano bajando con pesar al sepulcro, todo esto se describe por una mano maestra.

¡Cuánto hay de lo poético y patético en los hombres mas ásperos que sólo espera que un gran dolor lo haga manifiesto! Pero si un hombre áspero podía rogar así, ¡pensad por un momento que ruegos son aquellos que Jesús ofrece delante del trono! Son como rayos de la luna comparados con rayos del sol; como el afecto de un perro comparado con el amor de un hombre noble, tal es el ruego de Judá comparado con la intercesión de nuestro gran Sumo

Sacerdote. Tenemos un Abogado en el tribunal del Rey que nunca ha perdido una causa; pongámonos en sus manos, y confiemos en él cuando dice: «he rogado por ti». «Semejante Sumo Sacerdote nos convenía».

Así el objeto de José fue alcanzado. Había deseado restaurarlos a perfecto descanso y paz; pero sabía que esto era imposible mientras su pecado no fuese confesado ni perdonado. Pero ya había sido confesado abundantemente. Además de esto había deseado ver cómo se sentían para con Benjamín. Con este fin le había dado cinco veces lo que les había dado a ellos. Algunos piensan que hizo esto para mostrar su amor especial. Puede ser que fuese así; pero probablemente habría algún motivo más profundo. Fue su sueño de superioridad lo que había despertado el odio de ellos contra él mismo: ¿cómo se sentirían para con Benjamín, si él, el más joven, era tratado mejor que todos ellos? Pero no obstante el favor señalado que se le mostró, estuvieron tan ansiosos como antes, de su vuelta con ellos. Además de esto, deseaba ver si podían perdonar. Fue Benjamín quien los había metido en esta desgracia: al haberle tratado en el espíritu de los días anteriores, le habrían abandonado a su suerte; pero si lo hubieran hecho así no podían haber sido perdonados... «Si no perdonaréis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre tampoco os perdonará vuestras ofensas».

Pero no tuvieron malicia contra este joven. Tan lejos de manifestar malicia, le amaban tiernamente por amor de su anciano padre y de él mismo. Evidentemente, todos los propósitos de José estaban cumplidos; y no quedaba nada que estorbara el gran descubrimiento que se acercaba.

Nótese ahora la revelación y la conciliación: «José entonces no pudo contenerse». No necesitaba un esfuerzo para llegar al punto: el esfuerzo consistía en haberse refrenado tanto tiempo. Si hubiera cedido a sus sentimientos naturales, se habría revelado mucho tiempo antes. Pues sólo porque quería promover su bienestar perdurable, se había refrenado tanto tiempo. Pero cuando la voz de Judá cesó de sus ruegos patéticos, no pudo refrenarse ya más. Puede ser que alguno que lea esto esté dispuesto a pensar que es difícil agradar a nuestro Salvador, que exige tanto antes de condescender, que es distante y reticente. ¡Todo lo contrario! Es apacible y fácil de rogar; está lleno de un amor anhelante, y si parece indiferente, no es por falta de amor. En verdad le cuesta un esfuerzo positivo aparecer así; pero lo soportará con el fin de probar y enseñar.

Acaso amaba a los caros miembros del hogar en Betania, pero se refrenó y se quedó dos días todavía en el mismo lugar donde estaba, de modo que Lázaro murió; y entonces fue para obrar el más grande milagro, en el sepulcro en el que la misma esperanza estaba sepultada. Mientras estamos siendo probados, nos convidará a su mesa, y nos hablará algunas palabras de amor. Sin embargo habrá un velo entre nosotros; pero cuando se haya acabado la prueba, no se refrenará ya más, sino que se nos manifestara como no lo hace al mundo: «Su salida está aparejada como el alba».

Y José exclamó: «Haced que salgan todos de mí presencia». Hubo gran delicadeza en esto. No quiso comprometer a sus hermanos; y sin embargo deseaba decir palabras que no podían ser entendidas por los meros cortesanos e interesados. Sus hermanos, también, debían tener una oportunidad para ser naturales... «Y no se quedó ninguno con José cuando él se dio a conocer a sus hermanos».

Debemos estar solos delante de Cristo si queremos conocerle. El sacerdote, el ministro, o el amigo cristiano, todos a una deben salir. Hay goces, así como hay pesares, en los que ningún extraño puede mezclarse. Así como Pedro encontró a su Señor a solas en la mañana de la resurrección, porque «fue visto de Cefas», así cada hombre tiene que encontrar a Cristo a solas. ¿Por qué no de una vez?

Entonces lloró en alta voz. Dejó oír su voz de llanto, de modo que los egipcios oyeron los sonidos inusitados y se admiraron. ¿Sería esto gozo o pesar? Estoy dispuesto a pensar que no era ni lo uno ni lo otro: era la emoción reprimida. Por muchos días había estado suspenso; tan ansioso de no perderlos, tan temeroso de que no soportarán la prueba. Cuando de alguna posición ventajosa los había visto dejar la ciudad en el crepúsculo, probablemente se culpó de dejarlos ir. Su mente había estado en una tensión; y ahora que ésta estaba quitada, y no había más necesidad de ella, lloró en alta voz. ¡Ah, pecador, el corazón de Cristo está en una tensión por ti! Y dijo: «¡Yo soy José!».

Habló con profunda emoción; sin embargo, las palabras deben haber caído sobre ellos como un relámpago: «¡José!». ¿Habían estado tratando todo el tiempo con su hermano perdido por tantos años? «¡José!». Entonces habían caído de veras en el foso de un león! «¡José!». ¿Podría ser? Sí, debe de ser así; y se explicarían muchísimas cosas que los habían tenido muy perplejos. Bien podrían ellos estar inquietos y aterrorizados. Tener admiración como

por uno que se había levantado de los muertos; terror por las consecuencias, temor de que les tomaría venganza: todas estas emociones los hicieron enmudecer; no pudieron contestarle. Por eso volvió a decirles: «Yo soy José, vuestro hermano a quien vendisteis para Egipto».

Y añadió muy dulcemente:

«No os aflijáis, ni os enojéis contra vosotros mismos, porque me envió Dios».

Cuánto nos recuerda esto otra escena, no lejos de las puertas de Damasco, cuando Jesús detuvo al joven perseguidor con las palabras:

«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

Y dijo:

«¿Quién eres Señor?».

Y le respondió:

«Yo soy Jesús, a quien tú persigues».

Pecador arrepentido, ¡es así cómo el Salvador te habla! Soy Jesús tu hermano, a quien tú has vendido y crucificado; pero no te entristezcas por eso. Fui entregado por el consejo determinado y la providencia de Dios; aunque no por esto han sido menos malvadas las manos por las que he sido crucificado y muerto. Pero si te arrepientes, tus pecados han sido borrados:

«Toda suerte de pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y blasfemias, cualesquiera con que blasfemaron».

«Dijo entonces José a sus hermanos: *Ruégoos acerquéis a mí*». Se habían retirado cada vez más de él; pero ahora les ruega que se acerquen. Ésta es una hermosa ilustración de la manera en que un pecador puede ser restaurado al favor de Dios. No hemos sido puestos sobre prueba. No tenemos que estar lejos. Podemos entrar inmediatamente en la intimidad más profunda y cercana con el Hijo de Dios. Antes, «lejos», pero ahora «acercados» con la sangre de Jesús; en un momento el camino áspero del arrepentimiento, el siguiente el beso del Padre y el banquete en el hogar paterno...

Un momento más, él y Benjamín se vieron abrazados, y vertiendo lágrimas en abundancia. Y besó a todos sus hermanos. ¿A Simeón? Sí. ¿A Rubén? Sí. ¿A los que habían amarrado sus manos y se habían burlado de sus ruegos? Sí. Los besó a todos. Y después hablaron con él... ¡Qué maravilla!

Capítulo 10

La administración de José en Egipto

Mientras sucedían todos los detalles domésticos que hemos narrado, José estaba llevando a su país adoptivo por una gran crisis, casi podría llamarla una revolución. Cuando llegó a ser Primer Ministro, la monarquía egipcia era comparativamente débil; pero después de administrar él los negocios como trece años, Faraón era propietario absoluto de toda la tierra de Egipto. Así como sucedió en Inglaterra en los antiguos tiempos feudales, así fue en Egipto: toda la tierra llegó a tenerse en feudo de la corona. La historia de este cambio merece más atención de la que podemos darle ahora; pero desde el principio hasta el fin se debió a la política del joven hebreo. No es el único caso en que un hebreo ha conducido a su país adoptivo a través de peligros extraordinarios por el ejercicio de un gran genio.

Durante los siete años de abundancia, José hizo que la quinta parte de todos los productos de cada distrito fuese atesorada en la población; de modo que cada población contenía, en inmensos graneros, el producto superfluo de su propio distrito. Al fin llegaron los años de hambre: «No había pan en todo el país, porque arreciaba mucho el hambre; y desfallecía la tierra de Egipto, y asimismo la tierra de Canaán, a causa del hambre».

Sin duda, a no haber sido hecha provisión por José, las calles habrían estado llenas de seres humanos enflaquecidos arrastrándose débilmente en medio de los montones de moribundos y muertos; hombres, mujeres y niños habrían caído ante la hoz de la fiebre del hambre; y habrían pasado años antes de que el país volviera a estar poblado como antes.

Las escasas provisiones de los egipcios pronto se agotaron; y cuando toda la tierra de Egipto sufría hambre, el pueblo clamó a Faraón diciendo: «¡Pan! ¡Pan! ¡Danos pan!».

¿Invadirían los recintos del palacio fluyendo por los corredores, entrando en la misma presencia real, como los amotinados parisinos hicieron más de una vez en los terribles días de la revolución? No sabemos. Pero Faraón les dio una pronta respuesta: «Id a José; y cuanto él os diga, hacedlo (...) Y abrió José todos los depósitos, y vendió a los egipcios».

Esto fue recto y sabio. Habría sido una gran equivocación darles. Durante el hambre en Irlanda, por ejemplo, el Gobierno puso el pueblo a ganar su pan haciendo caminos, puesto que les habría perjudicado mucho permitirles recibir ayuda sin dar una compensación. Y no decimos demasiado al afirmar que habrían pasado una o dos generaciones antes de que los egipcios recobrarán su tono moral, si en vez de venderlo José les hubiera dado el grano. La política de José estuvo en perfecta armonía con los principios de la economía política moderna.

Pero pronto se les agotó el dinero: les duró justamente un año. ¿Qué harían ahora? No quedaba nada sino las personas y las tierras; naturalmente al pueblo le repugnaba dar éstas, pero no había alternativa; y así vinieron a José y dijeron: «¿Por qué hemos de perecer? Cómpranos a nosotros y a nuestra tierra por pan». En otras palabras, vinieron a ser arrendatarios de Faraón, y le pagaban veinte por ciento, o la quinta parte de sus productos, como renta. Este puede parecer un impuesto gravoso; pero no es más gravoso que los arrendamientos en casi todo país europeo en la actualidad.

El espíritu de la administración de José se expresa en tres breves frases: no perezoso en los quehaceres, fervoroso en espíritu, sirviendo al Señor. De su diligencia en los negocios hay amplias pruebas. Al principio, cuando fue alzado a la soberbia posición de Primer Ministro, «salió por toda la tierra de Egipto». Los graneros fueron construidos y el grano fue atesorado bajo su supervisión personal. Y cuando llegó el hambre, el grano fue vendido bajo su propia vigilancia. Parece que todo el peso de los arreglos descansaba sobre sus hombros. Faraón se lavó las manos de ello, y dijo: «Id a José».

Entonces José recogió todo el dinero que se hallaba en la tierra de Egipto, compró toda la tierra para Faraón y dirigió el cambio del pueblo a las ciudades desde un extremo del país al otro para la más fácil distribución del alimento. En definitiva, José hizo las leyes: «¿Veis a un hombre diligente en sus negocios? Se presentará delante de los reyes; no estará en presencia de personas de baja esfera».

Jóvenes, tomad a José por modelo. Algunos hombres hacen el trabajo de su vida como si cada coyuntura estuviera endurecida por las reumas, andando penosamente con el paso lento de un caracol. Otros son como sonámbulos, buscando algo y olvidando lo que es; no pudiendo hallar su trabajo, o, habiéndolo hallado, no pueden encontrar su herramienta: siempre tardos, tomando su pasaje cuando el buque se ha dado a la vela; asegurando sus

muebles cuando la casa está ardiendo; cerrando con llave la puerta después de robado el caballo. Cuídate de no imitar a alguno de éstos. En primer lugar escoge una ocupación, por mas humilde que sea, en la que puedas ocupar bien tus energías; y entonces emplea en ella todas tus fuerzas.

Las que siguen son reglas sencillas, pero muy importantes. A saber, emplea bien tu tiempo; las más grandes fortunas que el mundo ha visto fueron hechas ahorrando lo que otros hombres desperdician. Por eso, economiza los momentos, redimiendo el polvo de oro del tiempo, y ellos serán una fortuna áurea de desahogo. Sé puntual. Hay hombres que no dejan de acudir a sus citas, pero siempre llegan cinco minutos tarde. Parece como si hubieran nacido tarde, y nunca hubieran podido reponer aquellos momentos perdidos. Sé metódico. Arregla hasta donde puedas, tu trabajo diario, como hacen los carteros con sus cartas, en calles y distritos; sujetándolo siempre, por supuesto, a aquellos llamamientos especiales que el Todopoderoso ha puesto en tu camino. Sé pronto. Si tu trabajo tiene que hacerse, hazlo de una vez: el descanso bien ganado es dulce. Sé enérgico.

Un admirador de Tomás Carlyle le encontró una vez en Hyde Park, e interrumpió su meditación suplicándole fervientemente que le diera un lema. El anciano se quedó parado por un momento, y entonces dijo: «No hay mejor lema para un joven que las palabras del antiguo libro: *Todo lo que te viniere a la mano para hacerlo, hazlo según tus fuerzas*».

Pero José fue también ferviente de espíritu. Fue «ramo fructífero cerca de una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro». Es casi imposible exagerar lo bello de esta comparación. Allí está la tierra abrasada; no se puede esperar que dé verdor ni mucho menos fruto. De repente se ve verdura, y ramas grandes cargadas de uvas deliciosas ¿Por qué? Es porque allí está un pozo profundísimo, y las raicillas de la vid bajan hasta aquellas profundidades frescas, y sacan una humedad que el calor tórrido no puede agotar. La vida de José fue pasada en una tierra seca y sedienta; no hubo mucho en Egipto que nutriera su vida espiritual, sin embargo hasta su fin dio fruto, que refrescaba al hombre y agradaba a Dios. El amor, gozo, paz, longanimidad, mansedumbre bondad, dominio de si todo esto había en él y abundaba.

Y esto se debió, sin duda, al fervor de su corazón y relata de un Gran Visir, que en su juventud había sido pastor, que separó un aposento en su palacio para su uso exclusivo. No se permitía a nadie entrar en él. Contenía los

muebles sencillos de su primer hogar, y los utensilios de su humilde vocación. Y entraba en el cada día para meditar en lo que había sido, para no hacerse orgulloso. Así, seguramente, en el palacio de José habría un aposento retirado, donde podía pasar muchas horas cada semana en comunión con el Dios de sus padres, a quien debía todo lo que tenía.

¡Ojalá que nuestros hombres de negocios fueran fervientes en espíritu! Hay poco de esto. Hay tiempo para el libro mayor; pero no para la Biblia. Tiempo para el club o la sociedad; pero no para la reunión de oración. Tiempo para platicar con amigos, pero ninguno para Dios. Y, como resultado, pronto se pasa la frescura del espíritu, y la luz se apaga en los ojos, y la elasticidad se acaba en el paso. Los hombres llegan a parecer hastiados, cansados, intranquilos, y descontentos. La vida tiene un aspecto sombrío. Y los hombres en este estado no pueden refrescar las almas cansadas que pasan cerca de ellos, buscando en vano los ricos racimos de fruto refrescante. No podemos producir fruto por ningunos esfuerzos propios. Sólo podemos ser fructíferos enviando nuestras raíces abajo, hasta la fuente. Debemos tomar tiempo para la oración privada y para el estudio amante de la Biblia. Entonces el fervor nunca se apagaría en el corazón; y la hoja nunca se vería marchita; y nunca faltaría el fruto en su sazón. No se piense que el fervor de espíritu es imposible para los que viven en el bullicio de los negocios. No fue imposible para José: no será imposible a nadie que adopte las reglas sencillas de la Biblia y del sentido común. No basta encender una lumbre: debemos alimentarla.

¡Y sin embargo cuántos de mis lectores habrán adquirido paulatinamente hábitos descuidados acerca de la oración privada, tales que necesariamente reducen y extinguen el fervor del alma! Allí está la fuente de la Palabra de Dios. Acércate a ella; profundízala; saca alimento de ella por medio de un estudio amante y habitual. Así podrás resistir las influencias insidiosas que agotarían tu entusiasmo y tu poder.

Pero José era también un siervo de Dios. Dios estaba en todos sus pensamientos: «Yo temo a Dios», era su lema. «No fuisteis vosotros quienes me enviasteis acá sino Dios, y Él me ha puesto por gobernador de toda la tierra de Egipto»; ésta fue la inspiración de su vida. Diciendo esto, mostró que se sentía responsable ante Dios por todo lo que era y hacía. Pues bien, seguramente necesitamos un principio para amarrar nuestra vida diaria con nuestros ejercicios religiosos. Hay tantos que conducen sus negocios bajo ciertos principios, y usan otros cuando se ponen su ropa de domingo.

¿Dónde está el principio que traerá toda nuestra vida bajo una regla bendita? No conozco otro principio que el que fue asentado por el buen centurión, cuando dijo: «Un hombre bajo autoridad».

Debemos sentir hora tras hora que somos hombres y mujeres bajo la autoridad del Señor Jesucristo. La ley de gravitación gobierna la revolución de los planetas al rededor del sol, y el curso del grano del polvo en la brisa del otoño. Así la obediencia en todo a nuestro Salvador, simplificará y regulará todas las cosas, y reducirá el caos de nuestra vida a un todo simétrico y bello. Si hay algo en tu vida, algún hábito, algún vestido, alguna ocupación que Cristo no puede aprobar, debe ser abandonado. Su Nombre debe ser escrito sobre todas las campanas de la vida, de otro modo cesarán de tocarse. El apóstol invistió con una nueva dignidad la existencia de los pobres esclavos de su tiempo, cuando dijo: «Sois siervos de Cristo: de buena gana haced el servicio, como que lo hacéis al Señor, y no a los hombres».

Y no importa cuán humilde sea tu posición, puedes hacerlo por su amado Señor, diciéndote siempre: «Esto es para Ti, bendito Maestro; todo para Ti». ¡Cómo corregiría esto, el trabajo apresurado y descuidado!

Hay muchos siervos infieles en el mundo; y si se les reprende contestarán: «Mi sueldo es muy mezquino. Mi amo no se interesa por mí; se me trata como esclavo, dejaré la casa luego que pueda». ¡Detente! ¿Quién te puso donde estás? ¿Tuvo Cristo algo que hacer con ello? Si no, ¿por qué fuiste allí sin pedir su permiso? Si Él te puso allí, ¿cómo te aventuras a dejar el lugar a menos que estés seguro de que él te llama a otra parte? Y en cuanto al servicio; ¿por qué sirves? ¿por dinero, o por gracia, o hábitos? No, por Cristo. Entonces haz lo mejor que puedas para Él. Todo aposento en que entres, es un aposento de su templo. Toda vasija que toques es tan santa como las vasijas de la última Cena. Todo acto es tan notado por Él como lo fue el rompimiento del vaso de alabastro. Sobre todo fragmento de tu vida, puedes escribir: «Consagrado a la memoria de Jesucristo».

Esto daría una nueva dignidad al trabajo, y una nueva significación a la vida. No olvidemos nunca cómo el pensamiento de nuestro amado Señor igualará toda vida, y obrará como el complemento de sus necesidades. Los que son llamados siendo libres, son esclavos de Él; y los que son esclavos de los hombres, son libertados de Él. Y toda la vida llega a su verdadera unidad e ideal justamente hasta donde Él es su Cabeza y Señor (véase 1 Co. 7:22).

¡Qué dotes tan espléndidos son la serenidad, la presencia de ánimo! Son el don de Dios; y han capacitado a muchos hombres para hacerlos salvadores de sus semejantes. La tuvo aquel ingeniero que, hace algún tiempo, cortó el vapor del cilindro quebrado en el buque del océano, que parecía perdido. Livingstone y Stanley lo tuvieron entre los viajeros; y con frecuencia los salvó a ellos y a sus adherentes, de motines de salvajes enfurecidos. Cromwell y Wellington lo tuvieron entre los soldados, y los capacitó para sacar a sus hombres de posiciones en que parecía segura la muerte. Cavour, Pitt y Bright lo han tenido preeminentemente entre los estadistas. A cualquiera de éstos podrían haberse dirigido las palabras de los egipcios refiriéndose a José: «La vida nos ha dado» (Gn. 47:25).

Pero hay algo más alto que esto. Viendo a estos egipcios que rodean a José con estas palabras en sus labios, me hace pensar en Aquel de quien José no era más que un tipo. José estuvo en el pozo; desde el pozo fue levantado para dar pan a los hermanos que le habían desechado, y a una nación de gentiles. Jesús estuvo en el sepulcro; y desde su oscuro abismo fue levantado para dar salvación a sus hermanos Judíos, y a los millones de gentiles; ya oigo el sonido de millares sin número, que claman al caer delante del trono de zafiros: «¡Tú nos has salvado!».

El nombre egipcio de José significaba: «el salvador del mundo»; pero la salvación obrada por él apenas debe compararse con la que Jesús ha obrado. José salvó a Egipto por su sagacidad; Jesús nos salvó poniendo su vida. El pan de José no le costó nada; pero el pan que Jesús da, le costó el Calvario. José fue bien pagado con dinero, ganado y tierra; pero Jesús lleva sus mercancías al mercado de los pobres, y las vende sin dinero y sin precio. Puede sufrir toda nuestra necesidad. La única condición que pone es que lo haga libremente. Ofrecerle algo en cambio es cortar todo trato con Él. Pero si estás dispuesto a ir sin oro en tu mano y con un saco vacío, Él dará sin medida, con ambas manos, apretado y rebosando: «A los hambrientos los llena de bienes, y a los ricos los envía con las manos vacías».

«Bienaventurados vosotros los pobres; porque vuestro es el Reino de Dios». ¿Cómo podríamos manifestar mejor el gran argumento a favor de nuestra consagración al Salvador? «Hallemos gracia en los ojos de mi señor; y seremos siervos de Faraón (...) La vida nos has dado; y seremos tus siervos». Hay muchos argumentos con los que podríamos instar a otros a aceptar el yugo de Cristo. Hay tanta dignidad en ello... El anciano mayordomo se

enorgullece de traer la librea de un duque; ¿pero qué librea es tan digna como la que usan los siervos de Cristo? «Llevo las marcas del Señor Jesús». Hay tanta felicidad en ello; es la perfecta libertad. Ser libre de Cristo es moler a la esclavitud. Obedecer a Cristo es salir a la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

Pero paso por alto estos argumentos ahora para presentar otro más convincente, más patético, más conmovedor: Jesús te ha salvado, ¿no quieres servirle? Estos son los pasos sucesivos... Reconocer que Jesús te compró para ser suyo vertiendo su propia sangre como el precio de tu rescate, y dando su carne por ti y por la vida del mundo. Entonces date enteramente a Él, diciendo, con humildad, amor y fe: «Ahora, y aquí, te ofrezco un regalo, oh Señor, que soy yo mismo, mi alma y cuerpo, para que sea un sacrificio para ti, razonable, santo, y vivo».

Desde ese momento ya no eres tuyo, sino suyo; Él acepta lo que le cedemos al momento de cedérselo; cuenta con Él para conservarte, y suplir toda tu necesidad. Toma a Jesús para que sea momento por momento tu Salvador, tu Amigo y tu Señor; tribútale una obediencia que cubrirá toda el área de tu ser, y comprenderá cada segundo de tu tiempo. Cuando seas solicitado para dejarle, aprópiate de las palabras del antiguo esclavo hebreo, diciendo: «Amo a mi Señor; no saldré libre».

¡Merece esto! Acaso por ti andaba sin hogar y pobre. Por ti sudó las gotas de sangre, y vertió su alma hasta la muerte. Por ti, finalmente, ruega en el Cielo: «Os ruego, pues, por las compasiones de Dios, que le presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo; culto racional vuestro».

Capítulo 11

El padre de José

Cuando conocemos a un hombre ilustre, siempre nos preguntamos acerca de su padre y su madre. Así, el padre de Martín Lutero y la madre de los Wesley penden como retratos familiares en la galería de pinturas de nuestra imaginación. No es, pues, admirable que hallemos algo en la Biblia, que satisfice nuestra curiosidad inocente; y especialmente en la historia de José se nos permite mirar tras las escenas y considerar las relaciones entre él y su anciano padre Jacob.

Desde el primer momento en que José vio a sus hermanos entre la muchedumbre de todas las nacionalidades reunidas en el mercado de grano, es evidente que su amor para con su padre ardía con un fervor no disminuido. Aquellos hermanos tuvieron poca idea de su gran ansiedad de saber si el anciano vivía todavía; y ni comprendieron qué estremecimiento de consuelo conmovió su corazón cuando por casualidad dijeron: «El menor está con nuestro padre hoy».

Y cuando sus hermanos vinieron por segunda vez, debían de haberse sorprendido al notar la ternura delicada con que preguntó por su salud, y dijo: «¿Está bueno vuestro padre, el anciano de quien me hablasteis? ¿Vive todavía?». Sí; y Judá tuvo poca idea de qué cuerda tan tierna tocó y cómo vibró, casi más allá de la resistencia de su toque, cuando habló repetidas veces del padre en casa; un anciano, que amaba tan tiernamente al joven, el único recuerdo de su madre: aquel padre que había temido tanto que le sobreviniera alguna desgracia, y cuyas canas descenderían con pesar al sepulcro, a menos que él volviera bueno. Fue esta alusión reiterada a su padre lo que conmovió los sentimientos de José tan profundamente que no podía soportarlo: «No pudo refrenarse».

Y así la próxima cosa que dijo, después del anuncio asombroso -«Yo soy José»-, fue: «¿Vive mi padre todavía?». Y en las palabras tumultuosas que siguieron, palabras que latían compasión y amor, frases acerca del padre ausente fueron pronunciadas juntamente con declaraciones de reconciliación y perdón para con sus hermanos, justamente como el crecido torrente del monte lleva en sus remolinos rocas, árboles, y cuanto estorba su camino:

«Dáos prisa en ir a mi padre y decidle: Así dice tu hijo José: ‘Me ha puesto Dios por señor de todo Egipto; ven a mí; no te tardes’ (...) Y haced saber a mi padre toda mi gloria en Egipto, con todo lo que habéis visto; apresuraos pues para traer a mi padre acá».

Las semanas y los meses de intermedio deben haber estado llenos de ansiedad febril para José; y cuando al fin supo que el anciano había llegado a la frontera de Egipto, en uno de los carros que con bondadosa consideración había enviado para que le trajeran, «unció su carro y subió a recibir a Israel su padre». ¡Oh, qué encuentro! Si el anciano estaba sentado en algún rincón del rudo carro, cansado con el largo viaje, ¡Cómo reviviría cuando dijeron: «¡Viene José!».

Me parece que seguramente bajaría y esperaría, procurando ver con sus ojos de anciano la compañía que se acercaba, de en medio de la cual salió el gobernador adornado con sus joyas para caer sobre su cuello y llorar allí repetidas veces. «¡Muera yo ahora». Dijo Jacob mirando José desde los pies a la cabeza con ojos regocijados, orgullosos y satisfechos: «Muera yo ahora, ya que he visto tu rostro; pues que tú vives aún!».

Quisiera saber lo que sentía, al acordarse de su triste lamento: «¡Todas estas cosas me están en contra!».

Pero esto no fue todo: José amaba tanto a su padre que no tenía vergüenza de él. Cuando Faraón supo de la llegada de su padre y sus hermanos, parecía tener muchísimo gusto, y mandó a José que velara por su bienestar: «La tierra de Egipto está delante de ti; en lo mejor de la tierra haz habitar a tu padre y a tus hermanos; habiten en la tierra de Gosén; y si tú conoces que hay entre ellos hombres hábiles, ponlos por mayores de mi ganado». Después de esto José trajo a Jacob su padre y le presentó a Faraón. No podemos menos de admirar la noble franqueza con que José presentó a su padre a este espléndido monarca, acostumbrado a los modales de la corte más brillante del mundo. Había un gran golfo social fijo entre Egipto y Canaán; la corte y la tienda; el monarca y el pastor. Y si José hubiera sido menos noble o sencillo de lo que era, podría haber vacilado en poner juntos los dos extremos; podría haber temido recordar la comparativa humildad de su origen; podría haberse avergonzado de sus parientes, que necesitaban hacerse pensionistas en la tierra de su adopción. Pero se olvidó de todos estos pensamientos en presencia de otro: este anciano extenuado, cojo, acosado de hambre, era su padre.

Hay un gran descuido en este respecto en todas las clases de nuestra comunidad; pero especialmente entre los hijos de los obreros, en las grandes poblaciones industriales. Los jóvenes pueden ganar tan buenos sueldos que llegan a ser en gran parte independientes de sus padres. Y cuando han pagado alguna pequeña cantidad para sostenerlos, son dados a imaginar que sus padres no tienen más derechos. Se olvidan de los grandes atrasos de obligación. No quieren acordarse de aquellos largos años de niñez impotente, cuando no eran sino una carga y un cuidado. No se acuerdan de la tierna bondad que los cuidó durante largas y peligrosas enfermedades, que espontáneamente sacrificaba sueño y descanso, que pensaba que eran ángeles, santos, y héroes, que soportó su petulancia y mal humor, que se desvelaba hasta muy noche, haciendo vestidos, juguetes y otras cosas sorprendentes y agradables...

En algunos casos la conducta de los hijos grandes para con sus padres es aún más deshonrosa. Es cosa común ver hombres levantarse en pocos años desde la oscuridad hasta poseer bastantes riquezas. Cuando se aumenta el dinero, se efectúa un gran cambio en la posición social de un hombre. Se escribe delante de su nombre la palabra mágica: «Don». Vive en una hermosa casa, y da grandes tertulias. Tiene un carruaje, y envía a sus hijos a escuelas costosas. ¿Pero cómo se conduce con sus ancianos padres? Les da una escasa pensión; pero pone cuidado de excluirles de su familia y su casa, porque -a decir verdad- se avergüenza un poco de ellos. Y es casi seguro que el hombre que se porta así, inconscientemente, dirá o hará algo que revelará a sus nuevos asociados su humilde origen más pronto que lo que la mera presencia de sus padres en su mesa podría hacerlo. Prefiero la noble magnanimidad de José, que parecía estar orgulloso de presentar al patriarca extenuado y cojo, a su poderoso amigo y soberano.

¡Jóvenes, honrad a vuestros padres! No los tratéis peor, justamente porque sabéis que os aman lo suficiente para soportar vuestras impertinencias. Aquella urbanidad que no trata con dulzura a los parientes cercanos, no es sino un mero barniz. No los llaméis con nombres vulgares o de significación: gloriaos en los nobles títulos paternos. Puede ser que tengan sus peculiaridades y faltas; pero es una falta de generosidad y bondad, hablar de ellas. Es posible que fijéis tanto vuestra atención sobre estos puntos menores, que llegáis a olvidar muchas cualidades nobles, que son más que una compensación. Imitad a los hijos de Noé en el respeto filial que arrojó un manto aun sobre el pecado de su padre.

«¿Cuántos son los días de los años de tu vida?»; esta fue la primera pregunta de Faraón, cuando Jacob entró en su presencia. Tal vez haya sido sugerida por la apariencia marchita y la figura doblegada del patriarca. Es una pregunta que con frecuencia acude a nuestros labios; pero es sugerida por un modo muy falso de estimar lo largo de la vida de un hombre. Lo largo de la vida no se mide por el número de sus días, sino por la manera en que esos días han sido usados. Algunos viven por muchos años, y al fin tienen poco o nada que mostrar por ellos. Si se quitan las horas malgastadas, las horas de letargo soporífero, las horas de lujosa indolencia y las horas de indulgencia propia, sólo quedan unas cuantas horas de vida verdadera. Hay hombres que tendrán setenta años en su próximo cumpleaños, pero que no han vivido más de seis meses en todo ese tiempo.

Es sorprendente ver en Liverpool las grandes pacas de algodón comprimidas bajo la presión de una prensa hidráulica; y así hay vidas que se encogen hasta llenar un espacio muy insignificante bajo la poderosa presión de la realidad. Nuestra verdadera vida debe fecharse, no desde nuestro primer nacimiento, sino desde el segundo. Todo lo anterior de aquella fecha, se cuenta como nada.

Otros viven pocos años, pero los han llenado de vida esforzada y noble: han sido puntuales, industriosos, metódicos; han redimido el tiempo; han atesorado los momentos con cuidado frugal y ansioso. Los desperdicios que otros habrían tirado como inútiles tienen mucho que mostrar. ¡Cuántos libros han leído! ¡Qué hazañas han hecho! ¡Cuántas obras buenas han emprendido! ¡Qué amigos han ganado! ¡Qué caracteres han edificado! Han vivido mucho tiempo. Tendrás treinta años en tu próximo cumpleaños; pero en esos pocos años has vivido la vida que los más de los hombres viven en setenta años. Permítase a un extraño que pregunte a cada lector que está en el palacio de la vida: «¿Cuántos años tienes?».

Tu juventud es el tiempo formativo: lo que eres ahora, eso serás. Estás dejando la bahía abrigada de la juventud para salir al gran océano. ¡Ten cuidado! Es atractivo, pero traidor. No dejes de tomar a bordo al gran Maestro, Cristo. Ninguno sino Él puede guiarte por las rocas y bancos de arena que están escondidos en tu curso. No tomes a bordo ninguno, sino aquellos que Él escoja como tu tripulación.

¿Cuántos años tienes? ¿veintiuno? Esta edad se describe a menudo como el tiempo de la mayoría o independencia del hombre. No te olvides de que hay al menos Uno de quien nunca puedes ser independiente. Puedes negarle, e ir a una tierra lejana para malgastar sus bienes y los tuyos, viviendo perdidamente; pero al fin tendrás que volver a Él. No hay verdadero descanso, ni alimento, ni honor, fuera de su palacio. ¡Hijo pródigo, vuélvete a tu hogar! ¡Vuélvete a tu hogar!

¿Cuántos años tienes? ¿Treinta? En esa edad nuestro Señor salió de la oscuridad: y recuerdo cuántos hombres han vivido una gran vida y muerto antes de llegar a dicha edad: Alejandro entre los generales, Kirke White entre los cantores, McCheyne y Spenser entre los ministros. ¿Qué estás tú haciendo en el mundo? ¡Ven, apresúrate! Pronto tu vida se te deslizará. Cuidado, para que al fin no te veas obligado a decir:«He pasado mi vida laboriosamente, haciendo frioleras».

Pero no será necesariamente triste tu mirada retrospectiva, si tan sólo quieres ceder todo tu ser al Señor Jesús, suplicándole que te libre de egoísmo, y dirija tus pensamientos, y viva en tu corazón, para obrar por medio de tu vida, y cumplir en ti toda su voluntad, y toda obra de fe.

¿Cuántos años tienes? ¿Cuarenta? ¡Cuidado! Muy pocos que han llegado al declive de los cuarenta años se convierten. Si todavía no eres de Cristo, las probabilidades de llegar a pertenecerle se disminuyen con tremenda rapidez, cada semana...

¿Cuántos años tienes? ¿Cincuenta? ¿Sesenta? ¿Setenta? La nieve de la vejez empieza a blanquear tu cabeza. Las ocupaciones domésticas tienen que abandonarse. Los lugares familiares ya no pueden visitarse. Los negocios en los que antes tuviste orgullo ya hay que dejarlos a los que tienen nervios más fuertes que tú. La inclinación en la senda que ves delante muestra cuán cercano está el valle de la sombra de muerte con su río tan lúgubre ¿Cómo vas tú a soportar todo esto? ¿Tembloroso, temeroso, horrorizado, víctima de un destino irresistible? ¿O con alegre bienvenida tal como la que animaba al gastado prisionero en el calabozo Mamartin? «He peleado la buena pelea, acabado he mi carrera, he guardado la fe; de ahora en adelante me está reservada la corona de justicia». Amigos antiguos, esperamos que nos enseñéis cómo esperar nuestro fin, y cómo morir.

Es una solemne cuestión, ¿cuántos años tienes tú? Hacemos bien en reconocer que va decreciendo el número de nuestros años; en ver cómo el tiempo envidioso está royendo el bajío angosto en que estamos. Mi página favorita en todas las obras de Milton es su discurso dirigido al tiempo; y con frecuencia me ha gustado leer la página en la biografía de Carlos Kingsley, que relata cómo en su lecho de muerte la leyó repetidas veces: «Corre, tiempo envidioso, hasta que hayas acabado la carrera». ¡Ojalá que pudiéramos decir esto sin temor o dudas!

Y Jacob respondió a Faraón: «Los días de los años de mi peregrinación son ciento y treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no han alcanzado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación».

Habían sido pocos comparándolos con los de sus antepasados. Tera llegó a la edad de 205; Abraham a la de 175; Isaac a la de 180. Pero «toda la edad de Jacob era ciento treinta y siete años». Habían sido malos. Cuando joven fue arrancado de sus asociaciones más caras de hogar y amigos, y salió sólo para pasar los mejores años de su vida como extranjero en una tierra extraña. Arduo y difícil fue su servicio para Labán; de día el calor le consumía y el hielo de noche, y el sueño huía de sus ojos. Con dificultad escapó de Labán; y luego que había hecho esto tuvo que encontrarse con su hermano irritado e impetuoso. En la agonía de aquella terrible crisis se encontró con el Ángel Luchador, que tocó la coyuntura de su muslo; y le hizo cojear hasta el fin de su vida.

Estas calamidades apenas habían pasado cuando fue envuelto en un peligro extremado con los cananeos de Siquem, y había pasado por escenas que habían blanqueado sus cabellos, surcado sus mejillas, y cicatrizado su corazón. Así llegó a Luz, y allí Débora la nodriza, de Rebeca murió, y fue sepultada debajo de una encina que fue llamada desde entonces, la Encina del Lianto: «Y alzó su campamento de Betel, y cuando le faltaba todavía algún trecho para llegar a Efrata, parió Raquel (su mujer favorita); y acaeció que al salirsele el alma (pues murió) le nombró Ben-oní, *hijo de mi dolor*». Un poco más allá llegaron a Mamré, llegando justamente a tiempo para llevar los restos de su propio padre al sepulcro. Y los pesares que le acontecieron después de esto, ya han tocado nuestros corazones, mientras estudiábamos la maravillosa historia de su hijo José.

Rubén envolvió su nombre en vergüenza. Judá arrastró el honor de la familia en el cieno del apetito sensual. Con toda apariencia José había sido despedazado por fieras. Las disensiones de sus hijos no dejaron de desgarrar su corazón. Y aun después de encontrar a su hijo por tanto tiempo perdido había de durar diecisiete años como pensionista de la munificencia del rey de Egipto: lejos de la rica herencia que había sido prometida a su raza.

Tal era el exterior de la vida de Jacob. Pocos han pisado una senda más sembrada de piedras agudas, o ceñido a su frente una corona que tuviera más espinas. Se habría dicho que había fracasado en su vida. Comparándola con la suerte de Esaú; Y ¡qué contraste se presenta! Jacob obtuvo la primogenitura; ¡pero qué vida de padecimientos y desastres era la suya! Esaú perdió la primogenitura; pero tuvo todo lo que el corazón podía desear. La riqueza, rango real, una línea de hijos ilustres el mundo, la porción de su copa. El capítulo treinta y seis de Génesis contiene una lista de los duques reales de su línea. ¡Con cuánta frecuencia no se compadecería Esaú de su hermano!

«Mi pobre hermano, siempre es un visionario, contando con el futuro, construyendo castillos en el aire; en cuanto a mí, yo digo: *Sáquese el mejor partido de este mundo mientras dure*. Comamos y bebamos porque tal vez mañana moriremos». Y, sin embargo, cuando este mismo Jacob está delante de Faraón y más grande monarca del mundo, se inclina anhelosamente para recibir su bendición...

«Jacob bendijo a Faraón».

Sé que Jacob en su juventud era astuto, un mero regateador, un embaucador; pero todo parece haber sido eliminado en el duro crisol de sufrimientos por el cual había pasado; y había alcanzado una grandeza moral que hizo impresión aún en el orgulloso Faraón. Pero este cansado peregrino puede ahora hacer cosas que su hermano rico y próspero nunca podría haber hecho: «Sin disputa alguna, el menor es bendecido del mayor».

Evidentemente, Jacob era más grande que el más poderoso monarca de ese tiempo. Hay pues, una grandeza, que es del todo independiente de aquellas circunstancias accidentales que algunas veces asociamos con ella. La toga no hace al juez; una corona no hace un rey; tampoco hace grande a un hombre la riqueza, el rango o el nacimiento. Jacob era uno de los verdaderamente grandes. Era un hombre real con una patente divina de realeza. Dios mismo dijo:

«No serás llamado más Jacob, sino Israel; (un príncipe de Dios), porque has luchado con Dios y con los hombres y has prevalecido».

Tres cosas dieron a Jacob realeza; y nos la darán a nosotros...

En primer lugar, la oración. En el marjal cubierto de rocas, vio en sus sueños a éstas arreglarse en una escalera que alcanzaba hasta el cielo. Esta visión fue la clave de su vida. Después siempre vivió al pie de la escalera de la oración, sobre la cual corrían los ángeles para llevar sus peticiones, y bajo la cual descendían con hermosos pies, para traer áureos manojos de bendición. Aprender a orar sin cesar es el secreto de la grandeza. El que esta a menudo en el salón de audiencia del gran rey, llega a ser semejante al rey.

En segundo lugar, el padecimiento. Su naturaleza estaba afeada por elementos egoístas, bajos y carnales. Se aprovechó ilegalmente de su hermano hambriento; engañó a su anciano padre; aumento sus bienes a expensas de su tío, logró sus fines por medios viles y astutos. Pero el pesar le libró de todas estas cosas y le dio una nueva dignidad. Así obra todavía con los que han recibido la nueva naturaleza, y que aprenden mansamente las lecciones que el amor de Dios quiere enseñarles. No evites la pena y el pesar; vienen a coronarte. El cordero está sentado sobre el trono ahora, porque fue muerto; y el trono está reservado para los que han aprendido a sufrir con Él, y con Él a morir.

En tercer lugar, tener contacto con Cristo.:«Y luchó un hombre con él hasta romper el alba». ¿Quién sería Él? Seguramente no era otro que el Ángel Jehová, cuyo rostro no podía ser visto, ni conocido su Nombre. Acaso era el Señor mismo, anticipando su encarnación, y proponiéndose librar a su siervo del mal y debilidad que se le habían adherido por tanto tiempo y tan íntimamente, minando su vida espiritual. Y desde aquella hora Jacob fue *Israel*. Ah, lectores míos, tenedlo por seguro, que Jesús, el amante inmortal de las almas, está luchando con vosotros, anhelando libraros de la mezquindad y el egoísmo, y levantaros a una vida real. Cedeos a Él, se ve compelido a tocar el tendón de sus fuerzas. Si le dejáis obrar, Él os hará verdaderos príncipes de Dios; y aun los que están sobre vosotros en el rango de este mundo, se alegrarán de rodearos para participar de las bendiciones espirituales que conferiréis.

Capítulo 12

José junto al lecho de muerte de Jacob

Jacob moró en la tierra de Gosén; allí sus hijos condujeron a sus rebaños por ricos pastos, y pusieron el fundamento de la grande riqueza que siempre ha sido la marca distintiva de esta nación altamente favorecida: «Fueron fecundos y se multiplicaron mucho».

Diecisiete años pasaron tranquilos. Y mientras este anciano se hacía cada vez más frágil, fue alegrado y sostenido por el amor de José, y por la satisfacción y el gozo de su corazón en el honor y el esplendor de su hijo. Evidentemente el amor de José fue el apoyo de aquella vida menguante; y no es notable que el patriarca le llamara no una vez, ni dos veces, sino tres veces al lado de su lecho de muerte.

La Biblia es un libro de vida. Sus páginas están dedicadas a los hechos antes que a las muertes de estos héroes. Sus biografías llenan libros enteros, mientras unos versículos bastan para referir sus palabras al morir. Siempre que se describe la escena de una muerte, podemos estar seguros de que hay algo que demanda nuestra atención. Así es aquí...«Se acercó el tiempo cuando Israel tuvo que morir».

¡Cuán inexorable es la muerte! No hay posibilidad de evadir su llamamiento. Con muchos años Jacob había excedido la medida ordinaria de la vida moderna; y a pesar de muchos trabajos y privaciones, como la manzana en la extremidad de la rama, que escapa de la mano del que recoge la fruta, había evadido el alcance de la muerte; pero esto no podía durar para siempre. Los poderes debilitados de su vida daban a entender que el cordón de plata estaba para reventarse, y que la maquinaria de la naturaleza estaba para paralizarse. Tenía que morir.

Pero su muerte rompió el velo que cubría el futuro de la vista de sus hijos y sus nietos, permitiéndoles columbrar su realidad y hermosura. Y podemos recoger algunos de los conceptos que se presentaron a la mente de José, cuando obedeciendo el llamamiento de su padre permaneció al lado de su lecho de muerte.

Uno de los versículos más sublimes en el Nuevo Testamento, declara que «Cristo ha destruido la muerte, y sacado a luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio». Hay un ritmo muy inspirador en esas palabras; pero no debemos suponer que el Evangelio ha revelado una cosa que no se conocía previamente. Mucho tiempo antes de que nuestro Salvador anduviera por este mundo, llevando en su cinturón las llaves de la resurrección y la vida, el Evangelio no hizo más que arrojar luz más amplia, sobre lo que había sido antes en parte oculto, así como el sol saliente revela los detalles del panorama que habían sido indistintos y vagos en el crepúsculo. Cristo quitó de la ventana la cortina, por la cual la luz de la mañana había estado luchando débilmente para llegar a los ojos del que dormía.

No es difícil hallar la evidencia de esto. Daniel enseñaba con lenguaje clarísimo el pensamiento de la resurrección general para la vida eterna o la vergüenza eterna. Eclesiastés termina con una declaración explícita de la vuelta del espíritu a su dador, y de un juicio final. El libro de Job, sea cual fuere la fecha que se le asigne, ha sido llamado un verdadero himno de la inmortalidad: sabía al menos que vivía su Redentor y que se levantaría en lo venidero sobre la Tierra, y después de ser despedazada su piel aun desde su carne había de ver a Dios (véase Job 19: 25 y 26). En el Libro de los Salmos tenemos una evidencia nada incierta de la tenacidad con que los judíos piadosos se asían a estas esperanzas: «Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida» (Sal. 16: 10 y 11).

Y es justamente esta fe en una vida más allá del sepulcro, y un anhelo de ella lo que es la verdadera nota tónica de las vidas de los tres grandes patriarcas que duermen su último sueño en la antigua cueva de Macpela.

¿Por qué anduvieron de acá para allá en la tierra de promisión? ¿Por qué se contentaron con no tener herencia ni siquiera lugar para poner la planta de su pie? ¿Por qué moraron Abraham, Isaac y Jacob en tiendas frágiles y movibles, antes bien que en ciudades como Sodoma y Gomorra? ¿Qué quiso decir Abraham cuando dijo a los hijos de Het: «Peregrino soy y extranjero en medio de vosotros»? ¿Y cuál era el pensamiento de Jacob cuando, en la presencia del orgulloso Faraón, describió su vida como una «peregrinación»?

La respuesta se da claramente en la lista de los héroes de Dios contenida en Hebreos 11: «Buscaban la patria suya». Y estaban tan absortos en este pensamiento, que no pudieron establecerse en ninguna heredad de Canaán. Y el hecho de negarse ellos a tener otra cosa sino un sepulcro en la tierra de promisión muestra con cuanto anhelo esperaban la tierra que estaba muy lejos.

Sin duda, al principio, pensaban que Canaán había de ser la tierra de promisión. Pero cuando esperaron año tras año, y todavía les fue negada, volvieron a mirar en la Escritura de la promesa, y aprendieron que había en ella profundidades en las que nunca habían soñado; y mientras esperaban aún, la tenue neblina del tiempo se abrió, y en la vaga bruma se presentó a su visión una tierra de la que la tierra de leche y miel no era sino un pobre tipo; y en lugar de una ciudad construida por manos humanas, se levantó delante de ellos la bella visión de los muros de cristal y las puertas de perla de la ciudad que tiene los cimientos, cuyo arquitecto y hacedor es Dios, y que había preparado para los que le amaban. Allí había sido su patria. Allí su verdadera ciudad. Allí su hogar. Y su vida de peregrinos dio evidencia de la realidad y la certidumbre de su fe.

Esta creencia en «la ciudad de Dios», de la cual en días posteriores Agustín escribió en la costa de África, y que ha sostenido a tantas almas santas, animando sus vidas, y dándoles valor en la muerte, y arrojando un rayo brillante al través de la oscuridad del sepulcro: «Conforme a fe murieron todos éstos, no habiendo recibido aún las promesas; pero las vieron y las saludaron desde lejos».

Esto es, como el viajero saluda su hogar, anhelándolo, cuando lo divisa desde lejos. ¡Con qué ansiedad, con qué anhelos, con qué regocijadas anticipaciones, no debían de haber esperado el Cielo estos cansados peregrinos! Bien hacia Jacob, en su lecho de muerte, de interrumpir el progreso de su exhortación de despedida para decir: «¡Tu salvación he esperado, oh Jehová!».

Esto quitó la amargura de su muerte. Y nótese que Jacob no miró la vida futura como una mera existencia destituida de todas aquellas asociaciones que hacen que valga la vida. En verdad, parece haber tenido pensamientos más adecuados que muchos que se hallan en iglesias cristianas: «Yo voy a ser agregado a mi pueblo».

Seguro no quería decir sencillamente que había de ser sepultado en su tumba, porque expresa ese pensamiento después en las palabras: «Enterradme con mis padres en la cueva de Macpela». Quería decir que para él, la ciudad a donde iba era el lugar de reunión de su tribu; el hogar de todas las almas escogidas, la mansión de todo su pueblo, porque éstos eran de Dios.

Año tras año el pueblo se ha ido reuniendo allí, así como en tiempos pasados las tribus montañosas de Escocia fueron reunidas a un lugar céntrico por los que llevaban la Ardiente Cruz. Todas las almas nobles y santas están reunidas allí, y nos esperan. Y cuando dejemos este mundo, no será para ir a una región fría poco simpática, y sepulcral, donde ninguna voz ni ninguna sonrisa nos darán la bienvenida; sino que iremos a nuestro pueblo, a quienes hemos amado y perdido y quienes esperan nuestra llegada con anheloso afecto, y que con cánticos nos harán entrar en ese mundo de reunión eterna. Pero no fue simplemente para expresar estas esperanzas para lo que el patriarca moribundo llamó a su lado al amado José. El padre quería obligar al hijo con una promesa solemne: que no fuera a sepultarle en el país de su destierro, sino que le llevara de nuevo a aquella cueva solitaria, que le parecía ser una fortaleza en la tierra hostil y distante de Canaán. Hacía diecisiete años que Jacob había conocido los espléndidos templos, obeliscos y pirámides; había estado rodeado de todas las comodidades que podía idearle el amor filial de José o ejecutar su munificencia; pero nada podía hacerle olvidar aquella cueva distante, que estaba delante de Mamré, en la tierra de Canaán. Para él el entierro en la más espléndida pirámide de Egipto no podía compararse ni por un momento con la sepultura en aquella cueva solitaria y humilde, donde los restos mortales de Abraham y Sara, de Isaac y Rebeca y la fiel Lea esperaban la resurrección.

Y es que la naturaleza humana no era distinta entonces de lo que es hoy día. Nuestro más verdadero hogar está aún al lado de nuestros amados muertos. En donde quiera que andemos, nuestros corazones vuelven a ellos, como el ojo del marinero a la Estrella Polar. Y por esta causa, muchos guerreros, muriendo en alguna tierra lejana, han suplicado que sus restos no fuesen colocados en la espléndida Basílica nacional, sino en el tranquilo cementerio rural, donde las lápidas cubiertas de musgo repiten en las generaciones sucesivas el nombre de la familia. Era natural, pues, que deseara Jacob ser sepultado en Macpela.

Pero había allí algo más que un sentimiento natural. Era hombre de fe. Conocía y amaba la antigua promesa hecha por Dios a su amigo, el patriarca Abraham: que Canaán había de venir a ser la posesión de sus descendientes. Aquella promesa era el apoyo del anciano. Sabía que Canaán, y no Egipto estaba destinada a ser la tierra de habitación de su pueblo. No vivirían siempre en Egipto, por más fértil que fuese su Gosén o amistosos sus habitantes. La trompeta tocaría el llamamiento de su partida. Si, pues, estaba sepultado en Egipto, sería dejado allí, un extranjero entre extraños. No, esto no podía ser. Si ellos habían de partir, él debía partir antes. Si ellos habían de establecerse en la tierra de promisión, él iría primero como su precursor. Aunque no pudiera compartir con ellos los peligros, penas y glorias del éxodo, estaría allí para darles la bienvenida cuando en años posteriores sus bandas entraran en su herencia: «Si es que he hallado gracia en tus ojos, ruégote que pongas tu mano debajo de mi muslo, y uses conmigo de misericordia y verdad. Ruégote que no me entierres en Egipto; mas cuando yaciere con mis padres, tú me llevarás de Egipto, y me sepultarás en el sepulcro de ellos». ¿Qué hijo podría resistir aquel ruego? ¿Podría alguno de nosotros resistir las últimas súplicas de nuestros amados? José era demasiado bueno y tierno para que vacilara por un solo momento: «Y él respondió: *Yo haré conforme a tu dicho*». Pero el anciano no se contentó con una mera promesa: «Mas él dijo: *¡Júramelo!* Y se lo juró. Entonces adoró Israel inclinándose sobre la cabecera de su cama». Así terminó la primera visita de José a su padre moribundo...

Llegó luego la noticia al primer Ministro de Egipto de que su padre estaba enfermo y deseaba verle. Y fue a él sin dilación llevando consigo a sus dos hijos, Manasés y Efraín. Sin duda adivinó que la enfermedad de su padre era el último grado de su decaimiento; y puede ser que hubieran convenido en conversaciones previas en la forma del mensaje para que fuese una señal significativa del uno al otro de que la arena del reloj casi había pasado para aquel cuerpo anciano y fatigado.

Cuando José llegó a la casa de su padre, la dádiva de su propia munificencia, parece que el anciano patriarca vivía aún, con los ojos cerrados, y las fuerzas extremadamente agotadas. Estaba demasiado débil para notar algunas de las formas familiares que estaban en su derredor. Pero cuando uno le dijo: «He aquí a tu hijo José, que viene a verte», el sonido de aquella voz amada le revivió, e hizo un gran esfuerzo y, apoyado sobre almohadas, se sentó sobre la cama.

Claramente se ve que el anciano se acordaba bien del pasado. De nuevo parecía estar acostado al pie de la escalera mística, con sus ángeles que corrían arriba y abajo, mientras Dios Todopoderoso estaba arriba, y prometió hacerle fructífero, y darle a él y a su simiente la tierra en que sus antepasados habían sido extranjeros por posesión para siempre. Ningún lapso de tiempo podría borrar la impresión hecha por aquellas palabras. Y así como su recuerdo abarcaba el pasado, también se acordaba vivamente de acontecimientos más recientes en la historia de la familia.

No se olvidó de que José, que se inclinaba sobre su cuerpo moribundo, tenía dos hijos; y anunció su propósito de adoptarlos como suyos propios: «Tus dos hijos, Efraín y Manasés, que te nacieron en la tierra de Egipto antes de que yo viniese a ti a Egipto, serán míos; como Rubén y Simeón, míos serán». Con ese acto el nombre de José fue borrado del mapa de Canaán; sin embargo, él mismo llegó a poseer una doble porción de su área, porque desde entonces Efraín y Manasés habían de ser sus representantes.

Y cuando había dicho esto, su mente volvió a otra cosa. Volvió a ver a aquella escena en el camino escabroso para Belén, justamente fuera de la pequeña villa, donde se detuvo repentinamente su progreso, y todo su campamento fue puesto en el silencio de una gran suspensión, mientras la vida de la amada Raquel temblaba en la balanza. Nunca podría olvidarse de ese momento. Sus ojos de moribundo podían ver de nuevo el sitio donde la sepultó: «en el camino de Efrata».

Cuando el anciano volvió de su patético arrobamiento, la primera cosa que le llamó la atención fue la presencia de los muchachos asombrados, que se fijaban en cada mirada y palabra, con una atención tan fija que apenas les dejaba respirar...

- ¿Quiénes son éstos? - dijo Israel.

- Son mis hijos que me ha dado Dios en este lugar - fue la respuesta orgullosa e inmediata de José.

E Israel dijo:

-Traémelos para que los bendiga.

Y así le fueron acercados, y los labios del anciano tocaron sus jóvenes frentes, y sus brazos rodearon sus formas jóvenes y delgadas. Y de nuevo el moribundo se acordó de un pesar que le había infligido una herida tan profunda como su dolor por la muerte de la amada Raquel, y volviéndose a José, le recordó los largos años en que pensaba que no volvería a mirar su

rostro. Pero ahora Dios, que puede guardar a los hombres esperando, pero se complace en llenar sus vidas últimamente con bendiciones, le había hecho ver también su descendencia.

Con intuición profética cruzó sus manos; los dos jovencitos esperaban su bendición delante de él; su derecha llegó a la cabeza del menor, mientras su izquierda reposó sobre la del mayor. Con ese acto trocó el veredicto de su nacimiento, dando al menor la precedencia sobre el mayor. Fue inútil que protestara José, reclamando los derechos de su primogénito. El anciano sabía perfectamente bien lo que hacía, y que cumplía así el propósito divino: «Lo sé, hijo mío, lo sé; éste también vendrá a ser pueblo, y él también será grande; sin embargo, su hermano menor será más grande que él, y su linaje vendrá a ser una multitud de naciones».

No había nada arbitrario en esto; porque con toda probabilidad había cualidades en Efraín, como después en sus descendientes, que naturalmente le colocaban en el lugar más prominente. El Antiguo Testamento está lleno de esperanza por los hijos menores: Jacob era un hijo menor; así también lo era Moisés; así también lo era Gedeón; y también David. No es una bendición neta nacer con un gran nombre, rango y tradiciones; es mejor confiar en el propio brazo derecho y la bendición del Todopoderoso. Para Dios no hay acepción de personas, y elevará al más joven al primer rango con tal que vea en él las cualidades que lo justifican; mientras relegará a los más prominentes a los rangos inferiores si son deficientes en nobles atributos. Así los primeros vienen a ser los postreros y los postreros primeros.

Con las manos cruzadas sobre las cabezas de los jóvenes, el patriarca habló palabras dulces y agradecidas del Ángel que le había rescatado de todo mal; y sus palabras son escogidas y colocadas de tal manera en paralelismo con el Nombre de Dios que le había pastoreado toda su vida, que quedamos convencidos de que está hablando del Ángel Jehová, a quien con tanta frecuencia se refiere en las páginas del Antiguo Testamento; y que no puede ser otro sino la segunda Persona de la bendita Trinidad, cuyos deleites siempre han sido con los hijos de los hombres, y quien, antes de que tomara sobre si la forma del hombre, con frecuencia se halló en la de un ángel.

Nosotros también tenemos un Ángel guardián, sí, el Ángel que es Jesucristo el Señor. Si quieres ser librado de todo mal, especialmente del mal del pecado, ámale mucho. Y si comenzó su obra de redención largos años antes de que padeciera, muriera, y resucitara, ¡cuánto más hará por nosotros ahora

que está sentado a la diestra de Dios! Animáos vosotros, que os congojáis por vuestro pan cotidiano. Escuchad el testimonio de este moribundo, del que Dios había sido su Pastor hasta ese día. Y si Dios hizo esto por ciento cuarenta años, seguramente no se olvidará de ti durante el breve espacio de tus días.

No restaba sino una sola cosa qué decir antes de que terminara esta memorable entrevista. Años antes, Jacob había sido embrollado por la traición cobarde de sus hijos en un conflicto con los habitantes originales de Canaán, y había sido compelido en defensa propia a adquirir por fuerza una porción de tierra con su espada y con su arco. Esta la dio como una porción adicional a su hijo favorito.

Ojalá que todos los jóvenes que oyeran estos renglones se condujeran de tal manera para con sus padres, que no les causarán ni un momento de intranquilidad: que fueran el orgullo de su vida; su apoyo en la muerte; de modo que en años posteriores tuvieran la memoria de bendiciones conferidas en el lecho de la muerte, y no tuvieran de qué entristecerse. Ciertamente, la bendición de un padre moribundo es un legado más rico que oro o tierras.

Una vez más José visitó el aposento del moribundo Jacob. Fue la tercera vez y la última. Pero esta vez estuvo allí solo como uno de los doce hombres fuertes y barbados, que se reunieron alrededor de la anciana figura de su padre, cuyo rostro estaba sombreado por la muerte, y cuyo espíritu resplandecía con la luz de la profecía.

¡Cuán intenso el asombro con que oyeron pronunciar sus nombres, uno por uno, por la voz temblorosa del anciano, ya deteniéndose para respirar, ya hablando con grande dificultad! El carácter de cada uno es criticado con una intuición profética; los puntos salientes de su historia pasada son recordados vivamente; y se les hacen algunos pronósticos de su futuro.

Esta escena es una anticipación del juicio final: donde los hombres oirán repasar la historia de su vida, y pronunciar una sentencia contra la cual no hay apelación. Pero el patriarca moribundo habla con una dulzura y gracia peculiares; entonces viene a tocar el destino de su hijo favorito. Sus palabras están llenas de ternura, y son pronunciadas con una majestad y elocuencia que indican cuán profundamente conmovido estaba su corazón. Fue el último canto del cisne, la última expresión de la música de su alma, el último relámpago de aquel espíritu de inspiración que estaba también en él. ¡Qué

vislumbre se nos concede de las profundidades de su alma, los pensamientos sagrados de la fecundidad, paciencia y fortaleza, y los conceptos de gran alcance de bendición que habían sido obrados en él por el lento proceder de años de pesar y educación!

Dirigió unas cuantas palabras a Benjamín, y entonces el venerable patriarca «recogió los pies a la cama, y expiró, y fue agregado a su pueblo». Pero aquel espíritu anciano y muy probado, subió y entró en otras escenas de comunión y servicio más exaltados, sin ninguna pausa en su vida, porque en días posteriores Dios atestiguó su continuada existencia y energía cuando se llamó «el Dios de Jacob», porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Y cayó José sobre el rostro de su padre, y lloró sobre él, y con sus labios ardientes imprimió un beso en la frente pálida y muerta de su padre; y mandó a los médicos que embalsamasen a su padre robando así a la muerte la victoria inmediata.

Capítulo 13

El secreto de la fecundidad

Con frecuencia, los ojos del moribundo Jacob habían sido refrescados por semejante espectáculo que se le presentaba en medio de las ardientes arenas: un oasis en el desierto. Por horas enteras la fatigada caravana ha seguido el camino, adhiriéndose al paladar las lenguas secas, los ojos quemándose en la cabeza, casi acabándose las fuerzas de las bestias pacientes y de las mujeres y niños. ¡Cuándo he aquí la monotonía del desierto es interrumpida por una vista sumamente agradable! Sobre algunas piedras grises que van desmoronándose, una vid extiende sus ramas verdes y fructíferas; y todos se adelantan con anhelo redoblado, sabiendo con toda seguridad que abajo las raicillas se extienden en las profundidades oscuras y frescas, en donde se atesora la anhelada agua.

Valdrá la pena ir a la viña y hablar con algún labrador de experiencia acerca del crecimiento de la vid, que había sido un objeto familiar a nuestro bendito Señor en su primera niñez, y que le condujo a escoger la vid como el emblema de la unión entre Él y los que creen...

«Yo soy la vid verdadera», dijo Él; la Vid de la cual todas las demás son parábolas y tipos. Podría haber escogido el trigo del verano, o el olivo, o el árbol del bosque; pero escogió a la vid, que se adhiere, extendiendo innumerables sarmientos con los cuales se ase y sube.

Visita la vid en los últimos días del otoño, cuando ha sido robada de sus tesoros. Mientras la tierra está llena de regocijo, ella está desnuda y desolada. Su savia se baja a las raíces; sus ramas están cortadas hasta el tronco; su misma corteza ha sido arrancada; y es dejada a la merced de la escarcha despiadada. Nada más desolado y triste puede concebirse en el reino de las plantas que la muerte que domina a la vid durante el largo y solitario invierno. Y al contrastar la gloria de la primavera con semejante desolación, nos acordamos de las palabras de Aquel que dijo: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; mas si muere, lleva mucho fruto». Y como, desechado y abandonado, sufrió en la cruz, en lo que puede llamarse, la hora más oscura y triste de invierno por la cual el mundo ha pasado jamás.

Pero cuando el sol vuelve a traer la primavera, la savia de nuevo comienza a fluir; impulsadas por él, las ramas brotan a derecha e izquierda de los troncos largos y desnudos; y pronto, cuando hace sol, se ven flores y la promesa de fruta.

Es esencial el calor del sol. Sin él la vid no da sino hojas, una profusión de hojas; pero nada, sino hojas. No basta que estemos unidos a Jesús por medio de una fe viva: debemos tener comunión con Él, calentándonos con su sonrisa, unidos con Él por la oración, y sometidos a Él en todo; sólo así podemos esperar dar más que las hojas de una mera profesión.

Pero aunque la vid necesite el calor del sol, debe tener también la oscuridad. Durante la noche se dice que descansa: no crece; pero se recupera y se prepara para ejercer nuevas energías. Durante el día consume más savia de la que puede sacar de las raíces; y durante las oscuras horas de la noche está acumulando provisiones con qué alimentarse. Y esto puede sugerir por qué a veces después de períodos de mucha actividad, el Labrador baja las cortinas y nos mete en la negra oscuridad del pesar, o en la soledad de la depresión. Hemos sido demasiado pródigos de nuestros recursos, y necesitamos tiempo para recuperar nuestro vigor agotado y reunir provisiones para los días venideros.

Sin embargo, la fertilidad de la vid depende en gran manera del cuidado con que está podada. No hay árbol podado tan sin misericordia y tan incesantemente, primero con el cuchillo afilado, y después con las tijeras. El Señor tiene muchos instrumentos de esta clase. Allí está el áureo cuchillo de su Palabra, con que nos podaría si se lo permitiéramos (véase Jn. 15:3), escapando así del más rudo y terrible cuchillo de la aflicción. Nuestro Señor usa el cuchillo, con sus heridas agudas y exactas, se profundiza en nuestra naturaleza, y deja heridas que sólo con el transcurso de los años pueden sanar, y aún ocultarse. Y hay también tijeras en su mano, acontecimientos adversos, circunstancias diarias, y parecen ser contrarios el uno al otro, y no obstante obran juntamente al fin para el bien.

Tan grandes son las podas de la primavera, que se quitan más ramas de las que se dejan; y se dice que las podas que se esparcen en el suelo no sirven sino para ser quemadas. Las podas de los manzanos y perales se emplean de muchas maneras, tales como apoyos para las plantas chicas y débiles; pero no es así con éstas. Hay muchos entre nosotros que profesan ser cristianos, que no tienen parte ni suerte con nosotros, y que deben quitarse; justamente

como hay muchas cosas en nosotros que necesitan quitarse. ¡Qué consuelo es que el Labrador no deje que ningún aprendiz los pode! El novicio nunca hace eso. No se permite que ninguna mano sino la más perita maneje el cuchillo: «Mi Padre es el labrador».

Es una regla reconocida que ningún vástago debe tener más de un racimo de uvas. Todos, menos aquel, son quitados. Y se dice que el labrador obtendrá uvas mejores con ese sólo racimo, que las que obtendría permitiendo que crecieran dos o tres racimos. Y así, con mano despiadada, quita racimo tras racimo de fruto mal desarrollado y uva tras uva de los racimos que se enrojecen y crecen. Es así como a veces somos quitados de una tras otra de las direcciones de actividad cristiana que hemos escogido: no es que nuestro Padre quiera disminuir nuestro fruto, sino que la fuerza de nuestra vida sea salvada de disiparse, y conducida por un canal a mayor fertilidad.

¡Cuántas almas podadas leen estas palabras! Se inclinan a decir que el Señor los ha tratado muy amargamente: marido e hijos sepultados en una tierra lejana, la pobreza y la necesidad reinan en el hogar abandonado y oscurecido, no queda sino uno sólo del círculo alegre de años anteriores, y no obstante esto, saldrá una cosecha áurea y el único nietecito abrazado al corazón, y su línea hasta David, el dulce salmista y poderoso rey, será mejor que siete hijos, y rejuvenecerá el corazón anciano...

«Ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados» (He. 12:11). Es muy necesario que el sarmiento podado quede de continuo en la vid: «Permaneced en Él» (1 Jn. 2:28).

Este mandamiento fue dado primeramente a niños. Así escribió el amado apóstol, cuya cabeza fue emblanquecida por muchos inviernos; escribió a jóvenes y a padres, en el parentesco de su padre, en el Evangelio de Jesucristo. Pero hay un sentido en que nosotros también debemos venir a ser como niños, antes de que podamos aprender la dulce lección de permanecer en Él.

El niño no confía en sí mismo: teme lo desconocido; desea la compañía de su madre o su amigo, y está dispuesto a ser desconocido. ¡Ojalá que tuviéramos el corazón de un niño, con su sencillez y confianza, su fe sin límites y su bella inocencia! Puede ser que muchos hombres fuertes que se glorían en sus fuerzas lean estas palabras; pero tienen que convertirse y

hacerse como niños, si quisieran aprender el secreto de permanecer en Él. Cuando estamos destituidos de nuestra propia fuerza y confianza, y estamos completamente vencidos y quebrantados, entonces estaremos listos para obedecer el consejo santo, que es el eco del mandato del Maestro mismo: «¡Permaneced en Mí!».

Se dice del gran soldado Naamán que «se volvió su carne como la carne de un niño pequeño». ¡Fue una combinación espléndida! La forma robusta del hombre de guerra combinada con la carne, rosada y fresca de la niñez. Y estas cualidades deben unirse en cada uno de nosotros: fuertes y sencillos, varoniles y semejantes a niños; como David, el campeón de Israel, cuyo corazón no estaba ensoberbecido, ni se ocupaba en cosas demasiado grandes para él, sino que era como un niño destetado sobre el pecho de su madre. Los tales son contados por el Padre como sus niñitos, alimentados con la leche no adulterada de la Palabra, enseñados en secretos que son ocultados a los sabios y entendidos e instruidos en el arte de permanecer en Él.

No es fácil permanecer en Cristo, desde luego. Es el crecimiento de años, el resultado de una vigilancia y disciplina perpetuas, el resultado de la influencia tierna del bendito Espíritu sobre la vida interior. Al principio no es fácil que la enredadera suba en cierta dirección. Tienen que usarse, el cordón, el martillo y el cuchillo; pero con el tiempo se contenta con adoptar la actitud nueva y forzada. Y la adherencia del alma a Cristo viene como resultado del hábito prolongado y la disciplina de sí mismo bajo el cultivo del Espíritu de Dios.

El Espíritu Santo nos enseñará a permanecer en Él: «La unción que de Él habéis recibido permanece en vosotros». Unción se usa siempre como un símbolo de la gracia del Espíritu: «Y así como ella os ha enseñado, así vosotros permaneced en Él».

Este arte bendito es enseñado por el Espíritu Santo para los que están dispuestos, anhelosos de aprender. No dejes nunca tu recámara en la mañana sin levantar tu corazón a Él, y diciendo: «Enséñame, oh Espíritu bendito, a permanecer en Cristo hoy: guárdame en comunión constante con Él; aunque no estoy pensando directamente en Él, concédeme que todavía esté permaneciendo en Él».

Confía en que haga esto. Y cuando sientas que se aparta de esta comunión, levanta tu corazón y di: «Oh, Dios mío, que eres la vida y la luz de los hombres, dame más de tu Espíritu, para que permanezca mejor en Ti».

Permanecer en Cristo no quiere decir que hay que estar pensando todo en tiempo en Cristo. Estás en una casa permaneciendo dentro de sus paredes o debajo de su techo, aunque no estás siempre pensando en la casa misma. Pero siempre sabes cuándo la dejas. El hombre no pensará siempre en el círculo de su dulce hogar; pero no obstante esto él y ellos pueden permanecer cada uno en el amor del otro. Y sabe instantáneamente cuando está en peligro de salir del amor tropical a la región ártica de separación. Así puede ser que no seamos siempre sensibles de la presencia revelada de Jesús; podemos estar muy ocupados en conexión con el deber necesario, pero luego que el corazón esté ocupado se enterará de que Él ha estado cercano todo el tiempo, y habrá un brillante relámpago de reconocimiento y una repetición de la exclamación del Salmista: «¡Tú estás cerca, oh Jehová!».

¡Ah, vida bendita, pasada en el pensamiento de su presencia, como los habitantes de las villas entre los Alpes viven bajo el esplendor solemne de algunas magníficas montañas nevadas!

Permanecer en Cristo quiere decir una vida de comunión con Él: decirle todo, hablar con Él de todas las ansiedades y acontecimientos, en voz alta como con un amigo familiar e interesado, pedirle consejos, detenerse para alabarle, adorarle y pronunciar palabras de amor, usar libremente sus recursos, como el sarmiento usa la savia y la vida de la vid, estar contento de ser un canal o conducto, mientras su poder y gracia siempre están fluyendo por Él, no ser sino el lecho de una corriente oculta de la vista bajo las aguas que se apresuran sin cesar hacia la mar... Esto es permanecer en Cristo; esto es lo que quiso expresar David cuando dijo: «Una cosa he pedido a Jehová, y ésta buscaré, que more yo en la Casa de Jehová todos los días de mi vida, para mirar la hermosura de Jehová y para inquirir en su templo».

Cuando se alcanza esta permanencia, la raíz proveerá todo el poder necesario para que se dé fruto. Me parece que he oído quejarse a los sarmientos diciendo que es del todo imposible extractar de ellos los purpúreos racimos del otoño. «¡Ay!», suspiran, «si usted desea fruto de nosotros, está esperando cosa imposible: nunca podremos producirlo». Pero no se espera que ellos lo produzcan; sólo tienen que estar quietos y dejar que

la raíz arroje su savia a través de sus conductos abiertos. Y será descubierto por la bendita experiencia que no es necesario hacer esfuerzo, sino que espontánea, natural y fácilmente los jugos de la planta brotarán manifiestamente y formaran racimos de deliciosas uvas. La dificultad no será para dar fruto, sino para no darlo. Hay todo un Cielo de diferencia entre fruto y obras, el fruto del Espíritu, y las obras de la carne.

Ojalá que aprendieran los cristianos que hay gran peligro en dirigir sus propias energías en la vida cristiana, y que su verdadero poder consiste en estar quietos, mientras Jesús, de su vida oculta en el Cielo, arroja para ellos su gracia, poder y bendición sobre la Palabra. Esta es la verdadera curación de la depresión por una parte, y del orgullo por la otra. De la depresión: por más débiles que seamos, nuestra debilidad no puede ser un obstáculo a la manifestación de su potencia. En verdad, será la condición preferible de la manifestación de su potencia; porque seguramente Él recibirá más gloria, si produce mucho fruto por medio de aquellos de quienes no podrían haberse esperado de otro modo semejantes resultados. Del orgullo: porque claramente el sarmiento no puede exaltarse como el creador del fruto, cuando ha sido sencillamente el conducto por el cual el fruto ha sido producido.

Toda la vida de la vid con sus sarmientos fructíferos es una parábola de abnegación. El único propósito de su existencia es el de dar fruto: «alegrar a Dios y a los hombres». No siquiera el dominio sobre los árboles puede compararse con esto (véase Jue. 9:13). Y la pasión que llenó el corazón de Jesús, y el nuestro también, si nos hemos empapado de su espíritu, es dar fruto a la gloria del Padre, o bendiciendo y salvando a los hombres. Nuestro Señor desea ardientemente revelar a los hombres aquellas bellezas ocultas de la naturaleza de Dios, que le han sido familiares desde antes del nacimiento del tiempo; y comunica sus deseos a sus verdaderos discípulos (véase Jn. 15:8).

Es claro, por lo tanto, que debemos dejar a un lado nuestro placer y nuestros planes y ganancias personales, con el fin de que su propósito se asegure. Dijo Santiago Elinton, que había mirado profundamente en el corazón de Cristo: «Si Dios pudiera darnos el mejor y más grande don, el cual sobre todos los demás podríamos anhelar y aspirar, aunque fuese con desesperación, sería éste: que nos concediera el privilegio que dio a su Hijo, ser usados y sacrificados para los fines mejores y más grandes».

¡Pero cuán pocos de nosotros hemos entrado en el espíritu de este pensamiento! Buscamos nuestra vida, nos excluimos, ambicionamos un poder breve, damos a otros lo que nos hace poca falta. Y así perdemos de nuestra vida su gozo y poder. Si tan sólo pudiéramos aprender a olvidarnos a nosotros mismos, en la abnegación diaria, considerando siempre lo que Jesús desea hacer por medio de nosotros y lo que mejor promoverá el mayor bien estar de las multitudes cansadas y trabajadas, entonces nuestro gozo estaría completo, viviríamos junto a la fuente de la vida, subiríamos con paso elástico a aquellas llanuras más altas de la experiencia, donde los hombres podían ver el pavimento de zafiros y la claridad de la luz del Cielo.

Capítulo 14

El secreto de la fuerza

Mientras se trababa la batalla en el campo fatal del monte Gilboa, en la que deseó David que nunca hubiera más rocío, como para expresar su horror de la tragedia que allí tuvo lugar, se nos dice que «arreció el combate en derredor de Saúl, y le alcanzaron los flecheros, y fue sumamente angustiado por los flecheros». Así se arroja una luz sobre las palabras del moribundo Jacob, en las que se refirió a la crueldad y malignidad que habían seguido a su amado José desde su niñez. «Le amargaron la vida», dijo el anciano, «y le asaetearon, y le persiguieron los diestros flecheros». Casi podemos ver los rostros de aquellos amargos enemigos, sus rostros rígidos con odio cruel, estirando las cuerdas del arco hasta sus orejas, mientras siguen corriendo tras las pisadas de su presa, amargándole la vida.

¿No es maravilloso que permaneciera su arco en fortaleza? Es una de las paradojas, de las cuales hay tantos ejemplos en la Escritura. Aquí están algunas de ellas: «Los cojos arrebatan la presa (...) Cuando soy débil entonces soy fuertes (...) Las cosas débiles del mundo ha escogido Dios, para avergonzar a los fuertes».

Estos son ejemplos entre muchos, en los que la debilidad e impotencia naturales del mortal es hecha suficiente para resistir los ataques del enemigo, y rechazarlos viniendo a ser más que victoriosos.

¿No se ha mostrado que esto es verdad también en nuestra propia experiencia? Nosotros somos también bastante débiles, y perseguidos cercanamente por nuestros enemigos, y a veces casi desesperamos. Y, no obstante, hemos continuado hasta ahora; y aún, hemos podido permanecer con algo de fuerza. El enemigo no ha prevalecido. Al momento cuando parecía a punto de ganar la victoria, de repente ha sido precisado a retirarse; sus legiones han sido esparcidas como por el aliento invisible de Dios. El fuego ha ardidido bajo el agua. Uno ha perseguido mil, y dos han hecho huir a diez mil.

El secreto no está oculto. Está claramente revelado en las siguientes palabras: «Fueron robustecidos los brazos de sus manos, por las manos del poderoso Dios de Jacob».

Es un hermoso cuadro. Allí está el niño débil en cuyos delgados brazos no hay músculos bastante fuertes para estirar la cuerda y doblar el arco que procura en vano usar. Resiste sus más grandes esfuerzos. Evidentemente no tienen ni poder ni fuerza.

Pero ahora sobre sus manos débiles están colocadas otras manos, manos poderosas, manos que tejieron la tapicería de los cielos y que tienen en sus huecos las profundidades de los mares: una de éstas está colocada donde la izquierda tiene el arco, la otra donde la derecha estira la cuerda. Y ahora con qué facilidad aquellas manos delgadas manejan el arco: es un juguete en sus manos y, aparentemente sin esfuerzo, la flecha vuela hasta el blanco. ¿No es esto lo que expresó David en días posteriores, cuando dijo: «Adiestra mi mano para la guerra, de manera que se doble el arco de bronce con mis brazos»?

Hay otro incidente en el Antiguo Testamento, que da una ilustración viva de estas palabras notables... A saber, Eliseo se acercaba a su fin; la vida suya había sido poderosa: como un carro de guerra con sus corceles briosos había libertado a su patria. ¡Qué maravilla era, pues, en aquel tiempo tan triste, cuando los desastres caían sin cesar sobre Israel y la casa real, que el rey bajara para recibir una palabra final que le animara y ayudara! La respuesta del vencedor moribundo fue notable. Parecía como si el corazón de un guerrero hubiera latido bajo el vestido del profeta, y que la pasión dominante hubiera flameado fuertemente a la hora de la muerte: «Trae un arco y flechas», dijo él.

Y el rey tomó arco y flechas. Entonces cuando el rey puso sus manos fuertes, musculosas y quemadas del sol sobre el arco, el anciano puso las suyas sobre ellas, y ambos tiraron la saeta de victoria por parte de Jehová por la ventana abierta hacia la salida del sol, donde más allá del valle del Jordán estaba la tierra de los Sirios.

Quizás este incidente conmovedor habría ilustrado mejor las palabras de Jacob, si las manos frías del profeta hubieran estado debajo de las manos calurosas y fuertes del rey. Sin embargo, el punto principal es notar la combinación y ver cómo la debilidad llega a ser apta para hechos poderosos, cuando uno permite ser amolado, guiado, manejado, usado por las manos de un poderoso hombre de valor. El apóstol, que se asemejaba más a Cristo, y era el más amado, nos dice un secreto cuando dice: «Nuestra comunión es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo».

La palabra traducida por «comuni3n» podr3a traducirse como «sociedad», esto es, los intereses comunes que puede tener el coraz3n santo con el poderoso Dios. ¡Ah, qu3 combinaci3n hay aqu3! ¡Nosotros no podemos, pero él s3 puede! ¡Nuestra debilidad suplementada por su fuerza! Nuestra impotencia casada en uni3n inmortal con su omnipotencia. Aqu3, en verdad est3 una balanza compensadora. Mientras menos hay de nosotros, y mientras m3s d3bil est3 nuestra condici3n, m3s esfera hay para el ejercicio de un poder ante el cual se rompen los cables como talos de paja; y por el cual la oposici3n es destruida como la telaraña tejida a trav3s de la senda del Jard3n es rota por el vestido del niño impetuoso corriendo en un éxtasis de vida exuberante.

La antigua leyenda nos relata que Ulises, volviendo a su casa despu3s de largos años, prob3 su identidad doblando un arco que hab3a desafiado los esfuerzos de los h3roes m3s fuertes, quienes hab3an probado hacerlo en su ausencia. Hay muchos de estos arcos desafiadores en nuestro derredor: tareas que se burlan de nuestros d3biles esfuerzos, iglesias vac3as que no quieren llenarse, vecindades malas que no quieren ceder, suelos duros que no permiten que el arado entre en su corteza. La nica cosa que necesitamos asegurarnos es si es o no la voluntad de Dios que los acometamos: si no, es inútil que nos esforcemos en hacer la tarea; haremos mejor en economizar y reservar nuestras fuerzas.

Pero si se nos revela claramente que es nuestro deber tomar la armadura, m3todos, instrumentalidades, usados antes por manos gigantescas, pero ahora tan poco convenientes a estos tiempos m3s pobres -como la armadura de la edad de la hidalgu3a se burla de la estatura m3s pequeña de los guerreros modernos-, no vacilemos ni un s3lo momento; tomemos la armadura de la defensa y las armas para atacar y, al hacerlo, sentiremos que est3n infundi3ndose en nosotros fuerzas que no son nuestras, sino las suyas. Acaso ser3n robustecidos los brazos de nuestras manos por las manos del poderoso Dios de Jacob.

La condici3n de esta fuerza es nuestra conciencia de la completa debilidad. Somos demasiado fuertes para que Dios nos use. Nuestra confianza en nosotros mismos le excluye de nuestra vida. Necesitamos ser llevados al arroyo de Gede3n; all3 podemos ser reducidos al m3nimo de nuestras propias energ3as, y ser llenados hasta el m3ximo de las suyas. Fue esto lo que hizo a Pablo gloriarse en sus flaquezas, siendo que otros hombres hab3an pensado que sus flaquezas les prohib3an la utilidad cristiana. El opinaba que éstas

eran la mayor razón para esperar éxito. Si le hubieran dicho que faltaba la elocuencia a sus palabras, o que su apariencia era poco atractiva, o que su espina en la carne le hacía un inválido en el ejército de Cristo, habría contestado: «Yo me regocijo en todo ello, sí; yo me glorío en ello. Doy la bienvenida a todos estos benditos argumentos a favor del abatimiento personal, y de contar más completamente con el gran poder de Cristo».

No sigas suponiendo que no puedes doblar el arco de dificultad que está a tus pies. No puedes hacerlo tú solo, pero Dios y tú unidos podéis hacerlo. No procures solo sentirte capaz de hacerlo antes de alzarlo del suelo. Nunca te sentirás con fuerzas para hacerlo; pero cuando lo tomes en las manos y procures doblarlo, hallarás que según tus días, serán tus fuerzas. En el acto de levantarse el parálítico recibió fuerzas para estar parado. Obra como si tuvieses poder omnipotente; y descubrirás que lo tienes en alianza contigo, y obrando por medio de ti, para la realización de propósitos de los cuales no has osado soñar en la más extravagante fantasía.

«Toda potestad -dijo nuestro Señor- me ha sido dada en el Cielo y sobre la Tierra: id pues, y enseñad». Y se añade con bendito énfasis, por otro evangelista, y en hermosa corroboración del espíritu de éstas palabras: «Ellos, saliendo, predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos, y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban».

Esta no era una circunstancia extraordinaria; es sencillamente el estado normal de los que se han cedido como conductos para que el poderoso Dios obre en su vida.

Un telégrafo puede llevar tan fácilmente el poder producido por el Niágara como para una rueda movida por agua, para iluminar una ciudad lejana, mover alguna vasta maquinaria. Y podemos ser vehículos por quienes el poder Divino puede influir en un mundo perdido. Hasta ahora nuestra energía y poder han pasado por nosotros como un lento tren de carga sobre los rieles, pero que tan fácilmente soportan la rapidez del expreso. No hay razón para que, desde este momento, cada lector piadoso de estos renglones no llegue a ser un conducto por el cual el poderoso Dios de Jacob obre alguna exhibición maravillosa de poder. Y cuando esto acontezca, no habrá envidia ni orgullo, porque será obvio que tiene pleno derecho de usar la vasija que le guste, y la gloria del resultado debe darse a Aquel cuya mente ideó y cuyo poder ejecutó el hermoso y bendito resultado.

Capítulo 15

El secreto de la bendición

A qué éxtasis se elevó el anciano al describir la felicidad de este hijo favorito. En verdad le faltó el lenguaje. Sus palabras titubearon bajo el peso de la significación que impuso en ellas. Recordando las bendiciones que sus progenitores habían invocado sobre sus primogénitos, y acordándose de las palabras memorables que en aquel momento extraño de emoción mezclada, el patriarca Isaac había pronunciado hacía años sobre su propia cabeza inclinada, declaró que sus bendiciones superaban a las bendiciones de todos los que le habían precedido. Y entonces como acostumbra los ancianos, se alejó de los llanos arenosos de Egipto, no interrumpidos por montes o cerros, al país montañoso de sus primeros años, y declaró que su deseo por la felicidad de José se elevaba sobre cualquiera otro, como los collados eternos se levantan sobre los llanos que se extienden al pie de ellos.

Pero aunque hubiera seguido amontonando metáfora sobre metáfora, hipérbole sobre hipérbole, no podría haber hecho sino insinuaciones vagas de aquel peso de gloria y bienaventuranza que son nuestras en Aquel de quien José era un representante y tipo imperfecto. Aun las multiplicadas bienaventuranzas de Deuteronomio 27 no hacen más que proporcionar el mero bosquejo para que la llenemos con colores tomados de las paletas de los evangelios y epístolas. El último vislumbre que tuvo la compañía apostólica del Señor que ascendía fue el de sus manos extendidas en bendición. Así nos dejó, así continúa al través de los siglos. Todavía está sentado sobre el monte, llamando así a sus discípulos y diciéndoles: «Bienaventurados».

Y en Apocalipsis se registran varias bienaventuranzas adicionales, parte de una grande multitud que ningún hombre puede enumerar, siempre procediendo de sus queridos labios: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos ha bendecido en Cristo con toda suerte de bendiciones de ritual en las regiones celestiales».

El padre terrenal tiene que morir, pero el Padre Celestial permanece como una ayuda presente y segura: «El Dios de tu Padre te ayudará».

En toda emergencia podemos oír su voz quieta y apacible que nos aquietta nuestros temores, diciendo:

«¡No temas porque contigo estoy Yo!

¡No desmayes, porque Yo soy tu Dios!

¡Te fortaleceré, sí, te ayudaré, te sustentaré con la diestra de mi justicia!».

Bien podemos unirnos con un escritor sagrado diciendo osadamente: «Jehová es por mí; no temeré. ¿Qué puede hacerme el hombre?».

Y con el apóstol que más que la mayor parte de los hombres había aprendido a confiar en la ayuda de Dios: «Habiendo pues recibido la ayuda de este Dios, quedo firme hasta este día».

Ayuda de Dios no viene, por lo regular, milagrosa u obviamente. Se introduce tan paulatinamente en nuestra vida como la hierba de la primavera viste los collados con vestiduras frescas y verdes. Antes de que los hombres puedan decir: «¡He aquí está!», repentinamente ha comprendido nuestra necesidad y la ha aliviado. Una sonrisa, una flor, una carta, algunas notas de música, la pintura de un panorama montañoso, un libro, la visita de un amigo: tales son las maneras en que Dios viene a ayudarnos; no ayudándonos con mucha anticipación, sino por un sólo momento a la vez. No dándonos más fuerzas que las necesarias lo cual nos infundiría orgullo, sino supliendo nuestra necesidad al paso que se presenta la ocasión.

A veces el Todopoderoso nos ayuda infundiendo en nuestros corazones su sabiduría, gracia y fuerza; a veces manipulando las circunstancias a favor nuestro; y otras inclinando a enemigos a hacer las cosas que necesitamos. Pero el conducto importa poco: sólo descansenos con confianza en la certidumbre de recibir lo que necesitamos. Puede ser que se tarde hasta el último momento; pero vendrá: «Dios la ayudará al rayar la mañana» (Sal. 46:5).

Si el último correo ha venido sin traer la ayuda esperada, entonces espera aún... «Ninguno hay como el Dios de Jesurún, el que viene cabalgando sobre los cielos en tu auxilio, y en su majestad sobre las nubes».

Cuando se acaban los piadosos y desaparecen los fieles de entre los hijos de los hombres, no hay exclamación que convenga tanto a nuestros labios, como las palabras breves con que el salmista comienza el Salmo 12; y ésta es la respuesta atestiguada por la experiencia antigua, y por el espíritu de la inspiración: «El Dios de tu padre te ayudará».

Todo lo que es Dios, y todo cuanto tiene, lo ha depositado en nuestro bendito Señor Jesús, como Fideicomisario y Representante de lo suyo: «Por cuanto agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud» (Col. 1:19). Es gloriosamente cierto, que «en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en Él» (Col. 2: 9 y 10).

Esta plenitud de bendición celestial está guardada para nosotros en Jesús, como el agua recogida en los países orientales para su uso en la larga seca. Siendo la única diferencia que en el último caso el sol la puede secar, o el dique romperse, o que sea más grande la demanda que la provisión, pero en el caso de Cristo, la provisión nunca ha cesado de ser abundante. A pesar de todas las demandas hechas a Él por los santos necesitados a través de los siglos, está tan lleno a esta hora como en cualquier tiempo. Y es que el sol podrá brillar con menos resplandor, la luna marchitarse por los siglos, el curso de la naturaleza gastarse con más prontitud de lo que los procedimientos de reparación puedan renovar, pero los tesoros de Jesús son absolutamente como fueron cuando, en el primer éxtasis de la gloria de su Ascensión, se sentó a la diestra del trono de Dios...

«Ellos perecerán, mas Tú permanecerás; y todos ellos, como una vestidura, se gastarán; los mudarás como un manto y serán mudados. Tú empero eres Él mismo y tus años nunca se acabarán». La diferencia no está en ninguna distinción arbitraria en el repartimiento Divino, porque Dios da a cada uno de nosotros todo lo que tiene y es; y a cada uno dice: «Todo lo que tengo es tuyo».

Pero la diferencia está en el uso que cada uno hace de su porción divina. Es como si un padre terrenal legará a cada uno de sus cinco hijos una suma importante de dinero. Uno no puede creer que una suma tan grande esté a su crédito en el banco, y así no la usa de manera alguna, vive como un limosnero, y muere en un asilo de pobres. Otros pueden creer que hay dinero a su crédito, y se valen de la fortuna hasta ese límite, agradecidos de tener tanto, pero temiendo extralimitarse. Mientras, el quinto, y más joven, cree que el padre no ha prometido lo que no podía cumplir, y así sigue reclamando más y todavía más, hasta que todo su patrimonio ha sido absorbido; y entonces descubre que una provisión en el testamento de su padre también le permite usar todas las sumas no empleadas que habían sido puestas en crédito de sus hermanos, pero las cuales habían dejado de usar: «Quitadle el talento, y dadlo al que tiene los diez talentos. Porque a todo aquel que tiene le será dado, y tendrá abundancia».

Las mismas riquezas indecibles son para cada uno: pero algunos no usan su porción legítima. Otros sólo usan una parte; y comparativamente corto es el número de los que se valen libremente de la toda suficiencia de Jesús.

Es la obra del Espíritu Santo comunicar al alma esta bendición celestial. Desde su trono el Maestro siempre está enviando buques bien cargados bajo el convoy y dirección del Espíritu Santo, que glorifica a Cristo revelando lo que es, y haciendo que nosotros seamos los felices recipientes de gracia sobre gracia.

¡Qué bienaventuranza podría ser nuestra si tan sólo abriéramos todos los puertos de nuestro ser a los buques celestiales que traen para nosotros tesoros de todos los vientos del Cielo! Sería en el Reino interior, como se dice que fue en Jerusalén en los días cuando la marina de Hiram traía a ella las riquezas del Oriente: «E hizo el rey que la plata fuese en Jerusalén como las piedras; y en cuanto a los cedros, los puso como los cabrahigos que se hallan en la Cefela, por su abundancia».

Hemos de estar en este mundo como lo estaba nuestro Maestro. A saber, hemos de tener semejante acceso al trono de la gracia y el mismo poder en la oración, participar de su gozo, su paz, su potencia, ser los miembros del cuerpo por los que obra, y en el que gasta cuidado tierno, vigilando y nutriéndolo, ser sus amigos a los que comunica aquellas cosas sagradas que su Padre le revela. Hemos, en definitiva, de ser tan llenos de toda la plenitud de Dios, tan fuertes, sanos y robustos, que no haya «ni un enfermo en sus tribus», «y el más débil de entre ellos será como David, y la casa de David, como Dios, como el Ángel de Jehová delante de ellos». Todo esto es el propósito de Dios a favor de nosotros, y podría ser nuestro si tan sólo nos animáramos a reclamar por fe lo que es nuestro, por el don del Padre celestial y la compra de la preciosa sangre.

Es muy probable que las siguientes palabras se refieran a algún pensamiento de que debajo de la superficie de la tierra hay grandes profundidades de agua que proveen los «arroyos de aguas, de fuentes y hondos manantiales que salen por los valles y por las montañas». Hay verdad física en ello y, sobre todo, verdad espiritual. Porque las profundidades tienen también bendiciones para nosotros. Las cosas profundas de Dios, que traspasan la comprensión del hombre natural: «...que ojo no vio, ni oído oyó, y que jamás entraron en pensamiento humano (...) las cosas grandes que ha preparado Dios para los que le aman».

¡Qué profundidades son éstas! La profundidad de su presencia y consuelo eterno, la profundidad de su concierto que arroja un arco iris sobre el oscuro misterio del mal, ordenado en todo y seguro, la profundidad de un amor que quisiera descender a la vergüenza y agonía, que quiso mejor cargar con nuestros pecados que perdernos, la profundidad de su maravillosa paciencia que no se cansa en medio de nuestra petulancia molesta y frecuentes apostasías... ¡Ah, qué profundidades son éstas! Un abismo llama a otro abismo, así como una ola persigue a otra ola; y el Atlántico llama al través del Istmo de Panamá al gran Pacífico, el océano de las mil islas. ¡Hay en que pensar! Cuán insensatos somos así alimentando en sentido exterior, dejando que la visión espiritual se oscurezca por falta de uso; y llegamos a conocer tan poco del gran abismo que llamamos Dios, que nos rodea como el mar de verano lo hace con el islote de coral que flota sobre su superficie. Estas son cosas en que los ángeles desean ver, y se detienen para mirarlas; pero desafortunadamente rehusamos imitarlos, y trocando la actitud del apóstol, miramos las cosas que se ven antes que a las cosas que no se ven y que son eternas...

«¡Los hondos que abajo yacen!» El hombre oriental se gloria en el número de sus hijos: «Dichoso el hombre que ha llenado su aljaba de ellos», es la gozosa respuesta al mandamiento primitivo. «Sed fecundos y multiplicáos y reproducíos abundantemente en la tierra». Ni era necesario temer la multiplicación de los hijos en una tierra donde se necesitaban pastores para cuidar rebaños, y las doncellas de alta alcurnia no se negaban a hacer lo que llamaríamos trabajo servil. Entonces había abundantes espacios en los terrenos ondulados, o sobre las extensas raídas de los cerros, para la vasta expansión de las artes de la vida, para la labranza y agricultura.

Bajo semejantes circunstancias, los niños eran gozosamente recibidos, pues servían para la defensa y el engrandecimiento de la familia; y deben haber estado semejantes pensamientos en la mente del moribundo Jacob.

Hay un sentido en el que podemos decir que Dios no tiene bendición más alta que dar, que permitirnos ver muchos hijos espirituales. Ser saludados como el instrumento de la salvación de muchos que, a no haber sido por nosotros, nunca habrían conocido a Cristo en su salvación; anticipar el momento de pararnos con ellos delante de Dios, diciendo: «He aquí yo y los hijos que el Señor me ha dado».

Pensar en los círculos de influencia que se extienden cada vez más, que tienen que extenderse de cualquier alma verdaderamente nacida para nuestro Redentor... ¿Hay debajo del sol un gozo más puro que este? Pero esta bendición está dentro de nuestro alcance, por la gracia de Dios.

Sin embargo, no debemos olvidar la condición, de la que dependen todas estas bendiciones: «Estarán sobre la coronilla del nazareno, separado de entre sus hermanos».

No debemos esperar que podamos recibir aquellas bendiciones preciosas de Dios, a menos que nos dediquemos exclusivamente a Él y a su servicio. Da sus premios, como el mundo da los suyos, a las que se dedican completamente a sus ocupaciones. José no sólo estuvo separado de su padre y hermanos por la distancia que había entre Egipto y Canaán, sino por la índole de su mente cuando vivía en medio de ellos. Sus propósitos no eran los suyos; ni participaban ellos en los de él. Su corazón estuvo absorto en designios y deseos que no hallaron lugar en los suyos, y los cuales habrían sido tratados como intrusos. Y fue esta conciencia lo que los amargó contra él, y condujo a su expulsión violenta de en medio de ellos. Los ciudadanos de la Feria de vanidad no pueden soportar a las peregrinos, cuyo vestido es rudo, cuyos rostros están vueltos hacia una meta más allá de su ciudad, y quienes se apresuran por sus calles, clamando: «Nosotros compramos la verdad».

Nosotros también debemos saber y estar separados; no adoptando ninguna moda especial de vestido, sino cultivando aquel carácter interior, que confiesa que su verdadero hogar está más allá de las estrellas; que su propósito es hacer la voluntad de Dios, y que su ambición más alta es ver la sonrisa del Maestro cuando dice: «¡Bien hecho!».

Y una vez que la voluntad ha asumido esta posición, negándose muchas cosas por la única cosa, no sólo hay una gran paz en el corazón, sino que hay una apreciación creciente que hemos descrito inadecuadamente. Parecen presentarse a la visión como más grandes; hacerse más reales, y preciosas, y satisfactorias, hasta que extasían el alma con su fascinación separándolas aún más de las vanidades pasajeras del tiempo. Estas dos índoles accionan y reaccionan. Por un lado escogemos la felicidad de vida separada, porque Dios nos manda hacerlo; y por otro lado mientras más sabemos de ella, más nos enajenamos de los deleites con que el mundo atrae a sus adoradores, y decimos como el salmista:

«¡Oh Jehová, no se ha ensoberbecido mi corazón, ni se han entristecido mis ojos; y no me he ocupado en asuntos muy grandes, ni en cosas demasiado maravillosas para mí. Sino antes he sosegado y acallado mi alma, como el niño destetado sobre el pecho de su madre; como el niño destetado es mi alma dentro de mí».

Capítulo 16

Los últimos días y la muerte de José

Estas fueron las últimas palabras de José: «Dios de seguro os visitará, y haréis llevar mis huesos de aquí». Y es algo notable que estas sean las únicas palabras en toda su carrera a las que se hace referencia en las páginas subsecuentes de la Escritura. Su vida fue noble y con una sola excepción, la más encantadora en el Libro sagrado; pero sus últimas palabras al morir son escogidas de entre todas las demás, siendo notadas especialmente por el Espíritu Santo. Por supuesto me refiero a aquellas palabras de Hebreos: «Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio orden respecto a sus huesos» (He. 11:22).

Veamos las circunstancias bajo las cuales se pronunciaron estas palabras... José ya era anciano. Ciento diez años le habían robado las fuerzas y dejado profundos surcos en su figura. Hacía noventa años desde que había sido sacado del pozo para venir a ser un esclavo. Ochenta años habían pasado desde que se había parado por primera vez ante Faraón en toda la hermosura y sabiduría de su joven hombría. Y sesenta años habían dejado sus registros escritos en papiros en los archivos del Estado, desde que con toda la pompa y esplendor de la corte de Egipto había llevado los restos de su anciano padre a la antigua cueva de Macpela. Tan anciano era que había visto los rostros alegres de sus tataranietos: «Fueron criados sobre las rodillas de José».

Con una larga vida y muchos días, Dios había bendecido a su fiel siervo. Y ahora encorvado bajo su peso descendía con rapidez al fin de la vida natural. Pero las sombras de su propio decaimiento eran pequeñas en comparación con las que vio rodeando a su amado pueblo. Sesenta años antes, cuando Jacob recogió sus pies en el lecho y murió, su hijo favorito estaba en el cenit de su gloria. Los días de luto por el patriarca, justamente porque era el padre de José, no fueron sino dos menos que los de un rey. No hubo dificultad en obtener de Faraón el permiso necesario para ir a trescientas millas a enterrar los restos al lado de los de Abraham y Sara, de Isaac y Rebeca y de Lea.

Y en verdad aquella procesión fúnebre debe haber sido de un género no visto con frecuencia. No sólo estaba allí la familia de Israel, sino los oficiales de la corte, y todos los ancianos de la tierra de Egipto. En otras palabras, los

magnates de orgullosos títulos de Egipto, la más exclusiva aristocracia en el mundo, no vacilaron en seguir los restos de un pastor y judío a su último descanso, para honrar a su hijo: «Subieron también con él carros y gente de a caballo; y era el cortejo muy grande».

Pero sesenta años habían traído grandes cambios de los que hay evidencias en el texto. Cuando murió Jacob todo fue brillante, y fue honrado con unos funerales espléndidos, porque había dado a la tierra de Egipto un bienhechor y salvador tan grande en la persona de su hijo; pero cuando José murió, todo se había oscurecido, y la sombra de un eclipse cayó sobre los destinos de su pueblo. Parece que nadie en Egipto se fijaría en su muerte. No acordaron honrarle con ningunas espléndidas exequias a expensas públicas. Ninguna pirámide fue ofrecida a sus hijos. Y las palabras dirigidas a sus hermanos que le rodeaban denotan que tenía mucha necesidad de ayuda. Es como si hubiera dicho: «He hecho lo mejor que pude por vosotros, pero yo me muero; mas Dios tomará mi lugar, y hará por vosotros todo, y más que todo, lo que yo mismo habría hecho».

Hay un tono de consuelo en estas palabras, que indican cuánto necesitaban de un abogado en la corte, y la seguridad de una visitación Divina. Trescientos años antes, el gran fundador de la nación había velado todo el día al lado de un altar, espantando a los buitres que revoloteaban sobre él. Al fin poniéndose el sol el velador durmió -es difícil velar con Dios-, y dormido soñó. Una oscuridad densa y terrible parecía rodearle y oprimir su alma, y sobre ella, como sobre una cortina, pasaron vislumbres sucesivos del futuro de su raza, vislumbres que una voz Divina interpretó a su oído.

Los vio desterrados a un país extranjero, esclavizados por el extranjero, y permaneciendo allí mientras tres generaciones de hombres florecieron como las flores de la primavera, y fueron cortados por la afilada hoz de la muerte. Y al ver todo el terror de aquella esclavitud, un horror de gran oscuridad cayó sobre su alma. Sabemos cuán exactamente fue justificado aquel horror por los acontecimientos que tan pronto habían de verificarse: «Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con rigor y les amargaron la vida con dura servidumbre, en hacer argamasa y ladrillos y con toda suerte de labores del campo; todo el servicio con que se servían de ellos, era con rigor».

Los primeros síntomas de aquella explosión popular de odio contra los hebreos, como lebreles estaban ya tempestuosos revoloteando alrededor del lecho de muerte del gran primer ministro egipcio.

No podemos distinguir la forma exacta de estos síntomas. Tal vez había sido excluido de los consejeros de Faraón; tal vez languidecía en el olvido; tal vez las murmuraciones de descontento contra su pueblo ya se levantaban, justamente como el rumor de las rompientes contra el barco del puerto está despertando su furor; tal vez actos de presión y crueldad se hacían numerosos, y era cada vez más difícil la justicia. De todos modos, el crepúsculo de la oscura noche había comenzado; y fue esto lo que hizo que sus palabras fuesen más espléndidas: brillaron como estrellas de esperanza. Además de esto, sus hermanos estaban a su alrededor. Su perdón y amor para con ellos duraron hasta la hora de la prueba hecha por aquel gran ensayador: la muerte.

No faltaron ellos. Por algo que se narra en los versículos anteriores de este capítulo, parecería que por mucho tiempo sus hermanos, juzgando de él por sus propios corazones oscuros e implacables, no podían creer en la sinceridad e ingenuidad de su perdón. Creían que fingía más de lo que sentía, con el fin de asegurarse algún fin ulterior, tal como la bendición y la aprobación de su anciano padre. Así temieron que luego que fuese quitado Jacob, el justo resentimiento de José, por tanto tiempo ocultado con maestría, estallaría contra ellos. Parecía imposible creer que no sintiera ningún rencor, y no hiciera nada absolutamente con referencia al pasado; y dijeron: «Quizás nos aborrecerá José, y nos devolverá con creces todo el mal que nosotros le hicimos».

Y lloraba José mientras hablaron con él; lloró porque ellos le entendieron tan mal, después de sus repetidas aseveraciones; lloró al verlos arrodillados a sus pies, pidiendo un perdón que les había otorgado libremente años antes... «No temáis -dijo él, en efecto -, no os arrodilléis allí; yo no soy Dios. Vosotros os propusisteis contra mí el mal; pero Dios lo propuso para bien, a fin de hacer lo que hoy se ve, a saber, conservar la vida de mucha gente». Bien podía ser maravilloso este perdón para estos hombres; porque no era de ninguna manera de este mundo.

El Señor Jesús, que ilumina a todo hombre que viene al mundo, estaba en el corazón de José, aunque menos claramente en el credo de José; y su conducta era un presagio del amor encarnado. ¡Lector! Él espera perdonarte a ti así, aunque al principio le hayas vituperado, negado y crucificado, y le hayas expuesto a la ignominia pública; no obstante todo esto, espera perdonarte tan completamente, que ninguna de estas cosas sean vueltas a mencionar contra ti; si se buscan, y aun cuando se busquen, nunca serán

hallados, así como no se puede hallar una piedra que ha sido echada en las olas del Atlántico. ¡Oh, da crédito a Cristo por su perdón tan libre y entero! Y acuérdate de que cuando una vez te ha perdonado, es innecesario, y muestra falta de fe el acto de acudir a Él de nuevo acerca del mismo pecado. No puede perdonar el mismo pecado dos veces; y cuando una vez ha pronunciado las palabras de absolución sobre un penitente arrodillado, no es necesario que ese penitente vuelva a Él, como lo hicieron los hermanos de José, para decir: «Perdona, te ruego, mi delito y pecado, tocante al cual vine a ti, como tú lo sabes, con ruegos y suspiros hace tantos años».

Se dice del Señor Jesús que, habiendo amado a los suyos que estuvieron en el mundo, los amó hasta el fin; o como se puede traducir: «hasta no poder más». Puede salvar hasta lo sumo, porque ama hasta lo sumo. Así fue con el amor de José; había sobrevivido a las escarchas de la temprana primavera, y dio fruto y se veía fresco ahora en el otoño de sus últimos días. ¡Ojalá que nosotros pudiéramos amar y perdonar como éste! Es posible bajo una sola condición; esto es, que abramos nuestros corazones para la entrada y morada de Aquel que, tanto tiempo antes de su encarnación, ya había hallado un hogar en el corazón de este gran estadista egipcio.

Al fin, murió. Había salvado a Egipto de la muerte; pero no pudo defenderse a sí mismo contra ella. «Yo me muero»; fueron las últimas palabras que había oído de los labios de su padre moribundo (véase Gn. 48:21), y ahora se las apropia; y al hacerlo, toca el cenit de su noble confianza y esperanza. Ojalá que cada uno de nosotros brille más y más cada día hasta el último, y que, cuando la carne y el corazón estén desfalleciendo, muy conspicuamente, la vida del espíritu resplandezca con sus más brillantes fulgores, como las teas encendidas de los cántaros quebrados de Gedeón. No hay mejor prueba de inmortalidad que ésta: que en nosotros debe haber algo más que carne y sangre; que cuando éstas están más deterioradas, es más brillante y más consciente de las realidades del mundo eterno. Y debe haber una esfera apropiada al habitante etéreo, que esta tan anheloso y deseoso de entrar, con vitalidad no disminuida y vigor inextinguible.

Fue bajo todas estas circunstancias que dijo José: «De seguro os visitará Dios; y haréis llevar mis huesos de aquí». Comparémoslas con el deseo del moribundo Jacob: «Enterradme con mis padres en la cueva que está en el campo de Macpela».

Esto era muy natural: todos queremos ser sepultados junto al polvo de nuestros seres perdidos. Y Jacob sabía que no había gran dificultad en llevar a cabo su deseo. José gozaba entonces de la plenitud de su poder. Por esto no había gran fe en pedir lo que podía cumplirse tan fácilmente. Pero en cuanto a José, era distinto. Él también quería ser sepultado en la tierra de Canaán; pero no inmediatamente: no entonces... Esperaba que sucedieran dos cosas: la una, que el pueblo saliera de Egipto; y la otra, que entrara en la tierra de Canaán. No sabía cuándo ni cómo; sólo estaba seguro de que sucedería así.

Para la visión natural de José estas cosas eran muy improbables. Cuando él habló, Israel estaba establecido en Gosén, y aumentándose tanto en número y en valor que se hacía cada día más improbable cualquier cambio a otra parte. Y en cuanto a la opresión que tal vez comenzaba a amenazarlos ¿qué esperanzas habría jamás para escapar de los escuadrones de la caballería de Egipto, suponiéndose que desearían irse?

Pero esta expectación no estaba fundada sobre la previsión humana, sino sobre los anuncios distintos del Todopoderoso. Se acordó de cómo Dios había dicho a Abraham, mientras estaba en su oratorio montañoso: «Alza los ojos y mira desde el lugar donde estás, hacia el norte, y hacia el sur, y hacia el oriente, y hacia el occidente; porque toda la tierra que ves, te la daré a ti y a tu simiente para siempre».

Aquella promesa fue repetida a Isaac: «A ti, y a tu simiente daré todas estas tierras, restableceré contigo el juramento que juré a Abraham tu padre». Otra vez fue reiterada aquella promesa a Jacob mientras estuvo acostado al pie de la resplandeciente escalera: «La tierra en que estás acostado, te la daré a ti y a tu simiente».

Esta promesa había sido cuidadosamente atesorada, así como en la antigua carrera griega pasaban el uno al otro el hacha encendida. Jacob en su lecho de muerte volvió a asegurarles que Dios no dejaría de traerlos a la tierra de sus padres; José volvió a animar a la compañía temblorosa que le rodeaba con la misma esperanza. En la memoria de todos estos hombres la palabra hablada doscientos años antes era como un repique de campanas de plata en una torre alta: «ellos volverán acá». José no pudo trazar el método de la obra Divina; le bastaba saber que Dios le había dicho: «Volverán acá» (Gn. 15:16).

Y así mandó que sus huesos no fuesen enterrados, de modo que en cualquier momento, por más prisa que tuvieran, cuando sonara la trompeta del éxodo, pudieran estar listos para ser alzados y llevados adelante en la gozosa marcha a Canaán.

¡Qué lección enseñarían aquellos huesos sepultados! Cuando los capataces los oprimieron, de modo que sus corazones desfallecieron, debe de haber sido consolador ir y mirar el ataúd que contenía los restos de José, que esperaban allí para ser llevados adelante; y al hacerlo, sin duda reflexionaban: «Evidentemente, José creía que no habríamos de quedarnos aquí para siempre, sino que tarde o temprano saldríamos para Canaán. ¡Animémonos a sufrir un poco más! Puede ser que sea muy corto el tiempo».

Y cuando algunos de ellos fueron tentados a contentarse con las circunstancias prósperas y a alimentarse con cohombros, ajos y cebollas, se sentían reprimidos cuando pensaban en aquellos huesos, y decían:

«Evidentemente no hemos de quedarnos aquí para siempre: haríamos bien en no fundar toda la esperanza y consuelo en nuestra insegura posición de este lugar». Y con frecuencia, cuando el pueblo estuvo para desesperarse en medio de las dificultades de su marcha por el desierto, aquellos huesos llevados entre ellos les hablaron de la confiada esperanza de José de que Dios los llevaría a la tierra de descanso.

Nosotros no tenemos huesos insepultos para animar nuestra fe, o para reanimar nuestro celo enflaquecido; pero tenemos algo mejor: tenemos un sepulcro vacío. ¡Oh, de qué volúmenes nos habla silenciosamente aquel sepulcro! Cuando murió Juan el Bautista, sus discípulos se dispersaron; cuando murió Jesús, sus discípulos no sólo se quedaron juntos, sino que cobraron un vigor del todo nuevo. ¡Y con mucha razón! La diferencia fue causada por aquel sepulcro vacío, en el jardín de José de Arimatea. Y lo que hizo por ellos hará por nosotros. Nos dice que se ha levantado. Y nos dice que no la muerte, sino la vida, ha de ser el ángel de la guarda de nuestra marcha por el desierto, que este mundo no es nuestro lugar de descanso ni nuestro hogar, sino que debemos buscar éstos arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Nos dice que la resurrección no sólo es posible, sino cierta; y que antes de mucho estaremos donde está Él. Ciertamente, el Señor nos acompañará por la senda del desierto, hasta que vayamos a estar con Él, donde la sombra de la muerte nunca se arroja sobre flor, o hijo o amigo.

Démos cuenta del espíritu que era la razón fundamental de aquellas palabras y el motivo: sobre todo era un espíritu de peregrino. José tenía un título egipcio. Casó con una mujer egipcia. Participó en la vida de una corte egipcia, en la política y el comercio egipcios. Pero era tan peregrino como lo era Abraham cuando levantó su tienda fuera de los muros de Hebrón, o Isaac en los llanos verdes del mediodía, o Jacob guardándose separado de las familias de la tierra. Llenó su lugar en la corte de Faraón; pero sus palabras al morir abren una ventana en su alma y revelan cuán poco sentía que pertenecía al orden de las cosas y se había contentado para vivir. Aunque rodeado por una civilización antigua y morando en medio de templos de granito y pirámides sólidas y esfinges de bases firmes, los mismos emblemas de la eternidad, confesó que no tenía aquí ciudad permanente, sino que buscaba la que está por venir.

A veces obramos como si el espíritu del peregrino fuese imposible para nosotros que vivimos en este estado establecido de civilización. Nuestras casas están demasiado sólidas; nuestras vidas demasiado libres de lo romántico; nuestros movimientos demasiado ligados a un pequeño círculo. Pero si aquel pensamiento volviera a cruzar nuestra vida, volvámonos a la vida de José, y recordemos cuán evidentemente fue animado por el espíritu de aquellos que «confesaron que eran extranjeros y transeúntes sobre la Tierra».

¡Ah! amigos, ¿qué propósitos tenemos en la vida? ¿Están limitadas nuestras ocupaciones por el pequeño horizonte de la Tierra, y atadas a los momentos fugaces del tiempo? ¿Nos empleamos de continuo en forrar lujosamente el nido en que esperamos pasar nuestra vejez y morir? ¿Procuramos sin cesar sacar lo mejor de este mundo? Temo que éstos sean los propósitos de muchos que profesan ser cristianos; y si es así, es inútil que pretendan tener parentesco con aquella gran compañía de peregrinos, que de continuo desfila por la Tierra, dirigiéndose a la ciudad que tiene fundamentos, su verdadero hogar y patria.

Por otra parte, es muy concebible que encabece un gran establecimiento, ocupado en muchas empresas permanentes, íntimamente amarrado al presente por deberes imperiosos; no obstante, como José, y no obstante tu corazón puede estar separado de cosas visibles y temporales, y ocupado en todos sus anhelos sagrados, en cosas invisibles y eternas.

El espíritu del peregrino no nos hará poco prácticos. José era el hombre más práctico de su tiempo. ¿Quiénes serán tan dados a ser tan prontos, tan enérgicos, tan cumplidos, como los que sienten que están trabajando para la eternidad y que están construyendo día tras día un edificio en que vivirían en el futuro? Cada día está construyendo carácter bueno o malo; cada acto, bien o mal ejecutado, es una piedra en el edificio; cada momento tiene su influencia sobre la eternidad. Recibiremos un galardón conforme a nuestras obras.

Pero el espíritu del peregrino nos hará sencillos. Hay dos géneros de sencillez: la de las circunstancias y la del corazón. Muchos hombres se sientan a comer leche y pan en una mesa de pino con un corazón orgulloso hasta no poder más, mientras otros muchos que comen en plato de oro son tan sencillos como Cincinnato siguiendo su arado. El mundo no puede entender esto. Pero aquí en José tenemos un ejemplo. Amigo mío, no es el dedo sin anillo, ni el vestido humilde, ni el aposento sin muebles lo que constituye una vida sencilla y no afectada.

¡Qué contraste hay entre las primeras palabras de Génesis, y las últimas! Escuchemos las primeras palabras: «En el principio, Dios». Escuchemos las últimas palabras: «Un ataúd en Egipto». ¿Y es esto todo? ¿Toda la obra de Dios ha de acabarse en un pobre ataúd de momia? Espera. Esto no es sino el fin de Génesis, el libro de los principios. Vuelve la hoja y hallarás Éxodo, Josué, y reyes, profetas, y Cristo... Dios no depende de ninguno de nosotros. Hacemos nuestra pequeña obra y cesamos, como los insectos de coral que perecen por millares en el arrecife que se levanta. Pero la obra de Dios sigue. Su templo sigue levantándose edad tras edad. Y basta para nosotros como para José haber vivido una vida sincera, fuerte, y noble y dejar que Él cuide de nuestro cuerpo, nuestros amados a quienes dejamos con tanto pesar y nuestra obra. Sin duda, Él no nos faltará: «Y Moisés tomó los huesos de José [la noche del éxodo]» (Éx. 13:19). «Y los huesos de José los enterraron en Siquem (...) y fue posesión de los hijos de José» (Jos. 24:32).

Para acompañar el estudio de este personaje con la lectura bíblica, es conveniente leer los capítulos 37 y 39 al 50 del libro de Génesis.